



**UNIVERSIDAD DE CHILE
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES
ESCUELA DE POSTGRADO**

**Pasajeras en trance: construcción de la sexualidad lesbiana en los relatos
de vida de mujeres de clase media de la ciudad de Santiago de Chile**

**Tesis para optar al grado de Magíster en Estudios de Género y Cultura, mención
Ciencias Sociales.**

Tania Monreal Pino

**Profesora Guía:
Carolina Franch Maggiolo**

Santiago de Chile, 2016

Resumen

La presente investigación se inserta en los estudios sobre sexualidades, constituyendo una aproximación a partir de marcos teóricos y metodologías que releven la experiencia personal como principal fuente de información enfatizando la dimensión subjetiva que contienen. Desde una óptica feminista y un abordaje metodológico cualitativo, nuestro trabajo fue situado en los relatos de vida de siete mujeres adultas entre los 25 y 40 años de edad, con el objetivo de conocer y comprender a partir de distintos hitos expresados, su propio reconocimiento como sujetos sexuados articulando el análisis con categorías como *género, identidad y deseo* en la construcción de su sexualidad lesbiana. Las diversas experiencias nos señalaron cómo estas categorías aparecen entrelazadas además con otros lugares, como la maternidad y lo materno, proponiendo una desarticulación de éstas de acuerdo a las trayectorias de vida emprendidas.

Palabras claves: *Sexualidad lesbiana, identidad, deseo, género, maternidad.*

Abstract

This research is inserted in studies on sexuality, constituting an approximation from theoretical frameworks and methodologies that relieve personal experience as the main source of information highlighting the subjective dimension they contain. From a feminist perspective and a qualitative methodological approach our work was located in the stories of lives of seven adult women between 25 and 40 years of age, with the aim of knowing and understanding from different milestones expressed his own recognition as subjects sexed articulating analysis with categories like gender, identity and desire to build her lesbian sexuality. The various experiences we noted how these categories are also intertwined with other places like motherhood and maternal, proposing to dismantle them in accordance with the paths taken life.

Keywords: *lesbian sexuality, identity, gender, motherhood.*

Agradecimientos

Realizar el presente estudio y junto a él, el inconmensurable proceso de formación en Género fue posible por el financiamiento de CONICYT, beca con la cual pude realizar los dos años del programa de magíster del Centro Interdisciplinario de Estudios de Género (CIEG). Es también, hacia el equipo de mujeres pertenecientes al CIEG que expreso mi más profunda gratitud por toda la escucha y soporte, tanto a nivel profesional como personal.

Asimismo, y como parte de estas mujeres, agradezco a mi profesora guía, Carolina Franch, que a cada momento compartí pude nutrirme de su fuerza y solidaridad teórica, ambos aspectos que relevo como una verdadera inspiración para llevar adelante luchas que convocan diversidades de mujeres, más allá de las posibilidades que nos entregan las aulas.

Agradezco también a la Vicerrectoría de Asuntos Académicos, del departamento de Postgrado y Postítulo de la Universidad de Chile, la que mediante su ayuda económica en estancias cortas de investigación para estudiantes tesistas de doctorado y magíster, me permitieron profundizar aspectos relevantes de mi trabajo, especialmente a nivel teórico, al estar casi dos meses junto al Núcleo de Identidades de Género y Subjetividades (NIGS), de la Universidad de Santa Catarina, Florianópolis, Brasil. Con este grupo de personas no sólo pude establecer un intercambio teórico interdisciplinar, sino también, encuentros que fueron reviviendo una parte de mí que creció en tierras brasileras y que en este viaje, fue recuperada de mi memoria infantil a través del habla portuguesa. Hago mención de manera afectuosa a meus querido/as Natan, Miriam y Marisa.

A todas las mujeres que me han acompañado en este proceso de escucha y lectura de relatos de vida, y que han contribuído al proceso de construcción de mi historia: mi madre Aixia, mi abuela Teresa, mis amigas del colegio Dunja y Alexa, mis amigas de las aulas y de vida Joyce e Isabel. Son muchos los detalles de porqué son mis imprescindibles, por lo que, en este documento, sólo me basta mencionarlas.

De manera muy especial, agradezco a mi hija Amalia, porque ha estado desde el inicio de este proyecto feminista. Espero que los aprendizajes que hemos alcanzado como madre e hija persistan y la acompañen en sus días de lucha.

También, agradezco a las figuras masculinas que siempre han estado conmigo, pero esta vez no haré mención especial de ninguno, entendiéndolo que, sin duda alguna, han aportado a este trabajo en más de algún encuentro en la comunidad que compartimos existencia.

Finalizo agradeciendo a mis interlocutoras, por un lado, por la confianza y motivación de contar de hablar de sí mismas, así como también de brindarme la oportunidad de escribir sobre mí en otros espacios, porque también me han contactado con mi propia sexualidad, dejándoles estas palabras de Luce Irigaray:

“Bésame. Dos labios besando a dos labios: lo abierto nos es devuelto. Nuestro “mundo”. Y entre nosotras el paso del adentro al afuera, del afuera al adentro es sin límites. Sin fin. Intercambios que ninguna argolla, ninguna boca interrumpe jamás. Entre nosotras, la casa ya no tiene muros, el claro cercado, el lenguaje de circularidad. Me besas: el mundo es tan grande que pierde todo su horizonte ¿insatisfechas nosotras? Sí, si significa que no estamos terminadas. Si nuestro placer consiste en movernos, conmovernos, sin cesar. Siempre en movimientos: lo abierto no se agota ni se satura.” (2009: 158).

Esperemos que los recorridos iniciados nunca se saturen. Que el desasociado siempre continúe para todas aquellas que quieran emprenderlo. Más pasajeras en trance recorran diversos caminos.

Índice

Introducción	6
Problema y Fundamentación	9
Objetivos de la investigación	18
Marco Teórico	18
Postestructuralismo y Feminismo: debates para una rearticulación de sexo, Género e identidad.....	19
Feminismo y Lesbianismo: una difícil relación entre mujeres	24
La lesbiana y la madre	30
Marco Metodológico.....	35
Análisis	47
Sexualidad e Identidad: las posibilidades de la (auto) representación lesbiana	47
• Construcción de identidad lesbiana	48
• Proceso de asumirse lesbiana	61
El Deseo lesbiano y sus horizontes	75
• Lo que no se puede nombrar: el deseo lesbiano y su imposibilidad en lo simbólico....	76
• Amigas y amantes: los vínculos de sororidad en el deseo lesbiano	81
• El cuerpo del deseo lesbiano	85
Lo materno y lo femenino en la sexualidad lesbiana:	
(des) articulación de la maternidad en el horizonte lesbiano.....	90
• Transmisión materna en la construcción de lo femenino	92
• La otra maternidad: re-significando la maternidad en la sexualidad lesbiana.....	97
Conclusiones	106
Referencias Bibliográficas	113

Introducción

Esta investigación fue un intento de aproximación a los estudios sobre sexualidades desde marcos teóricos y metodologías que releven la experiencia personal, y por ende, la dimensión subjetiva que contienen. Plantear que a través de la vida *nos vamos construyendo*, debería situarnos no sólo en las consideraciones de un proceso basado en aspectos que pueden o no estar al alcance de nuestras decisiones, sino también, implica la identificación y revisión de aquellos mecanismos que obstaculizan e instalan prohibiciones en nuestras pretendidas decisiones de ser quiénes queremos ser.

En este sentido, la sexualidad no sólo da cuenta de una dimensión individual del desarrollo de las personas. Más allá de lo biológico, este aspecto de la vida va revelando las relaciones entre los significados culturales y sociales de las prácticas y discursos sexuales, que establecen las posibilidades de lo que se considerará aceptado en la sexualidad en la sociedad a la pertenezcamos.

La sexualidad, desde esta mirada, puede ser entendida desde la multiplicidad. Diversas expresiones, tanto en el cuerpo como en las subjetividades. En particular, la historia develada desde los estudios de género y feministas nos han mostrado la dificultad de las instituciones y discursos imperantes por entender a la sexualidad femenina desde esta óptica. Más bien, ha existido sólo una mirada, como nos señalara Luce Irigaray:

“La sexualidad femenina siempre ha sido pensada a partir de parámetros masculinos. De esta suerte, la oposición actividad clitoridiana “viril” / pasividad vaginal “femenina” de la que habla Freud –y muchos otros... – como etapas, o alternativas, del devenir mujer sexualmente “normal”, parece sobradamente motivada por la práctica de la sexualidad masculina.” (2009: 17).

Así, y junto a la tendencia de los estudios de la sexualidad, en cuanto a los procesos que norman y regulan sus expresiones (Araújo y Prieto, 2008), la comprensión de la sexualidad

femenina ha quedado, y sigue en esta lógica, circunscrita a investigaciones que no contemplan la experiencia personal como primera fuente, desterrando a las mujeres de su propio territorio.

Aún más, la sexualidad lesbiana, junto a otras sexualidades, ha sido visualizada como un territorio sinuoso, cargada de análisis críticos frente a categorías como *género, identidad y deseo*. De esta manera, nuestro trabajo fue situado en la experiencia de vida de mujeres adultas, entre los 25 y 40 años de edad, con el objetivo de conocer y comprender, a partir de distintos hitos, su propio reconocimiento como sujetos sexuados articulados junto a su contexto familiar, social, cultural y económico en cuanto a su identidad, deseo y otros lugares como la maternidad y lo materno para darle sentido a los distintos elementos señalados como importantes en la construcción de su sexualidad en su trayectoria de vida.

Nuestros análisis estuvieron enmarcados en los planteamientos teóricos de diversas intelectuales feministas, tanto del primer mundo, como autoras de nuestras tierras que han revisado propuestas extranjeras y las han reelaborado en nuestro contexto latinoamericano. Con lo anterior, se ha ido estableciendo diálogos interdisciplinarios entre posturas postestructuralistas en las concepciones de género, así como de la corriente psicoanalítica y género, y las lecturas de intelectuales feministas y feministas lesbianas de nuestro continente, instalando un debate que busca politizar la sexualidad femenina. Junto a una metodología cualitativa buscamos realizar un ejercicio de escucha multívoca de nuestras interlocutoras, las cuales a través de sus vivencias, nos fueron entregando sus análisis de acuerdo a sus propias interpretaciones.

Para quienes estuvimos involucradas en este trabajo ocupando el lugar de quien investiga, escuchar las voces de las mujeres que aquí nos hablaron constituyó una invitación a establecer no sólo una relación ética en cuanto a la producción de conocimiento, sino que humanamente significativa, “*en la que la valoración de la persona es tan importante como su saber*” (Lazega, 1983, en Correa, 1999). Realizamos el ejercicio de escritura con profunda implicación y respeto, conscientes de nuestras propias sujeciones culturales al

habitar la heterosexualidad, manifestando desde el inicio nuestra imparcialidad, que acuñamos desde la postura feminista asumida.

Relevamos, en este mismo sentido, nuestra preocupación por la comprensión de la subjetividad femenina, específicamente de mujeres lesbianas, también como una posibilidad de salirnos de marcos reduccionistas al entendimiento de estas sexualidades otras, como profesionales que buscamos realizar nuestra praxis en salud mental de manera situada y atingente, en una escucha respetuosa de primera fuente.

Porque como nos señalara Margarita Pizano, es a partir de nuestras propias experiencias que podemos subvertir aquellos textos que se nos imponen para finalmente descubrirnos tal como queremos ser:

“Cuando me descubrí como ser humana pensante y hablante, empecé a encontrarme cada vez más incómoda en este mundo. Me costó relacionar dicha incomodidad con la feminidad, con ese deber ser que era, finalmente, no ser, no ejercer. Lo que me constituía como humana –el pensar, recordar, relacionar, tener memoria, historia, ponerle nombre a lo que quería, a las cosas, a los pensamientos y a las emociones– no tenía cabida en la feminidad. Fue asombro también darme cuenta de que lo que sentía se modificaba al cambiar mis ideas, a través de lo que pensaba y construía como un tejido de ideas, que mis ideas eran bastantes y que, incluso, empezaban a ser más importantes que las ideas ajenas e impuestas, las que no tenían relación con lo que yo quería y pensaba debía ser la vida”(2015).

Esta tesis tiene como principal propuesta entregar una mirada desde lo más íntimo de la sexualidad para mirarnos a nosotros/as mismos/as, a mirarnos entre mujeres, y a construir nuevas posibilidades de relaciones basadas en el respeto y la pluralidad.

Problema y Fundamentación

La sexualidad ha sido tema de investigación desde muchos frentes explicativos de las ciencias, tanto biológicas, sociales y humanas, por lo que podemos encontrar un corpus teórico incluso multidisciplinar que ha intentado dar respuesta a sus diversos fenómenos. Sin embargo, hasta nuestros tiempos, ha sido posible constatar discrepancias, límites y disonancias acerca de los diversos énfasis teóricos establecidos.

A pesar del auge de los estudios en este campo, la sexualidad aún es visualizada como un tema marginal respecto a otros tópicos en las ciencias sociales y humanas, no siendo considerada como una prioridad. La dedicación principal desde lo académico versa sobre aquellos temas cuya centralidad radica en un enfoque político institucional, situando a la sexualidad desde revisiones de estereotipos normativos (Araújo y Prieto, 2008), lo que no ha permitido profundizar su impacto en los fenómenos relacionados con los sujetos y sus comunidades a partir de asuntos de la vida cotidiana.

Como parte fundamental de la vida de los sujetos, la sexualidad representa un territorio complejo, lleno de tensiones y disputas provenientes de los discursos y prácticas que la sostienen y que nos muestran, a su vez, la profunda relación que tenemos entre este aspecto y el medio social, cultural y nuestra historia.

La sexualidad, en nuestra especie, no sólo ha sido una noción entendida desde aspectos biológicos. Ha traspasado la materialidad del cuerpo y sus funciones básicas sostenedoras de la vida, siendo un campo para la comprensión de producción de subjetividades. Debido a esto, consideramos que la sexualidad entrega una óptica tremendamente política en los fenómenos que nos atañen como sujetos.

Precisamente, para autoras abocadas a los estudios sobre sexualidad en latinoamérica, como Kathya Araújo y Mercedes Prieto, las principales características de estos trabajos en lo concerniente a las ciencias sociales enfatizan la mirada hacia otros espacios: *“Se abocan a asuntos y procesos políticos no convencionales y se centran en las experiencias cotidianas*

y regulares de las personas. En este sentido, su objeto de estudio es producido él mismo como efecto de la recomposición de esferas y de la concomitante importancia creciente del individuo y del trabajo de sujeto en el lazo social.” (2008:12).

De esta manera, este elemento de la condición humana, producto de la instalación y el rescate de lo político por parte de los estudios de género y feministas, ha suscitado el interés, y cada vez mayor, por parte de investigadores/as en nuestra región a situar sus líneas de análisis en la relación de este ámbito de los sujetos y lo social. Para estos marcos teóricos, la sexualidad reviste una importancia trascendental, ya que deviene en uno de los principales territorios de lucha por parte de muchas mujeres, críticas de los modelos de conocimiento imperantes, donde se juegan los cuerpos, las identidades, los deseos que componen los proyectos de vida y las posibilidades de transformación del lugar asignado en la estructura social.

En América Latina, los movimientos feministas y lésbicos, desde fines de la década del sesenta, han trazado luchas cuyos principales ejes se han centrado en la sexualidad y la reproducción con el fin de alcanzar la autonomía y la emancipación de los cuerpos femeninos. Junto a esto, las críticas hacia nociones tradicionales de género también han traído consigo la consideración sobre el aspecto de diversidad en las expresiones sexuales que evidencian el estatuto de obligatoriedad de la heterosexualidad (Gimeno, 2005).

Estos recorridos han derivado en estudios interdisciplinarios específicamente abocados al estudio de sexualidades en su pluralidad. Así, a partir de diversos énfasis analíticos respecto a categorías fundamentales tales como “la mujer”, se han articulado dimensiones que buscan profundizar las miradas hacia los diferentes fenómenos e incluso las tareas políticas de los movimientos sociales involucrados, como son la raza, la clase, la religión, entre otras. Teoría queer, postcoloniales y postestructuralistas son ejemplos de estas elaboraciones que nos invitan a continuar en una actitud crítica y desasosegada poniendo énfasis desde los márgenes (Barrientos, 2015).

La sexualidad por tanto, puede ser habitada de diversas formas, y fue precisamente desde esta consideración que surgió el interés de profundizar en aquellas experiencias que conllevan, desde los discursos heteronormativos, otras negaciones, específicamente respecto al género y al deseo: la sexualidad lesbiana. Como nos advirtiera Beatriz Gimeno *“las lesbianas son un grupo oprimido sexualmente investido, a su vez, en un grupo oprimido”* (2005: 23).

¿Por qué surge el interés de realizar una investigación sobre sexualidad lesbiana? Como bien sabemos, y la misma contingencia nacional nos da cuenta de este panorama, los debates entorno a las diversas problemáticas que ponen a la sexualidad desde la preocupación de una institucionalidad radican en los mecanismos que la regulan, que la normalizan, ya sea desde los discursos técnicos - como los médicos- como desde la moral religiosa.

Las discusiones acerca de una futura legalización del aborto, los acuerdos de unión civil entre parejas del mismo sexo, proyectos de ley para identidad de género, son expresiones de cómo se aborda la sexualidad en lo social, enmarcada en los límites trazados de una heteronorma imperante. En este escenario, la principal consecuencia no sólo radica en la alienación de los sujetos que se inscriben en una heterosexualidad, sino que se marginan aún más aquellas sexualidades otras, impidiendo el ejercicio de su ciudadanía.

A partir de la experiencia profesional personal en el quehacer psicoterapéutico, ocupando el rol de acompañante, de escucha, pude constatar la diversidad del impacto subjetivo de mujeres que se asumieron en una sexualidad otra, donde se iba visualizando de manera gradual las complejidades de estar en una sexualidad lesbiana, cuya principal resonancia a nivel público recaía sobre la prescindencia de lo masculino en su despliegue, suscitando diversas resistencias en nuestra sociedad. Cuando una mujer no está en un vínculo afectivo-sexual con un hombre ¿qué implicancias se generan a nivel de lazo social, de construcción de sí mismas, de lo posible e imposible en su sexualidad?

Precisamente, la sexualidad lesbiana, en su prescindencia de lo masculino, podría iluminarnos, en una primera instancia, un espacio que alberga un deseo además de lo sexual, una potencialidad política:

“La heterosexualidad no está hecha para favorecer a las mujeres, sino, al contrario, para explotarlas a favor de los hombres. Por tanto, es evidente que hay razones, y que las ha habido históricamente, para que las mujeres quieran salirse del espacio de la heterosexualidad obligatoria y colocarse en ese otro espacio, el de la lesbiana, que se ha configurado a lo largo de la historia no como un lugar exclusivamente sexual, sino también como un espacio simbólico, como un espacio social y político. El espacio de la lesbiana no ha sido pensado como un lugar de liberación, no ha sido inventado por las mujeres, ni siquiera por las lesbianas, sino que ha sido definido por el patriarcado como un lugar de castigo y de exclusión, un lugar en el que colocar a determinadas mujeres para castigarlas por no asumir, tan bien como debieran, su prescriptivo rol femenino” (Gimeno, 2005: 25).

Así como la sexualidad femenina, la sexualidad lesbiana ha sido habitada de diversas formas. No todas las mujeres que se asumen como lesbianas visualizan su experiencia como una elección, y menos como un acto político que transforme su lugar como mujer. Algunas, albergan el lesbianismo como un espacio en el cual han podido problematizar diversos malestares, donde incluso han visualizado posibilidades de liberación (Gimeno, 2005). En cualquier situación, las mujeres lesbianas no quedan eximidas de sufrimientos y exclusiones como consecuencia de la construcción de su sexualidad.

Las investigaciones realizadas acerca del lesbianismo han mostrado diversos énfasis, especialmente vinculados con los movimientos sociales, los cuales principalmente han analizado temas relacionados con la visibilidad, representación, derechos civiles y en estos incluidos salud, así también respecto a las nuevas conformaciones familiares y tecnologías de reproducción¹. Desde la academia², otras investigaciones han puesto su atención en los

¹ Remitiéndonos a los estudios latinoamericanos sobre sexualidad lesbiana y movimientos sociales, es posible encontrar un amplio desarrollo de teóricas feministas, lesbianas y no lesbianas. Por sólo citar algunas

procesos de construcción identitaria en mujeres lesbianas vinculadas y no vinculadas a la militancia política, y en todas las experiencias se viven tensiones al devenir sujetos fuera de la heteronorma (Herrera, 2007).

De acuerdo a la teórica del lesbianismo Norma Morgrovejo, existe muy poca literatura sobre el lesbianismo, principalmente porque son las propias lesbianas las que no han sistematizado sus propias experiencias:

“Las mujeres que aman a otras mujeres son estudiadas con menos frecuencia. Existe, sin embargo, una amplia evidencia - y las propias lesbianas lo afirman - de que no son simplemente unas reproducciones femeninas de los hombres gays. Otra de las principales razones por las que se conoce poco sobre las lesbianas y el lesbianismo se debe a que las propias lesbianas han escrito poco sobre sí mismas. Además de ser ésta una limitante de las mujeres en general y de la gran mayoría de los sectores marginados, las lesbianas, limitadas por la censura de la moral, la religión católica, la ley, etc., han permitido (llámese por omisión o por censura social) que se sepa más de ellas por los escritos hechos por los hombres heterosexuales, quienes las analizan como sujetos clínicos, inmorales o como personajes sexuales que enarbolan las fantasías del morbo. En tal sentido, el lesbianismo es todavía una realidad ágrafa, y mientras las lesbianas no escribamos sobre nosotras mismas, seguiremos viviendo nuestra propia prehistoria” (2000: 1).

Estos antecedentes nos muestran la intensa lucha por superar las brechas entre el activismo y la academia, incluso entre las posturas feministas y las feministas lesbianas, para lograr

referentes como Beatriz Gimeno en Argentina; Carol Vance y Miriam Grossi en Brasil; Margarita Pizano en Chile.

² Sin embargo, es posible dar cuenta de algunos antecedentes teóricos encontrados sobre la homosexualidad femenina en nuestro país, donde también se plantea el área psicológica como principal foco de análisis, ejemplo de esto son los estudios relacionados con aspectos psicológicos de un grupo de lesbianas (Alvarez M, Andaur C, Fierro P, Fierro C y Suárez V, 2000) y la estructuración de la personalidad mediante la utilización de instrumentos estandarizados como el test de Rorschach (Núñez M, Ramírez C y Urrutía, M, 1993). Otros estudios sobre lesbianismo realizados desde una perspectiva de Género en Chile, son la investigación sobre identidad de género en mujeres homosexuales (Mora P, Paredes M, Pérez M, 1995), además del estudio realizado por Silva (2002) donde se aproxima a la experiencia de mujeres lesbianas privadas de libertad.

una mayor profundización en la generación de conocimiento situado, y con esto la repolitización de los aspectos de la vida cotidiana de los sujetos. La crítica por parte del activismo a la academia recae en la tendencia a la psicologización, y con esto a la patologización sobre las vivencias en este tipo de sexualidad. Por otra parte, las feministas lesbianas también han mostrado los problemas éticos y políticos del feminismo, en cuanto a los alcances de representación de sus demandas. Los aportes realizados han sido inconmensurables.

Lo cierto es que la superación de estas brechas también debería ser visto como una tarea política a seguir. Si la sexualidad lesbiana conlleva una potencialidad de transformación, de liberación, debiera justamente ser profundizada en conjunción tanto de los movimientos sociales como de la academia en sus elementos más fundamentales para realizar contribuciones transformadoras. Muchos han sido los esfuerzos por generar conocimiento atinente a los contextos locales. Algunas autoras incluso han propuesto retornos a las clásicas teorías explicativas de la sexualidad, para mostrar los nudos críticos que aún quedan que sortear.

Tal como nos ha propuesto Teresa de Lauretis (1994), volver a las lecturas del discurso psicoanalítico freudiano ha permitido enfatizar los elementos trascendentales de la sexualidad, los que tienen que jugar en la relación entre significación social y realidad material, y la *representación, el deseo y la subjetividad*.

Aunque profundamente criticado por los estudios feministas, el discurso psicoanalítico ha sido uno de los marcos teóricos pioneros y prolíferos en destacar y desarrollar el entendimiento de la sexualidad como una dimensión en la vida humana más allá de lo biológico. A partir de Freud y su desprendimiento de los trabajos científicos de la sexología de fines del siglo XIX, se establecen rupturas epistemológicas al conceptualizar la sexualidad como “*la esencia misma de la actividad humana*” (Roudinesco y Plon, 2005: 989).

Considerando entonces la densidad teórica de lo desarrollado por el psicoanálisis freudiano, desde sus *Tres ensayos para una teoría sexual*³ en adelante, es indudable la contribución de este paradigma, el cual además ha dialogado con otras disciplinas de las Ciencias Sociales y Humanidades, para el entendimiento de la sexualidad. Sin embargo, mencionar que éste ha sido criticado por los estudios feministas, nos permite señalar uno de los principales puntos de tensión en la generación de conocimiento acerca de la sexualidad, en especial la sexualidad de las mujeres.

Por mucho tiempo, el discurso psicoanalítico, especialmente freudiano y sus seguidores, ha considerado la sexualidad a partir de un modelo basado en el monismo sexual, el cual opera bajo una esencia “masculina” de la libido humana. De esta manera, a partir de una explicación mitológica, el Complejo de Edipo, la sexualidad de la niña queda organizada entorno al falo y la carencia de éste, teniendo tres vías de resolución: hacia una neurosis, hacia un complejo de masculinidad y hacia una feminidad normal (Freud, 1920; 2003). En estos tres caminos resulta posible dar cuenta que, desde este modelo, se tiende a una comprensión de la sexualidad femenina esencializada y determinada.

Especialmente en la consideración de una “feminidad normal”, donde se albergan los sentidos y conceptualizaciones orientada hacia el “deseo maternal”, ya que la niña, en su devenir exitoso, tendría que llegar hacia el padre en la ecuación pene=hijo (Ibid.), estableciendo con esto su género, identidad y deseo dentro de los parámetros de normalidad exigidos.

Pero como ya fue mencionado en lo planteado por De Lauretis, existe un entrecruzamiento de la perspectiva psicoanalítica y los estudios de género y feministas que ha posibilitado una mayor comprensión de las subjetividades, enfatizando los procesos de desarrollo

³ Tal como nos señalara Roudinesco y Plon (2005), la cuestión de la sexualidad desde los planteamientos de Freud fueron otorgándole un mayor estatuto a la sexualidad en el desarrollo de los sujetos. Elabora aquí las reflexiones sobre la sexualidad infantil; las perversiones; se abren los debates sobre la sexualidad femenina, la diferencia de los sexos (entre 1924 y 1960); y más tarde, sobre el transexualismo y el género.

intrapsíquicos en el devenir de los sujetos sexuados, precisamente en su relación con las transformaciones sociohistóricas (Allegue y Carril, 2000).

Con esto, no pretendemos tener como principal posición teórica el psicoanálisis, pero sí, dialogar con los puentes teóricos construido por algunas mujeres, especialmente latinoamericanas, cuyas teorizaciones muestran ciertas adherencias a la perspectiva psicoanalítica, precisamente por la posibilidad de llegar a los nudos analíticos que conciernen a la sexualidad, pero desde una epistemología feminista, es decir, de generar conocimiento situado.

Teniendo en cuenta todas las complejidades respecto al estudio de la sexualidad y a las implicancias de la sexualidad lesbiana, como investigadora que se encuentra fuera de esta sexualidad, el trabajo propuesto ha implicado un desafío, tanto personal como profesional. Como ya señalé, mi llegada a este tema tiene relación con un cúmulo de vivencias de mujeres que han asumido el deseo por otras mujeres en distintas etapas de sus vidas. Han sido experiencias que no sólo muestran diversidad en cuanto a prácticas sexuales, son vivencias que nos hablan de particularidades, de matices que se viven en espacios familiares, sociales y que tienen implicancias fundamentales en los procesos de devenir sujetos.

En este sentido, investigar la construcción de sexualidad lesbiana a partir de relatos de vida tiene por una parte una relevancia política, en cuanto a que en el interés investigativo radica un compromiso feminista que sostengo en diversos ámbitos de mi vida, que aporte a la obliteración de las brechas entre mujeres que luchan por transformar los esquemas interpretativos de nuestra propia sexualidad, colaborando en la creación de espacios donde todas las expresiones sean posibles.

Junto a lo anterior, resulta relevante en términos epistemológicos, en constituir un trabajo que aporte en la integración entre el activismo y la academia, la experiencia en la construcción de la sexualidad lesbiana entendida como un proceso que no sólo busca dar

cuenta de una deconstrucción, o de una desnaturalización de ciertos elementos, también permite reflexionar y problematizar sobre las restricciones y prohibiciones que operan sobre estas construcciones (Butler, 2002).

De esta manera, esta tesis considerará la experiencia de mujeres lesbianas en la construcción de su sexualidad, desde los 25 a 40 años de edad, residentes en la zona urbana de la ciudad de Santiago de Chile, pertenecientes al rango socioeconómico de clase media. La elección de mujeres de clase media, tiene relación con el interés investigativo sobre un grupo de población femenina poco asociado a grupos con fuertes valores conservadores. Al ser herederas de una clase protagonista de los procesos de modernización de las sociedades, y que incluso en nuestro país provienen de una tradición de mujeres ilustradas de comienzo de siglo XX (Memoria Chilena, 2014), se las concibe como participantes de un sector de la sociedad caracterizada como urbana y educada (Montero, 2006). Podrían considerarse como mujeres con mayor acceso a otros discursos, como el de género y feminismo, siendo un capital cultural disponible para problematizar la construcción de la sexualidad lesbiana frente al ordenamiento androcéntrico imperante. Sin embargo, poco se ha señalado acerca de las mujeres lesbianas de esta clase media ilustrada. Así como su propia denominación socioeconómica señala, son mujeres que se encuentran en un punto medio, un “entre” que podría posibilitar o restringir lo atinente a los procesos contenidos en la construcción de su sexualidad.

Objetivos de la Investigación

Objetivo General:

Conocer y analizar los relatos de vida respecto de los significados, vivencias y valoraciones implicados en la construcción de su sexualidad, de mujeres lesbianas de clase media entre 25 y 40 años de edad, con y sin hijos, residentes en la zona urbana de la ciudad de Santiago de Chile.

Objetivos Específicos:

1. Identificar los principales hitos respecto a la construcción de identidad lesbiana en la trayectoria de vida de las mujeres entrevistadas.
2. Analizar las características e implicancias del deseo lesbiano en la construcción de su sexualidad en la vida adulta.
3. Reflexionar sobre la valoración asignada por las mujeres entrevistadas sobre su vivencia de sexualidad lesbiana y la maternidad.

Marco Teórico

Postestructuralismo y Feminismo: debates para una rearticulación de sexo, género e identidad

Para poder situarnos desde la perspectiva de las autoras que entregan nuestro marco interpretativo, y que precisamente nos hablan desde una perspectiva postestructuralista, iniciaremos con una breve descripción del paradigma del cual se desprenden sus principales críticas: el estructuralismo.

Lévi-Strauss, considerado el principal referente estructuralista, define la noción de estructura bajo una dimensión relacional:

“En primer lugar, una estructura presenta un carácter de sistema. Consiste en elementos tales que una modificación cualquiera en uno de ellos entraña una modificación en todos los demás. En segundo lugar, todo modelo pertenece a un grupo de transformaciones, cada una de las cuales corresponde a un modelo de la misma familia, de manera que el conjunto de estas transformaciones constituye un grupo de modelos. En tercer lugar, las propiedades antes indicadas permiten predecir de qué manera reaccionará el modelo, en caso de que uno de sus elementos se modifique. Finalmente, el modelo debe ser construido de tal manera que su funcionamiento pueda dar cuenta de todos los hechos observados” (1987: 301).

La noción de estructura, como un elemento constante y general, comenzó a ser resistido a finales del siglo XX por el pensamiento filosófico francés, especialmente sobre aquellos planteamientos que establecían un logocentrismo para el entendimiento de diversos fenómenos. El postestructuralismo surge por tanto, como una crítica a la teoría de las interrelaciones estructurales, reflexionando sobre esas mismas estructuras desde un énfasis en los procesos de descentramiento, relevando el lenguaje, la subjetividad y la representación más que los sistemas de significación, cuestionando, desde diversas disciplinas los discursos logocéntricos y falocéntricos (Derrida, 1989). Sin embargo,

existen debates acerca de la definición de este paradigma como una respuesta frente a su antecesor, ya que se evidencian ambigüedades al momento de situar uno u otro autor como representante de tal o cual postura (Culler, 1987).

Justamente, a partir de este punto de vista sobre el centro (logocentrismo) donde para Derrida (1989) la historia occidental fue construida bajo la noción de ideas incuestionables, estableciendo los ideales universales para mujeres y hombres que instalan el binarismo.

A partir del espíritu crítico sobre algunas nociones estructuralistas, ya sea desde la misma antropología o el psicoanálisis, varias teóricas feministas visualizaron en los estudios postestructuralistas la posibilidad de ampliar los análisis respecto a los elementos fundamentales que conllevan la sexualidad, como son las categorías de género, sexo e identidad.

El concepto de género, desde su introducción en los años setenta por el feminismo académico anglosajón, fue concebido como una categoría analítica que posibilitaría una crítica profunda a las construcciones atribuidas a mujeres y hombres, diferenciando las construcciones culturales y sociales de los planteamientos biologicistas, tal como nos mostraron los estudios de Stoller sobre la transexualidad, en los cuales se puso en jaque la sentencia freudiana “la anatomía es el destino”, ya que el concepto de género *“pone en relieve un sistema complejo de relaciones que puede incluir el sexo, pero no está directamente determinado por el sexo o es directamente determinante de la sexualidad”* (Lamas, 1996: 9).

Para Marta Lamas (2003), las construcciones de género, constituidas por la triada de lo biológico, lo psíquico y lo cultural, instalan prácticas, discursos y representaciones sociales que significan y atribuyen a los sexos lo que se espera socialmente desde el “deber ser” de hombres y mujeres.

A partir de la visibilización del desequilibrio existente en la relación entre los géneros, desde las ciencias sociales, con los estudios de género y los estudios feministas, se han trazado diversos planteamientos que permiten entender las construcciones culturales asignadas a lo femenino y masculino. En este sentido, la construcción simbólica del género, como eje teórico ha buscado explicar la universalidad de la subordinación femenina que se instala por la naturalización de un sistema de prestigio bajo estructuras sociales dicotómicas.

Una de sus principales teóricas es Sherry Ortner (1979), la cual afirma que la representación de la mujer ha sido asignada a un lugar desvalorizado dentro de las sociedades, las que a su vez diferencian naturaleza y cultura, donde ésta última estaría en una permanente tensión con la naturaleza en su afán de control y dominio. Dentro de este esquema, la subordinación femenina se explica por la asociación simbólica de ésta a la naturaleza, remitiendo al argumento del cuerpo y sus procesos biológicos (como la menstruación, embarazo, amamantamiento), y al hombre a la cultura, carente de dichos procesos reproductivos, pero sin embargo accesible a la producción de símbolos y artefactos.

Desde esta división simbólica se estructurarán los roles sociales de género y los espacios en los cuales se desarrollan, siendo la mujer la encargada de lo doméstico y reproductivo (crianza y cuidado de miembros del grupo familiar dependientes), mientras el hombre será el responsable de las funciones productivas de mantenimiento del hogar y de toma de decisiones en lo público.

El aspecto central de los postulados de Ortner, es la socialización como proceso que ha permitido mantener y reproducir las ideologías de género a través de los roles y valoraciones desiguales, transmitiendo en las relaciones filiales estas estructuras de privilegios y dominación a partir de una división binaria desprendida de la matriz naturaleza/cultura: hombre/mujer, público/privado, mente/cuerpo, entre otras.

Sin embargo, las miradas de algunas teóricas desde el postestructuralismo, el género, a pesar de ser considerada una categoría de análisis que permite develar una serie de prácticas sociales que instalan lo femenino y lo masculino, mantendrían la noción de construcción cultural del sexo ligado a lo biológico (Zigelli, 2004).

Para Judith Butler, los alcances explicativos de la categoría de género son limitados, planteando que el sexo también es un producto cultural:

“Si el género es los significados culturales que acepta el cuerpo sexuado, entonces no puede afirmarse que un género únicamente sea un producto de un sexo. Llevada hasta su límite lógico, la distinción sexo/género muestra una continuidad radical entre los cuerpos sexuados y géneros culturalmente contruidos. Si por el momento presuponemos la estabilidad del sexo binario, no está claro que la construcción de “hombres” dará como resultado únicamente cuerpos masculinos o que las “mujeres” interpreten sólo cuerpos femeninos” (2007: 57).

Asimismo, Teresa de Lauretis visualiza, en las contribuciones teóricas de las feministas de los años setenta en cuanto al concepto de género, dos principales limitaciones al definir género a partir de las *diferencias sexuales*. Una de las primeras limitaciones planteadas por esta autora tiene relación con la invisibilización de las diferencias existentes entre las mismas mujeres, ya que al concebir a la “mujer” como diferencia respecto al “hombre”, se instaura una noción de mujer universalizada; por otra parte, una segunda limitación es el de retener el potencial epistemológico radical del pensamiento feminista, entendido este potencial como:

“La posibilidad, ya emergente en los escritos feministas de la década de los 80, de concebir al sujeto social y a las relaciones de la subjetividad para la socialización de otro modo: un sujeto constituido en el género, seguramente, no sólo por la diferencia sexual sino más bien a través de representaciones lingüísticas y culturales, un sujeto en-gendrado también en la experiencia de relaciones raciales y de clase, además de sexuales; un sujeto,

en consecuencia, no unificado sino múltiple y no tanto dividido como contradictorio” (1989: 7).

Estos análisis críticos son profundamente relevantes al momento de situarnos en una investigación acerca de la sexualidad, específicamente en la sexualidad lesbiana, porque justamente han instalado, mediante estos planteamientos, los debates acerca de las problemáticas del sujeto y la representación dentro de los discursos feministas, y con esto el lugar de las mujeres lesbiana y sus experiencias. La categoría “mujeres”, universal y totalizadora, sólo cobra sentido desde una matriz heterosexual, por lo tanto no constituye el sujeto para aquellas mujeres cuyas prácticas sexuales se inscriben fuera de este ordenamiento.

Así, Butler nos señala que *“la identidad del sujeto feminista no debería ser la base de la política feminista si se asume que a formación del sujeto se produce dentro de un campo de poder que desaparece invariablemente mediante la afirmación de ese fundamento. Tal vez, paradójicamente, se demuestre que la “representación” tendrá sentido para el feminismo únicamente cuando el sujeto de las “mujeres” no se de por sentado en ningún aspecto”* (2007: 53).

Cuando Monique Wittig sentencia “no se nace mujer”, y previo a ella Simone de Beauvoir, fue precisamente bajo esta mirada que se instala la búsqueda de una desencialización y desprendimiento de la asignación de la naturaleza como destino de los cuerpos femeninos: *“somos manipuladas hasta tal punto que nuestro cuerpo deformado es lo que ellos llaman “natural”, lo que supuestamente existía antes de la opresión; tan manipuladas que finalmente la opresión parece ser consecuencia de esta “naturaleza” que está dentro de nosotras mismas (una naturaleza que es solamente idea)”* (1981; 2006: 32).

Desde esta óptica, surge la necesidad de repensar las categorías identitarias, las cuales, en un contexto de desigualdad de género deben ir incorporando la multiplicidad y pluralidad como características que permitan una mayor representación de las mujeres, de manera

coherente con la experiencia vivida en su sexualidad, y así, ir desmontando el ordenamiento binario de lo femenino/masculino que a su vez, bajo una matriz heterosexual se establece como una obligatoriedad en cuanto sexo/género/deseo.

La intersección de las posturas teóricas feministas y postestructuralistas nos sitúa precisamente en las diversas gramáticas, textos que van operan de manera externa y que trazan los límites de las formaciones psíquicas y corporales de los sujetos sexuados (Butler, 2002).

Así como la sexualidad en general, la sexualidad lesbiana posee su propio ordenamiento simbólico, el cual si no lo conocemos mediante la experiencia de quiénes las viven, con mayor dificultad nos acercaremos de manera ética y política a los mecanismos que imponen su poder regulador.

De acuerdo con Butler, en cuanto a la relación del feminismo y el postestructuralismo: *“creo que muchos han pensado que para que el feminismo pueda operar como práctica crítica, debe basarse en la especificidad sexuada del cuerpo de la mujer. Aun cuando la categoría de sexo siempre se reinscriba como género, ese sexo debe aún suponerse como el punto irreductible de partida para las diversas construcciones culturales de las que habrá que hacerse cargo.”* (2002:54). El cuerpo también es un texto a recuperar, especialmente aquellos cuerpos que han sido puestos al margen de la sexualidad femenina en general, como el lésbico.

Feminismo y Lesbianismo: una difícil relación entre mujeres

Los debates respecto de lo femenino entre los diversos movimientos políticos, han traído consigo diversas posturas teóricas para el entendimiento de la sexualidad femenina y lesbiana. Feminismo y lesbianismo no siempre han ido de la mano. En la década de los 70, especialmente desde las posturas feministas lesbianas anglosajonas, se instaló con fuerza la

postura de una filosofía lesbiana que releve la dimensión política de la sexualidad donde ser lesbiana y feminista se consideraron elementos constituyentes uno del otro, bajo el lema “toda mujer podía ser lesbiana” (Jeffreys, 1996). Es decir, se considera la identidad lesbiana desde un enfoque de construcción social radical.

Sin embargo, a partir de la década de los 80, las conceptualizaciones originadas desde la sexología⁴ fueron adoptadas por muchas mujeres lesbianas, lo cual propició un proceso de impopularidad de la vertiente política del feminismo para dicha identidad. Bajo lemas de nuevos esencialismos, muchas mujeres se acercaron a estos planteamientos para dar explicación a su deseo sexual bajo sentencias como “algunas de nosotras simplemente somos así”, desvinculándose de la construcción social radical del lesbianismo político anterior.

Esta distancia entre feminismo y lesbianismo fue posteriormente fortalecida desde las teorías posmodernas, que proponen jugar con el género en la performance, mediante los travestismos y transexualidades, proponiendo una política donde mujeres lesbianas son agrupadas con otras identidades sexuales, por ejemplo muy presente en las teorías queer⁵.

Para autoras que buscan retomar las propuestas del feminismo lesbiano de la década de los ochenta como Lilian Faderman y Carroll Smith-Rosenberg, resulta relevante en un primer momento, más que agrupar a las mujeres lesbianas con otras identidades sexuales, remitir a las mujeres en su propia peculiaridad como lesbianas, es decir, incluir a lesbianas en la clase política de las mujeres, donde se busque “un modelo de mujer libre, antes que sexualmente diferente” (Jeffreys, 1996).

Esta es la principal crítica que muchas feministas lesbianas estadounidenses le han hecho a Monique Wittig, al considerar en su frase “las lesbianas no son mujeres”, el exilio de la clase política de aquellos sujetos que se reconocen como mujeres lesbianas. Sin embargo,

⁴ Autores como Richard von Krafft-Ebing, Henry Havelock Ellis como principales exponentes de la sexología de los años ochenta.

⁵ Revisar Judith Butler (2001). *El Género en Disputa*. Buenos Aires. Paidós.

sus planteamientos son considerados por las feministas francesas profundos análisis políticos de la sexualidad, ya que en ellos la autora plantea una crítica marxista de la producción sexual, señalando la heterosexualidad como un régimen político y económico. Para Wittig, *“por su sola existencia, una sociedad lesbiana destruye el hecho artificial (social) que constituye a las mujeres como “un grupo natural”. Una sociedad lesbiana revela pragmáticamente que esa separación de los hombres de que las mujeres han sido objeto es política, y muestra que hemos sido ideológicamente reconstruidas como un “grupo natural” (2006: 31).*

Contribuyendo al debate, algunas feministas latinoamericanas como las chilenas Margarita Pizano y Andrea Franulic, situaban sus planteamientos del feminismo radical, en lo que denominó el afuera:

“La profundidad de un cambio podría generarse desde el lesbianismo, ya que logramos imaginar un mundo sin depender de los hombres, más bien, en horizontalidad con ellos. Pero esto sólo es posible si construimos un referente ideológico que realmente deseche el sistema vigente para proyectar un horizonte cultural sin la lógica del dominio. El lesbianismo puede ser una tierra abonada para pensar y crear juntas una visión “otra” y modos distintos de relación. Dependerá de la ideología que lo contenga y, en este sentido, el feminismo radical es una corriente de pensamiento que aporta claves para una ruptura civilizatoria.” (s/f: 1).

En esta propuesta, el feminismo radical rescata justamente el lesbianismo como un espacio posible desde donde transformar las relaciones entre los sujetos, tanto hombres como mujeres, pero fuera del discurso patriarcal imperante. Plantea la necesidad de construir nuevos textos desde donde devenir sujetos.

Así, encontramos distintas posturas en cuanto a la sexualidad lesbiana, y que en términos epistemológicos, nos sitúan en dos vertientes principales de acuerdo a su conceptualización del deseo lésbico. De acuerdo a la cartografía de Hernández-Piñero (2014), por una parte

están las teóricas de la diferencia sexual, cuya principal exponente se encuentra Luce Irigaray, además de Adrienne Rich; otra vertiente son las teóricas lesbianas de la corriente feminista de la teoría de género como Monique Wittig y Teresa de Lauretis.

Cada una de estas posturas, desde sus disciplinas particulares y contextos socioculturales e históricos, concibe la sexualidad lesbiana, y los asuntos referidos a la identidad y deseo con distintos énfasis.

Para las teóricas de la diferencia sexual, el deseo lesbiano estaría inscrito en lo que Irigaray conceptualizó como “continuum” en la sexualidad femenina, el cual comienza en la fase preedípica, es decir, con el objeto de amor primario, la madre, siendo considerado el lesbianismo un elemento general dentro de la sexualidad femenina, incluso como un momento necesario dentro del desarrollo *“lo que debemos hacer es descubrir nuestra propia identidad sexual, es decir, la singularidad de nuestro erotismo, de nuestro narcisismo, la singularidad de nuestro lesbianismo. Sin olvidar que a las mujeres, el primer cuerpo que les interesa, el primer amor que les interesa es un amor materno, es un cuerpo de mujer, las mujeres están siempre -a menos que renuncien a su deseo- en una relación arcaica y primitiva con eso que se llama lesbianismo”* (2009: 43).

Este elemento constituye uno de los principales puntos de divergencia con las posturas de las teóricas lesbianas feministas, ya que para ellas, el deseo lésbico no puede ser concebido dentro de la sexualidad femenina, ya que constituye una sexualidad distinta, y por tanto una subjetividad particular diferenciada (Hernandez-Piñero, 2014). Para estas autoras, las lesbianas son otra sexualidad que rompen con la categoría “mujeres” desde el ordenamiento binario de la heterosexualidad.

Reflexionar sobre de los debates teóricos instalados en las distintas concepciones acerca de lo lésbico y sus tensiones con el feminismo y la sexualidad femenina, nos muestran las implicancias políticas que han tenido, ya que a pesar de sus diferencias, ambas posturas han

buscado desmarcarse de las concepciones de sexualidad monolíticas basadas en un modelo masculino.

Los estudios acerca del homoerotismo/homosexualidad, en todo este contexto de luchas sociales por la diversidad sexual, y por el feminismo, han profundizado las concepciones acerca de cómo se conciben estas relaciones, donde no sólo se identifican bajo el deseo tanto sexual como afectivamente por un otro del mismo sexo, sino que además, se establece la consideración de vivencias subjetivas acerca de la desaprobación social de asumir dichas relaciones (Freire, 1992, en Zigelli, 2004).

Lo que va instalando a nivel de nociones, ideas y referentes simbólicos para el entendimiento de la sexualidad en esta pluralidad de prácticas y discursos, es una mayor visibilización de los aspectos culturales que la sostienen, así como también los mecanismos que oprimen aquellos deseos que no se ajustan al ordenamiento de la heterosexualidad. El cómo se entienda la homosexualidad, dependerá, por tanto, del contexto histórico, pudiendo entonces ser concebida como un hecho político, social y cultural (Fry, McRae, 1991, en Zigelli, 2004).

¿Qué es el lesbianismo? ¿Quiénes son las lesbianas? Son interrogantes a las que han tratado de ir entregando respuestas las teóricas lesbianas, considerando la pluralidad de experiencias en términos subjetivos de la sexualidad.

Para Tânia Swain, la sexualidad lesbiana no es unívoca, *“no hay UNA sexualidad lesbiana, pues no hay un modelo a ser seguido, no hay una receta, no hay misterios; lo que hay es una búsqueda y un conocimiento del propio cuerpo, que es utilizado en el placer de un otro y de sí mismo”* (2000: 86). Para esta autora, la identidad lesbiana conlleva una característica dinámica, nómada, en términos de Rossi Braidotti, incluso una ficción, frente a los significados otorgados por las distintas instituciones reguladoras de la sexualidad en nuestras sociedades occidentales (Zigelli, 2004).

Algunas concepciones acerca del lesbianismo han trazado marcos de referencias de acuerdo a las prácticas sexuales y los roles. A partir entonces del despliegue de las relaciones sexuales y afectivas, se han trazado estereotipos para la identificación e identidad de mujeres que se asumen como lesbianas, tales como *butch* (lesbianas masculinas) y *femme* (lesbianas femeninas), que para Gayle Rubin (en Jeffreys, 1996) son categorías genéricas desprendidas de códigos y símbolos de una heterosexualidad institucionalizada.

Para Mogrovejo (2000)⁶, la teorización del lesbianismo, por parte de las mismas mujeres lesbianas, ha tenido que subvertir, o estar en un proceso constante, una larga tradición de investigaciones científicas que han patologizado cuanta experiencia lesbiana se ha conocido en la historia occidental. La principal consecuencia ha sido la instalación de culpas y dolores a las propias lesbianas, asumiendo conflictos en su propia identidad y sexualidad.

En estos intentos de subvertir el concepto de lesbiana a sentidos relacionados con una patologización, fue que Teresa de Lauretis (1992)⁷ describió a la lesbiana como una mujer situada fuera del contrato sexual, y por tanto fuera de los límites delineados por el género en una situación de contradicción.

Por otra parte, tanto desde sus obras teóricas como literarias, Wittig instala figuraciones del cuerpo/corpus lesbiano que trascienden la dicotomía mujer/hombre, rearticulando el cuerpo lesbiano como polimorfo, multiplicando su erogeneidad, donde habitaría un profundo potencial feminista.

Para Elvira Burgos (2014: 9), los planteamientos de esta autora serían fundamentales para liberar el cuerpo femenino de los designios masculinos: “*así, absolutamente todo lo propio*

⁶En el texto “Teoría lésbica, participación política y literatura. El estado del arte de los estudios lésbicos” (2000), esta autora realiza un amplio recorrido histórico por distintas disciplinas, señalando los principales hitos y obras que hacen referencia y aportan a la construcción de lo lésbico. Texto que es parte del libro *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos feminista y homosexual en América Latina*. México: Plaza y Valdés/ Centro de Documentación y Archivo Histórico Lésbico (CDAHL).

⁷Del texto (1992). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. FEMINISMOS. Madrid: Ediciones Cátedra.

del cuerpo vivo de la mujer es mostrado por Wittig como gozoso, atractivo y deseable, y no de un modo metafórico sino con la meta de llevar a cabo una íntegra afirmación de la realidad del cuerpo femenino; una realidad del cuerpo alejada de los estereotipos masculinos dominantes.”

La lesbiana y la madre

La relación entre mujeres y madres-hijos/as instala un vínculo de complejas consecuencias en términos de designación de deseos y construcción de la sexualidad, vale decir, en la identidad sexuada de los sujetos.

El discurso sobre la madre en la construcción de la sexualidad lesbiana, para Teresa de Lauretis (1992) representa un aspecto problemático tanto en cuanto a la construcción de subjetividades, cuanto a una posible anulación de la historia de muchas luchas sociales que se han trazado para afirmar la diversidad entre mujeres. Esta autora explica sus aprehensiones a partir de la revisión de distintas propuestas teóricas feministas con orientación psicoanalítica acerca de la figura de la madre y la sexualidad lesbiana.

La madre propuesta por Luce Irigaray, nos habla precisamente de este periodo en el cual amamos nuestra madre por sobre todas las cosas, y sus implicancias en nuestro devenir como sujetos sexuados. En una crítica a los modelos explicativos de la sexualidad, especialmente psicoanalíticos señala:

“A través de todo esto, lo que debemos hacer (pero no se trata de hacer lo uno antes que lo otro) es descubrir nuestra identidad sexual, es decir, la singularidad de nuestro autoerotismo, de nuestro narcisismo, la singularidad de nuestra homosexualidad. Sin olvidar que las mujeres, dado que el primer cuerpo con el cual tienen contacto, el primer amor con el que tienen contacto es un amor maternal, es un cuerpo de mujer, las mujeres, digo, mantienen siempre -a menos que renuncien a su deseo- una cierta relación arcaica y

primaria con lo que se denomina homosexualidad (...) Para las mujeres, la primera relación de deseo y de amor va dirigida al cuerpo de una mujer. Y cuando la teoría analítica dice que la niña debe renunciar al amor de y hacia su madre, al deseo de y hacia su madre, a fin de acceder al deseo del padre, está sometiendo a la mujer a una heterosexualidad normativa, corriente en nuestras sociedades, pero completamente patógena y patológica. Ni la niña ni la mujer deben renunciar al amor a su madre.” (1985: 42).

De Lauretis, a propósito de estas consideraciones, plantea revisiones críticas tanto a las propuestas⁸ de teorizaciones sobre existencia de una madre preedípica en el entendimiento de la sexualidad lesbiana, la cual es investida como el objeto de amor primario de todo sujeto, al cual se retorna en el devenir como sujetos sexuados en etapas posteriores del desarrollo: *“lo que todos estos trabajos tiene en común es el postulado preedípico, o sea, una relación particular y específica de la niña con la madre, de la que se hace derivar una característica de la sexualidad femenina –su llamado aspecto o vertiente “homosexual”.” (1992: 283).*

La crítica propuesta por esta autora da cuenta de la universalidad del “factor homosexual” en todas las mujeres respecto al vínculo materno. Como sabemos, no todas las mujeres son lesbianas, ni acuden al deseo lesbiano para resolver los malestares respecto a la sexualidad que viven. A partir de estas propuestas, la construcción de la sexualidad lesbiana, en cuanto a rescatar la etapa preedípica y sus imágenes, anularía la diferencia entre las mujeres, remitiéndolas a un sólo cuerpo, al cuerpo materno, el cual está inscrito en la reproducción, pero desde un discurso heterosexual.

Cuáles serían, entonces, las posibilidades entregadas desde estas perspectivas a las mujeres y su sexualidad lesbiana en cuanto a la representación, a su deseo e identidad, son los principales cuestionamientos de De Lauretis.

⁸Revisiones sobre los planteamientos de Nancy Chodorow (*The Reproduction of Mothering* principalmente), Nancy Hartsock, Marianne Hirsch; Juliet Mitchell, Jacqueline Rose, Kaja Silverman, entre otras.

El retorno a la relación materna, debiera salirse del lenguaje que define el deseo femenino como el deseo histórico de sostener el deseo del padre, ya que justamente es por esa vía que se instala la imposibilidad de ser sujeto de deseo y desear entre mujeres.

Para De Lauretis, el lesbianismo no puede ser identificado en un deseo materno, el cual une y recupera la solidaridad entre mujeres y sus imágenes, ya que justamente es una salida de aquello sostenido por el ordenamiento patriarcal y por tanto, de la validación de otras posibilidades realizar el deseo:

“El lesbianismo es ya hoy una de las formas que esa libertad asume precisamente en cuanto constitutivo del sujeto, es una forma de sexualidad y de subjetividad femenina: quiero decir que el lesbianismo es uno de los modos de mi ser sujeta a un simbólico y aun imaginario, y es una de las condiciones de mi constituirme sujeto psíquico y social precisamente frente a esa sujeción. La libertad, si la hay, está ahí, no en un futuro porvenir sino en la cotidiana materialidad del vivir, en el actuar, en el pensar, en el desear, en el fantasear dentro y contra los límites y los espacios de nuestra sujeción y de nuestra subjetividad.” (1992: 294).

La consideración de actuar desde lo cotidiano en nuestras vidas ha sido la principal propuesta del feminismo que considera tanto la libertad de ser lesbianas como de ser madres. A partir del feminismo comunitario, el rescate de la maternidad tiene que ver con el uso del cuerpo fuera de un lugar de dominación, para, desde los cuidados de los miembros de la comunidad, garantizar el buen vivir de todos/as por igual (Paredes y Guzmán, 2014).

En nuestra sociedad, la mayoría de las experiencias de mujeres lesbianas que buscan la maternidad como un espacio a ser re-habitado desde otros sentidos, se han enfrentado a una sociedad que aún no reflexiona y actúa bajo las propuestas del feminismo comunitario, incluso dentro del mismo movimiento social. Las tensiones en posturas más radicales en el

lesbianismo militante, ven con desconfianza la manifestación del deseo materno en otras lesbianas, argumentando un nuevo debilitamiento al horizonte político del movimiento.

A la anterior, se suma otra tensión. A pesar de las nuevas tecnologías en materias de reproducción, visualizadas por algunas parejas lesbianas que buscan concretar proyectos de filiación como una opción segura, no dejan de estar sometidas a un juicio no sólo por parte de sus pares, sino por la sociedad y sus instituciones, prohibiendo la maternidad para mujeres fuera de relaciones heterosexuales (Güezmes, s/f).

Considerando estas situaciones, el costo de asumir una maternidad lesbiana tiene importantes implicancias para el mismo proyecto de filiación. Sin embargo, la apuesta de estas mujeres de concretar la maternidad, no sólo nos habla de un retorno a lo materno como deseo de “cuidar y ser cuidado”, sino como una posibilidad transformadora de la institución familiar y los arreglos sociales y culturales que de ella se desprenden (Pinheiro, 2006).

Para Le Gall (2001), en general lo que se ha observado a partir de la constitución de familias homoparentales consiste en un movimiento de agitación sobre las nociones yuxtapuestas de procreación, parentalidad y relación conyugal, teniendo como principal consecuencia el énfasis de los lazos afectivos por sobre los consanguíneos, que tradicionalmente habían marcado, por la sangre, la validación o no de los integrantes de una familia. Para Pinheiro (2006), además, no sólo posibilitan la transformación de los lazos familiares, y con esto una rearticulación de los roles de género en las familias homoparentales, específicamente en la experiencia de parejas lesbianas, se instalan nuevas formas de acuerdos que pasan por los cuerpos, las necesidades, y los deseos, generando negociaciones desde quiénes llevan el embarazo, hasta una mayor igualdad en las tareas de cuidado.

Situarnos en los diálogos ofrecidos en las diversas elaboraciones por parte de autoras desde el postestructuralismo y el feminismo, nos permite continuar profundizando los alcances propuestos en la intersección con la corriente del psicoanálisis y género, donde todas estas

posturas nos hablan del cuerpo, la identidad y el género como aspectos ineludibles del nudo analítico que nos supone la construcción de la sexualidad, relevando la dimensión política que contienen para el sujeto mujer lesbiana que aquí nos convoca.

Marco Metodológico

Dado que nuestra investigación busca conocer y analizar la construcción de la sexualidad lesbiana, consideramos la información obtenida de un profundo valor para la producción de conocimiento, ya que proviene de la experiencia de mujeres que en sus diversos recorridos, han establecido sus propios análisis y significaciones para sí mismas, estando dispuestas a compartirlas con nosotras y con quiénes quieran leerlas desde aquí.

Así, entendiendo por epistemología como *“una teoría del conocimiento (...), que trata también sobre las pruebas a las que deben someterse las creencias para ser legitimadas como conocimiento”* (Harding, 1998: 2), resulta necesario que el corpus teórico propuesto como marco de interpretación, no sólo ilumine las voces femeninas presentes en el fenómeno a estudiar, sino que no reproduzca la exclusión de éstas como sujetos de conocimiento, de su propio conocimiento, situación histórica develada desde las críticas feministas sobre algunas teorías occidentales modernas abocadas al entendimiento de la sexualidad. En este sentido, situamos nuestro estudio desde una epistemología feminista, cuyo principal método es mantener una posición crítica acerca de las relaciones entre los géneros, así como también intragénero, donde precisamente en este vínculo centramos nuestros análisis (Ibid.).

La importancia de situarnos desde esta epistemología, es que más allá de la consideración sobre los sentidos asignados a los roles de los sujetos en la sexualidad, nos entrega la posibilidad de mirar hacia aquellos significados extraídos desde una mirada dirigida a la intersubjetividad (Peña, 1998), ya que las experiencias recogidas precisamente nos hablan de lo relacional, y como nos plantea Laclau y Mouffe (1987), lo social va cobrando sentido de forma constante permitiendo una permanente re-significación de las identidades, de los deseos y sus particularidades, siendo los estudios de género y feministas una profunda contribución a develar los distintos discursos que se juegan en la construcción de los sujetos en su multidimensionalidad.

Considerando que la investigación cualitativa es el enfoque más coherente en este tipo de apuesta, sus diversas estrategias y técnicas de acercamiento al conocimiento posee características fundamentales para el estudio de fenómenos complejos, tal como lo son la sexualidad femenina y su deseo:

“Fundada en una posición filosófica que es ampliamente interpretativa en el sentido de que se interesa en las formas en las que el mundo social es interpretado, comprendido, experimentado y producido; basada en métodos de generación de datos flexibles y sensibles al contexto social en el que se producen; y sostenida por métodos de análisis y explicación que abarcan la comprensión de la complejidad, el detalle y el contexto”(Mason, 1996:4, en Vasilachis, 2009).

Situar por tanto, esta investigación desde una epistemología feminista significó considerarlo como un elemento transversal en todas las etapas del trabajo realizado, permeando tanto su método como también su metodología.

Así, dadas las características de nuestro estudio, este se desarrolló bajo el método cualitativo de investigación, ya que dar cuenta de la experiencia de mujeres lesbianas en la construcción de su sexualidad desde este tipo de investigación, nos entrega la posibilidad de *“comprender la perspectiva de los/as participantes acerca de los fenómenos que los rodean, profundizar en sus experiencias, perspectivas, opiniones y significados”* (Hernández, Fernández, Baptista, 2010: 364).

A pesar de un extenso desarrollo teórico respecto a la sexualidad femenina, y más específicamente la sexualidad lesbiana en cuanto a los análisis centrados en la experiencia de vida, fue posible constatar una escasa producción del problema planteado desde una perspectiva feminista, por lo que nuestra tesis se concibe como un diseño de tipo exploratorio, el cual, a la vez nos entrega la posibilidad de aprehenderla mayor cantidad de información respecto de los procesos y significados individuales y culturales que giran en torno a un fenómeno, desde otras perspectivas menos estudiadas consideradas como fuente

primaria de información. Junto a esto, nuestras entrevistadas pertenecen a un tramo socioeconómico, clase media, que ha sido poco estudiado sobre el campo de la sexualidad.

Es así que, *“cuando la revisión de la literatura reveló que únicamente existen guías no investigadas e ideas vagamente relacionadas con el problema de estudio”* (Hernández, Fernández y Baptista, 2010: 61), surge la necesidad de relevar el conocimiento construido por estas mujeres en su experiencia, la cual puede ser interpretada desde diversos marcos, sin embargo, lo que priman aquí fueron sus propias voces.

Las voces que hablaron en nuestro trabajo fueron registradas mediante los relatos de historia de vida. Esta estrategia de recolección de datos, analiza la narración de las participantes, específicamente en la elección del deseo sexual lésbico, lo cual concebida desde una perspectiva etnosociológica de Bertaux (1997, en Vasilachis de Gialdino, 2006), fue posible encontrar hitos centrados en periodos determinados o en un aspecto de la existencia del sujeto, pudiendo ser contada de forma parcelada por el/a investigado/a, siendo a su vez puesta como parte de una realidad más abarcadora por parte del/a investigador/a.

De esta manera, la utilización de un enfoque biográfico busca dar cuenta de aquello que portan los sujetos, es decir, como poseedores de su propia historia, la cual está condicionada por la(s) posición(es) que ocupan en la realidad social, además que permite restituir la memoria colectiva y luego una re-interpretación que los actores sociales expresan en y por su actividad (Peña, 1998).

Este tipo de estrategia además, posibilita cambiar las configuraciones respecto no sólo a la producción de conocimientos, como fue el énfasis puesto en la fuente de información de carácter subjetivo, sino que también y en consecuencia, en la relación entre investigadores/as y sujetos participantes, buscando establecer posiciones simétricas, demandando con esto, asumir el rol de investigadora como no ajena en su trabajo investigativo. Se emprendió la instalación de una relación de reciprocidad en la

producción de conocimiento, donde pretendimos, y esperamos que se haya logrado, estar siempre conscientes que “*no se puede conocer sin ser afectado, conmovido, transformado*” (Correa, 1999:37).

La elección de esta estrategia de recolección de datos no fue azarosa. Considerarla en este trabajo de investigación rebasa un criterio puramente teórico, ya que se condice con la propia historia de la “*vida privada, de su concepción de mundo, de su ideología*” (Correa, 1999: 35) de quién ocupa el lugar de investigadora. En este sentido, la implicación personal de quien investiga necesariamente ha de ser declarada con el objeto de proponer un trabajo coherente tanto en su dimensión epistemológica, metodológica, ética y política, con la propia experiencia de vida y de sus interlocutoras.

Al situarnos en la sexualidad como principal campo de óptica, nos volcamos a la propia experiencia vital de desasosiego respecto al tema, como mujer, madre, trabajadora, de clase media, y así tantas otras dimensiones a las cuales podríamos adscribirnos, desde una mirada crítica, coherente con la apropiación del feminismo como posicionamiento teórico y político.

Procedimos entonces a recabar los relatos de vida de nuestras entrevistadas utilizando una pauta abierta que fuera señalando diversos puntos de su trayectoria de vida en relación a antecedentes biográficos, las relaciones familiares y su sexualidad. De esta manera, situamos los siguientes elementos:

1. Encuadre y antecedentes biográficos: considerando edad, lugar de origen, relación de pareja (o no), nivel educacional, actividad económica. Además de hitos por cada etapa de la biografía, es decir, en infancia, adolescencia y adultez, identificando las interacciones con grupos sociales e instituciones relevantes.

2. Relaciones Familiares: información relacionada sobre la conformación familiar (nuclear y extensa), lugar dentro de núcleo familiar, presencia/ausencia de las figuras significativas,

estilos de crianza, valoración subjetiva de vínculo con la madre (situación actual y anterior), valoración de vínculo con otros miembros familiares (padre, hermanos/as, entre otros/as), distribución de los roles según sexo, construcción y transmisión de las representaciones ligadas al género.

3. Significados sobre sexualidad: conceptualización sobre sexualidad femenina, relaciones de género, vivencias relacionadas a la sexualidad lesbiana y prácticas sexuales.

Respecto a quienes resultaban potencialmente idóneas para nuestra investigación, el Universo de estudio correspondió a todas aquellas mujeres de clase media, entre 25 y 40 años de edad, residentes en la zona urbana de la comuna de Santiago de Chile, con o sin pareja al momento de la entrevista, y con o sin filiación, y que se asumieran lesbianas.

En concordancia con lo anterior, la muestra de estudio estuvo compuesta por 7 mujeres, las cuales mostraron diversidad en cuanto a los criterios seleccionados, siendo seleccionadas de manera intencional, pudiendo considerarse como un grupo “representativo” del tema de investigación.

El criterio acerca del nivel socioeconómico fue situado en la clase media, considerando como ingresos líquidos entre el rango de \$400.000 y \$700.00⁹. Este estrato socioeconómico también permitió considerar otras variables como el nivel educacional, donde todas contaban con educación superior, específicamente alcanzando una formación de tipo profesional. En este sentido, también la pertenencia a dicha clase social remite a la identificación a una menor vinculación con significados valóricos extremos, suponiendo una mayor neutralidad entre el conservadurismo y el liberalismo respecto a diversos temas, en especial a la sexualidad.

Por otra parte, el lugar de residencia no sólo tiene relación con un criterio de accesibilidad a las participantes, sino que vinculado con la sexualidad lesbiana, habitar en sectores urbanos

⁹ Según datos de encuesta CASEN 2006.

de la ciudad de Santiago, permite, desde un criterio geográfico, un menor ocultamiento de la diversidad sexual, en comparación a ciudades de provincia o rurales, dado a la mayor disponibilidad de locales públicos en la capital de nuestro país para actividades sociales¹⁰. En términos simbólicos, permite en su referencia, admitir lo plural, asociado a los distintos estereotipos lésbicos y prácticas sexuales.

Los criterios de variabilidad en nuestras entrevistadas fueron la edad, estado de relacionamiento (estar o no en pareja) y filiación. Los rangos de edad establecidos para la selección de participantes, entre los 25 y los 40 años de edad, respondieron a la consideración de acceder a la experiencia de mujeres que, en su etapa del ciclo vital, se caracterizaran como jóvenes o adultas jóvenes en edades fértiles. Este punto resulta relevante al momento de relacionarlos con su situación de filiación, ya que la sexualidad lesbiana, desde los discursos heteronormativos, no conduce a cuerpos femeninos idóneos para la reproducción. En este sentido, la participación de interlocutoras madres o futuras madres nos permitió establecer comparaciones en cuanto a los significados otorgados a la maternidad, y a lo materno, en la experiencia de construcción de la sexualidad lesbiana de nuestras participantes.

Las consideraciones éticas de nuestro estudio formaron parte de una interlocución que buscó estar en coherencia con la praxis de una epistemología feminista, la que más allá de la firma de un consentimiento informado, se basó en un intercambio respetuoso, situado e implicado por parte de quienes nos involucramos. Se aseguró el resguardo de nombres, tanto de nuestras entrevistadas, como de las personas mencionadas en sus historias, utilizando pseudónimos, así como la omisión de hechos, y la no publicación de los textos completos de las entrevistas, lo cual fue previamente acordado.

A partir de una escucha activa, se buscó co-construir los productos de dicho intercambio, analizando la información a partir la Teoría Fundamentada, la cual mediante un proceso inductivo, pretende generar teorías explicativas acerca del fenómeno a estudiar, pero no

¹⁰ Información disponible en www.gaychile.cl.

desde preceptos establecidos a priori, sino que en base a los datos obtenidos desde el campo de estudio (Strauss y Corbin, 1990). Las reflexiones acerca de los resultados obtenidos serán devuelto a las participantes mediante la entrega de ejemplar del estudio, luego de finalizado el proceso, tanto de evaluación como de presentación, en el marco del programa de magíster en el cual se inserta este estudio.

A continuación, presentamos un esquema de los criterios de selección y una breve reseña de nuestras interlocutoras:

1. Tabla de Criterios

Participantes	Situación					
	Edad		Filiación		Pareja	
	25-30 años	31-40 años	Con hijos/as	Sin hijos/as	Con pareja	Sin pareja
Violeta	x			x	x	
Iris		x		x		x
Verónica	x			x		x
Margarita		x	x			x
Sabina	x		x		x	
Valeria		x		x	x	
Melisa	x			x	x	

2. Nuestras entrevistadas

Violeta: Actriz y diseñadora, 28 años de edad, acuña para sí misma el ser “*la chica del overol*”, como varias personas la han llamado en su trabajo; la carpintería, actividad que realizaba junto a su padre desde la infancia, hoy en día es una de sus fuentes de ingreso, y la realiza en el ámbito de las artes escénicas en la construcción de escenografías. Trabajadora independiente, vive como pensionista en una gran casa. Es la menor de tres hermanos. Su familia es de clase media, a la cual refiere como agnóstica, a pesar de la tradición católica de familia extensa. Valora como buenas las relaciones entre los

integrantes de familiar nuclear. Sus padres están casados y viven juntos. Está en pareja actualmente y no tiene hijos. Señala que para ella el asumir ser lesbiana ha sido un proceso tranquilo y ha podido contar con el apoyo de su familia, especialmente de sus padres: *“Y mi mamá como que “ah, no importa, mientras haya amor”. Y como que fue súper acogedora, nomás, ni un color, ¡jamás, jamás! Y listo, sería. Y ni un rollo. Y de ahí, abiertamente”*.

Melisa: Estudiante de psicología, 30 años, también es licenciada en pedagogía en Educación Física. Vive con su pareja en el mismo edificio que sus padres para estar cerca de ellos y cuidarlos, ya que señala que son adultos mayores. No tiene hermanos y valora como fría y distante afectivamente la relación con sus padres. No tiene hijos. Para ella, la experiencia de asumirse como lesbiana ha implicado un proceso de constantes cuestionamientos, resultando un proceso doloroso a momentos, debido a los costos sociales que implica estar fuera de la sexualidad hetero, pero refiere que a pesar de todo el malestar psíquico que le ha implicado el asumirse, lo visualiza como *“me hubiera estado traicionando a mí misma”*. En su trayectoria de vida fue posible dar cuenta de una infancia valorada como “solitaria”, donde no contó con amigos/as de juegos, además de identificar vivencias como fuera de lo esperado para una niña *“a mí no me acomodaba ser niña, me gustaba jugar a la pelota, por eso y porque no tenía con quien jugar, lo hacía sola en mi patio”*. En relación al núcleo familiar extenso éste fue caracterizado como poco aglutinado, en las relaciones se daban de forma esporádica. Por esta misma razón, Melisa nos señaló la importancia de las amistades encontradas a lo largo de su vida, especialmente durante su primera época universitaria.

Verónica: Es psicóloga, 30 años de edad, trabaja en consulta privada. Su familia nuclear proviene de una localidad rural de la región del Maule, pero por motivos de estudios se trasladó y actualmente vive sola en Santiago. Caracteriza su familia de origen como muy conservadora y muy católica. Realizó sus estudios de enseñanza básica en colegio mixto, sin embargo la enseñanza media la realiza en colegio católico y sólo de mujeres, espacio que tuvo enorme importancia respecto a la construcción de su sexualidad. Soltera, no está en relación de pareja y tampoco tiene hijos, al momento de la entrevista. Señala que si bien

el proceso de auto-reconocimiento como lesbiana le ha permitido mayor conciencia respecto a su sexualidad y otros ámbitos de su vida, incluso con el haberle entregado la posibilidad de politizar su mirada frente a diversos fenómenos de la vida cotidiana, el asumir esto públicamente en el ámbito familiar y social le ha traído profundos costos, *“nunca me había sentido tan mal en mi vida”*, ya que no ha contado con el apoyo de su familia hasta el día de hoy. Por este mismo motivo, refiere que vive dos vidas: *“para mi familia es como si nada hubiera ocurrido, no se habla, por eso lo que vivo con mis parejas lo vivo sin ellos”*.

Sabina: Profesora y traductora de inglés, 30 años de edad. Oriunda de la ciudad de Concepción, pero por motivos de estudios y trabajo se encuentra viviendo en Santiago hace un poco más de tres años. La elección respecto al área de formación profesional la relaciona con su profundo interés por el lenguaje, enfatizando otras áreas que se relacionan especialmente con el arte, *“soy buena para picotear la verdad, hay hartas áreas que me interesan; me interesan bueno las Humanidades en su forma como bien amplia, las Artes, la creación, ehm... y trato más o menos de que mi pega contenga hartito de eso, así que bueno, también he transitado, he deambulado por otras cosas”*. Dentro de sus intereses se encuentran los estudios de género, por lo que ingresa al programa de magíster en dicha área en la Universidad de Chile, señalando *“estoy haciendo un magíster en género, es como para también ir satisfaciendo mi curiosidad en la filosofía, en otras áreas, y además por un tema personal, porque me inquieta, son temas que me inquietan a un nivel bien íntimo también”*. Respecto a la trayectoria de vida, proviene de una familia donde sus padres se separaron cuando tenía aproximadamente 4 años de edad. Tiene una hermana y un hermano. De su padre, refiere que a pesar de la separación siempre estuvo en contacto con él y una buena relación. En cuanto a su madre, señala una relación sinuosa, pero que actualmente ha sido resignificada en su vida. Vive junto a su pareja con la cual están iniciando un proyecto de maternidad *“estamos iniciando un proyecto de familia, ella, o sea,*

decidimos en conjunto que ella va a ser la madre gestante, así que nos hicimos la incriminación hace unos cuantos meses y ya estamos embarazadas”.

Iris: profesional de las Ciencias Sociales, es licenciada en Antropología, con estudios de posgrado en esta área y en Literatura. Actualmente desarrolla su trabajo desde la academia. Tiene 32 años, refiere estar sin pareja en estos momentos, y sin hijos. Comparte vivienda con una amiga. En su trayectoria de vida señala provenir de un contexto familiar desarticulado, tanto por motivos históricos, en relación por el periodo de Dictadura en nuestro país, como por su conformación familiar mismo. Valora como precario el contexto social donde se desarrolló su infancia debido a la actividad laboral de sus madre y padrastro, los cuales por muchos años fueron artesanos, motivo por el cual vivieron en varios países de Latinoamérica en un contexto de inestabilidad económica, *“nací en Bolivia, pero me inscribieron en el registro civil a los cinco años, tengo otro apellido, o sea, una historia muy particular, muy extraña que... hizo que yo, como mi primera infancia fuera enfrentada a... a un Santiago del margen; a un Santiago pobre; a un Santiago de la población Santa Olga. Si yo transitaba por un lado, de este Santiago marginal a los orígenes de mi madre que eran como clase media alta”.* Dicha inestabilidad también recae en los vínculos entre miembros de familia nuclear, refiriendo una relación *“complicada”* con ambos padres, y buena relación con hermano menor. Ya en el periodo de adolescencia, señala un proceso de movilidad social producto de un ascenso en actividad laboral de madre, lo cual la habría insertado en un nivel socioeconómico medio, medio-alto. Iris, a través de su relato puso especial énfasis en su dedicación al estudio como medio de sobrevivencia a precariedad socioeconómica y abandono por parte de padres en sus cuidados, *“en eso me empecé como a normalizar, empecé a ser adicta al colegio, así como que yo era, yo quería ser todo lo contrario a mi familia. Entonces, yo empecé... ellos no me querían mandar al colegio de hecho, fue una discusión que yo entrara al colegio. Entonces, cuando yo empecé a ir al colegio para mí fue tan importante y yo tenía la sensación, yo sabía que la única posibilidad que yo tenía de sobrevivencia era estudiar, y estudiar y entender el lugar que me había tocado vivir, pero desde muy pequeña. Entonces, yo me*

hice fans de la lectura, lloraba si no me tenían lista para ir al colegio. Por oposición, lógico”.

Margarita: De profesión veterinaria, Margarita tiene 29 años de edad. Proviene de una familia de clase media, tiene dos hermanos donde ella es la hija *“del medio”*. Margarita refiere tener buena relación con sus hermanos y padres, sin embargo recuerda en periodo de infancia y adolescencia diferencias y tensiones con madre, la cual percibe como una figura estricta y distante afectivamente. Es jefa de hogar, vive con su hijo de 10 años *“producto de una relación anterior, en realidad fue mi primera relación de pareja como tal”*. Luego del quiebre de dicha relación, cuando aún no terminaba su carrera universitaria se va a vivir sola con su hijo asumiendo sus cuidados y el esfuerzo por terminar sus estudios. Hasta el día de hoy señala a padre de su hijo poco vinculado a la crianza de este. Participa en una agrupación de mujeres que luchan por el derecho al reconocimiento de la maternidad lesbiana, por lo que su experiencia pasa por un fuerte énfasis en lo que representa ser madre desde este lugar, visualizando los matices que trae en la crianza, en especial para resguardar a su hijo de las reacciones negativas por parte de la sociedad frente a la maternidad lesbiana *“yo creo que uno siempre está alerta, cachay, y yo creo que ese estar alerta no es algo malo, pero sí, a veces agota, eso puede pasar. O sea, de repente, hay como un agotamiento, no es un estado natural estar alerta, cachay, porque en cualquier momento puede sufrir discriminación y tú, tu hijo, y por cualquier motivo, no es tan solo ponte tú, que... en el colegio algún apoderado le diga algo a su hijo y ese hijo se lo comente al mío, cachay, porque son como las discriminaciones claras, básicas”*.

Valeria: Es chef y administra empresa familiar. Tiene 36 años de edad, vive sola y sin hijos. Al momento de entrevista señala estar en pareja. Respecto a trayectoria familiar, Valeria proviene de una familia donde ambos padres son profesionales vinculados a actividades diplomáticas. Debido a esto, creció en un ambiente de alto nivel sociocultural junto a sus dos hermanas, donde además señala que durante infancia siempre tuvo la posibilidad de elegir aquello que le interesaba independiente de la pertinencia y mandatos de género *“cuando chica también, porque ponte tú para la navidad cuando yo tenía 10, mi*

hermana quería un libro, la otra quería la barbie no sé qué, y yo quería los G. I. Joe o el camión, o la pelota de fútbol, o He-man, y mis papás nunca me hicieron ningún problema, siempre me los regalaron”. Caracteriza a su familia nuclear como agnóstica, aunque de tradición católica por parte de familia extensa. Buenas relaciones tanto con sus padres como con sus hermanas, refiere que en su proceso apropiación en la sexualidad lesbiana siempre contó con apoyo de su círculo cercano “nunca ninguno me discriminó, nunca, de hecho al contrario, o sea, “mientras tú seas feliz lo que sea”. Entonces nunca sufrí lo que yo supongo otra gente sí sufrió o sigue sufriendo, como de... y que más encima te trae un bagaje mucho más fuerte, porque es decir “me paro sola, con quién me paro, quién me ayuda, cómo hago para sentirme segura”. Yo eso también tuve la suerte de que no... mi caso por ese lado... para mí es un caso como casi tan... obvio, como que no ve el resto del mundo, yo soy gay, mi familia, mis cercanos lo asumen así y para ellos es evidentemente normal, o sea que yo sigo siendo Valeria, y... lo he vivido así desde que salí del closet y nunca he sentido que he tenido un problema o una traba”.

Análisis

Sexualidad e Identidad: las posibilidades de la (auto) representación lesbiana

“Si toda persona con cuerpo femenino es mujer, ¿por qué es posible decir de alguien, sin referirse a su aspecto físico, que es “muy mujer”, o por el contrario sostener que alguien de sexo femenino “es un hombre con faldas”?”

(Gabriela Castellanos, ¿Existe la mujer? Género, lenguaje y cultura)

“Algunas mujeres “siempre” han sido lesbianas. Otras, como yo, han “devenido” lesbianas. Tanto construcción sociocultural como efecto de las primeras experiencias de la infancia, la identidad sexual no es ni innata ni simplemente adquirida, sino dinámicamente (re)estructurada por formas de fantasías privadas y públicas, conscientes e inconscientes, que están culturalmente a disposición y son históricamente específicas.” (Teresa De Lauretis, Debate Feminista, 1995: 43)

“Las lesbianas no son mujeres.”(Monique Wittig, El Pensamiento Heterosexual, 1992:57)

Considerando la noción de identidad como un constructo multidimensional y dinámico, fue necesario, para los fines de la presente investigación, hablar de este aspecto constituyente de los sujetos como *proceso* más que como un elemento estático y perdurable en el tiempo, que se establece en tal o cual etapa del desarrollo humano.

La identidad lesbiana aparece en la construcción de la sexualidad de las mujeres entrevistadas un proceso con diversos énfasis en distintas etapas de la vida. Por esta razón, el objetivo de este apartado no radica en detenernos sobre identificar y analizar del mito de origen de esta identidad, sino más bien, mostrar las experiencias relatadas en cuanto al

proceso identitario vivido. Es decir, escuchar cómo las mujeres que hablaron en nuestro estudio dieron cuenta de sí mismas, como nos diría Judith Butler.

De esta manera, los análisis respecto a la identidad lesbiana los presentamos sobre dos ejes principales: primero, la experiencia de vida de nuestras entrevistadas respecto de la *construcción de su identidad sexual como lesbiana*; para luego dar cuenta del proceso de *asumir esta identidad*.

Construcción de identidad lesbiana

Los recorridos realizados por nuestras entrevistadas en sus relatos respecto a la construcción de su sexualidad, inevitablemente las llevaron a historias ocurridas en las diferentes etapas de la vida, tanto en el plano familiar como social. Recordar y hablar sobre sus vidas resultó un ejercicio de dar cuenta de sí mismas en pasado, presente y futuro, respondiendo constantemente a la interpelación sociocultural (Giddens, 1995), respecto de quienes son y cómo se presentan ante el resto.

Para introducirnos entonces en dichas experiencias, podemos señalar que, lo que nos mostraron los relatos de nuestras entrevistadas de manera general, fue que, tanto a nivel de prácticas como de discurso, la identidad lesbiana inserta diversas tensiones en la identidad femenina en general, así como el abrir y cerrar posibilidades respecto a la (auto) representación y (auto) reconocimiento como lesbianas, pudiendo verse en términos de un proceso de construcción de una *identidad proyecto*, como nos planteara Castells (2001), en cuanto a que esta construcción tendría alcances redefinitorios de su lugar en la sociedad respecto de mujeres que viven una sexualidad distinta a la dictada por la heteronorma.

Una primera constatación respecto al proceso de construcción de identidad lesbiana fueron las vivencias entorno al cuerpo, donde revelaron desde etapas infantiles, que si bien podrían hablarnos del despliegue de la estructura binaria de los sexos en una primera mirada, nos

señalaron una búsqueda de coherencia y continuidad de sí mismas, las que mediante un proceso de diferenciación a una identidad femenina en términos de mandatos de género tradicionales, refirieron haber incorporado elementos considerados como masculinos:

“Desde chica como que, obviamente cuando uno es muy pendejo te visten, pero al momento en que cada una tenía su identidad, ehm, no había ningún... o sea, mi hermana le gustaban los vestidos y a mí me gustaban los short y polera de basketball. O sea, nefastamente vestida como niño-niña, cachay. Yo era de short y polera y me arreglaba mi polera, yo me quería cortar el pelo corto y me cortaron el pelo corto.” (Violeta)

“Es que yo siempre era diferente al resto de la gente. Porque yo cuando era chica, no sé por qué razón, me llevaron a la peluquería y me cortaron el pelo, me lo dejaron cortito. Entonces después de eso, yo nunca me dejé el pelo largo hasta cuando tenía como doce años, y parecía niño.” (Melisa)

Identidad y sexualidad son elementos íntimamente ligados al desarrollo de los sujetos, pudiendo rastrearse experiencias que los relacionan desde la infancia. Uno de los principales aportes del psicoanálisis freudiano fue precisamente situar en esta etapa temprana, a partir del relato mítico de Edipo y de la teoría de los estadios de desarrollo psicosexual, los diversos caminos en los cuales desemboca la vida sexual adulta: *“un penetrante estudio de las manifestaciones sexuales infantiles nos revelaría probablemente los rasgos esenciales del instinto sexual, descubriéndonos su desarrollo y su composición de elementos procedentes de diversas fuentes”* (Freud, 1915: 1195). A nivel de psiquis, la sexualidad infantil va poniendo a disposición de los sujetos los distintos discursos que permiten los procesos de identificación y diferenciación para llegar a establecer las identidades sexuales que debieran incorporar.

Pero no sólo a nivel de aparato psíquico, el cuerpo remite al principal lugar de depósito de contenidos sociosimbólicos y culturales, y que mediante un proceso de interiorización de éstos, los sujetos van otorgando sentido al lugar que ocupan en la estructura social para

definirse en cuanto a sus identidades y roles de acuerdo al marco espacio/temporal en el que se encuentran (Castells, 2001).

Tal como nos han mostrado las teorías de género y feministas, el cuerpo de las mujeres ha sido el territorio fundamental de encierro y opresión (Montecino, 2003), como también de designación, en cuanto a los procesos de reconocimiento y diferenciación entre mujeres. El nacer niñas, y el posterior “ser niñas” y “ser mujeres”, y como bien nos señalara Simone de Beauvoir, desde tradicionalmente se ha establecido que el cuerpo femenino encierra un destino impuesto por el discurso falocéntrico, pero que no es cualquier destino, sino que uno cargado de desigualdad, el cual desde el cual debe sostenerse la identidad femenina.

Lo que nos muestran estas mujeres, fueron experiencias infantiles marcadas por prácticas identitarias, que si bien pudieron ser vivenciados como poco conscientes de la dirección de éstas en términos de transformación del lugar a ocupar en la estructura sociocultural, pusieron en escena un cuerpo que también lleva consigo un potencial revestido de poder transformador del lugar asignado a lo femenino desde un ordenamiento patriarcal. Fueron *in-corporando* contenidos referidos a lo masculino que dieron como resultado la experiencia subjetiva de ser *niña-niño*.

Podríamos señalar la masculinización de ciertos aspectos de una identidad en construcción como un proceso de diferenciación de lo femenino a través del cuerpo, como una forma distinta de “ser niñas”, no implicando esto, el cuestionamiento sobre su identidad de género, sino que, para algunas, resultaba en una elección sobre formas más cómodas de estar en el mundo.

Dichas experiencias podrían ser relacionadas con el concepto de *tomboy*¹¹, entendido como un periodo más o menos prolongado durante la niñez, donde las niñas performativizan

¹¹ Judith Halberstam, en su texto sobre masculinidad femenina, traduce el concepto acuñado en lengua anglosajona *tomboy* como *chicanazo*, definiéndolo como “se refiere a una niña o adolescente de rasgos físicos y aspectos masculinos, con un comportamiento parecido a de los chicos, o que realiza actividades que se

rasgos y aspectos masculinos, así como también comportamientos asociados a los varones (Halberstam, 2008). El énfasis de estas vivencias no reside en el entendimiento de una desviación en la identidad de género, sino más bien muestran otros estilos de belleza y cánones en cuanto a su puesta en escena.

Si bien lo señalado sobre lo vivido durante la infancia pareciera no dar cuenta de prohibiciones por parte del discurso familiar o en instituciones educacionales en las cuales estaban insertas respecto a la realización de dichas prácticas identitarias, las entrevistadas que señalaron estas experiencias, las percibieron como un elemento reconocible y diferenciador de una niñez donde la mayoría de las niñas no realizarían estas prácticas, saliéndose de lo que socialmente se ha establecido desde el sistema sexo/género¹² para las mujeres en su construcción de identidad de género:

“Igual siempre me sentí diferente, hasta no sé en la forma de estar ahí en el colegio, no me sentía como mis otras compañeras, me veía distinta, me gustaba el pelo corto, pero en ese momento no sentía que eso implicara ser lesbiana.” (Margarita)

“Primero estuve en un colegio Montessori, que para mí fue lo mejor. Yo ponte tú ahí sentí que yo ya empecé a desarrollar una otra forma... o a hacer más evidente, ehm... no quiero decir mi lesbiandad, pero sí una cosa más masculina que el resto de las niñas. Porque como es Montessori, nadie te obliga, nadie te dice “todas las niñitas tienen que jugar a las tacitas, los hombres tienen que...” ¡no! Habían diez mil cosas, dentro de las actividades había cocinar, si tú eres hombre o mujer tú podías cocinar, y una de las cosas era carpintería, y a mí me fascinaba la carpintería.” (Valeria)

supone de los chicos. Towboy es un término muy antiguo del idioma inglés (se usa ya en el siglo XVI) y no es muy peyorativo. También se podría traducir por marimacho, machorra o perico” (2008:27).

¹²En el texto fundamental de Gayle Rubin *El tráfico de mujeres: notas sobre la “economía política del sexo”* publicado por primera vez en 1975, esta autora define la noción de sistema sexo/género como “un conjunto de disposiciones por el que una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de la actividad humana, y en el cual se satisfacen esas necesidades humanas transformadas” (1986: 97. En *Nueva Antropología*, vol. VIII, N°30, México).

Esta masculinización de la identidad primaria para algunas mujeres fue resignificada en la actualidad a su experiencia como sentimientos de inconformidad frente al lugar que debían ocupar en lo tradicionalmente femenino durante su niñez:

“Yo sabía que era una niña. Como que lo que más he llegado a pensar ahora, y no cuando era niña no me lo cuestionaba mucho, es que quizás no me gustaba ser niña, ehm... si yo era niña, no era una buena niña o porque no estaba haciendo lo que deberían estar haciendo las niñas, yo quería hacer lo que hacían los niños. Entonces, como que no me acompañaba mucho el ser niña. Ser niña era ser más tranquila, jugar con muñecas, que me gustara jugar quizás con el elástico, que me gustara usar vestido. Pero eso no me gustaba.” (Melisa)

“Como que desde chica sentí mucha rabia porque los hombres sí podían hacer ciertas cosas y las mujeres no; como por ser mujer me cuidaba tanto mi mamá, si yo fuera hombre podría salir más ehm... no sé, en mi cabeza ser hombre era muuucho mejor. Y de hecho, por mucho tiempo, sentía rabia por haber nacido mujer, como a lo injusto, a lo negativo, como a lo malo. Quería ser hombre, no porque me sintiera hombre, sino me hubiese gustado haber nacido hombre y ser hombre.” (Verónica)

Un hallazgo identificado en la etapa infantil y sus vivencias del cuerpo, dan cuenta del cabello como una marca identitaria, el cual representa uno de los principales territorios del cuerpo femenino por el cual pasa la opresión y también su resistencia. Como un signo de visibilidad e inteligibilidad, la cultura lesbiana, especialmente en los inicios de su conformación como movimiento político, instauró que muchas mujeres que se asumieran como lesbianas llevaran el pelo corto, como un símbolo diferenciador de lo “femenino” establecido por la heteronorma.

En la investigación de Almeida y Heilborn (2008) sobre activistas lesbianas brasileras, mostraron que la incorporación de ciertas gramáticas corporales para la visibilidad de la sexualidad lesbiana, tenían relación con un proceso de identificación por parte de las

activistas con figuras públicas que eran reconocidas como lesbianas y que llevaban el pelo corto, durante la década de los 80 en Brasil.

Ya sea para Melisa como para Verónica, llevar el pelo corto podría ser interpretado como incorporación y escenificación de una resistencia hacia los discursos que mantienen el cuerpo femenino provisto de libertad de elección, así como también las ataduras representadas en el mandato de tener que llevar trenzas en el colegio, visualizada por Sabina.

“Yo no sé por qué sentí la necesidad de cortarme el pelo, pero era como que empezaba a descubrirme y a descubrir quién era y como que necesitaba, no sé, mostrarlo quizás, que se reflejara afuera ehm... como que no me quería seguir sintiendo tan femenina.” (Verónica)

“O sea, tú tienes canciones como “voy a traer el pelo suelto”, o “se te soltaron las trenzas”, o todas estas cosas que están ahí; o a las niñas para los actos ceremoniales del colegio tienen que hacerse la trenza, la trenza maría y no sé qué; hay un montón de cosas que... que pasan por ahí también.” (Sabina)

El cabello adquiere distintos significados de acuerdo a los contextos culturales. En sus diversas cualidades, el largo, el color, los arreglos que en él se disponen representan el lugar que ocupan los sujetos en las sociedades que habitan. Como sabemos, en nuestra sociedad chilena, desde un análisis antropológico y sociológico del cuerpo, el pelo no sólo da cuenta de un signo atribuido a las identidades de género, sino también corresponde a un marcador de clase (*pelolais*) y de raza (*pelo chuzo= indio*), por sólo mencionar algunos.

Como marcador de género, llevar el pelo corto en las experiencias infantiles adquiere la característica de estigma (Goffman, 2004), en cuanto huella que establece una diferenciación respecto a sus pares niñas, operando como una primera constatación de distanciamiento de lo tradicionalmente concebido para lo femenino.

En este sentido, el cabello corto subraya el paso de ocupación de un lugar otro, pudiendo ser interpretado como un primer gesto identitario de situarse en una posición crítica a lo articulado social y culturalmente respecto al ser mujer.

Si bien no es posible establecer una ecuación respecto a salirse de lo femenino hacia una masculinización con la construcción- y posterior proceso de asumir- una identidad lesbiana, porque está lejos de los propósitos de esta investigación, resulta interesante relevar este señalamiento, ya que conformaron prácticas identitarias resignificadas en su identidad sexual.

Un ejemplo de lo anterior, fue lo vivido por Verónica y Melisa en el periodo de la adolescencia, donde surgió la necesidad de contar con referentes simbólicos que les proporcionaran ayuda en el proceso de construcción de su identidad sexual, respondiendo a las normas de inteligibilidad social exigidas (Butler, 2007), incluso desde las mujeres reconocidas como lesbianas:

“En el colegio también me corté el pelo, nunca más usé falda, siempre pantalones. Yo dejé de lado mis amigas de mi curso, me juntaba siempre con la Regina; como que mi mundo empezó a ser... empecé como a juntarme con las lesbianas del colegio, o con las que tenían como fama de lesbiana.” (Verónica)

“Me empecé a juntar con las chicas, otras lesbianas, que se juntaban a jugar a la pelota, después en la noche salíamos. Era como un grupo de amigas, y yo me hice más amiga con un par y... y ya podíamos hablar las cosas, podía conversar yo de lo que realmente sentía o no sentía. Podía también ser libre en cuanto a mis gustos, si me gustaba jugar a la pelota, estaba bien. Era como una cualidad en este círculo, no era un defecto terrible.” (Melisa)

Así como durante la infancia el proceso identitario mostró un énfasis en marcadores que iniciaban un distanciamiento de lo tradicionalmente atribuido a lo femenino, en la etapa de adolescencia, algunas de estas prácticas identitarias daban cuenta de un cuerpo puesto en

relación con otras mujeres, donde se comenzaba a tramitar el gusto por otras mujeres. Ya no había una búsqueda de diferenciación, sino que el recorrido continuaba su curso hacia la colectividad, “juntarse entre lesbianas”, como un gesto que no sólo podría representar un proceso de identificación, sino de la expresión de un deseo sexual entre “iguales”.

Dado que la identidad sólo cobra sentido en cuanto logra ser reconocida por el medio en el cual estamos insertos (Pina-Cabral, 2002), en las experiencias señaladas resulta infructuoso analizar la identidad como elemento previo a una identidad de género, ya que las personas sólo se vuelven reconocibles cuando se ajustan a las normas de inteligibilidad que se sostienen en la coherencia del sexo, género y deseo instaurado por la heteronorma (Butler, 2007).

De esta manera, la importancia de considerar los elementos identitarios señalados por estas mujeres desde un plano imaginario, en las que nos hablan de la experiencia subjetiva de ser “niña-niño” y la cadena de significantes de *mujer-masculina-lesbiana*, reside en develar la lógica de oposición que mantienen determinados sentidos desde los cuales sólo es posible concebirse bajo una estructura binaria, donde los atributos de masculino y femenino disfrazan el discurso unívoco y hegemónico de lo masculino, operando el falogocentrismo como silenciador de lo femenino, considerado como un lugar de multiplicidad subversiva (Irigaray, 2009), y como norma que ordena la vida tanto en lo público como en lo personal. Sin embargo, estas mismas prácticas de masculinización insertan rupturas en aquellos signos asociados a lo tradicionalmente concebido como femenino, pudiendo considerarse como una potencialidad en la construcción de la identidad lesbiana al intervenir en la gramática corporal femenina (Almeida y Heilborn, 2008).

En este sentido, y como nos ha mostrado la literatura nacional e internacional respecto al movimiento de mujeres lesbianas¹³, la construcción de la identidad lesbiana utiliza marcos

¹³ Interesantes son las revisiones y debates acerca de la historia de mujeres lesbianas en los movimientos feministas y homosexuales en Latinoamérica, a partir de distintas miradas autoras como María Luiza Heilborn en Brasil (*Não somos mulheres gays: identidade lésbica na visão de ativistas brasileiras*, Revista GÉNERO, 2008), Beatriz Gimeno en Argentina (*La liberación de una generación: historia y análisis político del*

simbólicos de representación y reconocimiento a partir de categorías identitarias que no sólo se basan en prácticas sexuales entre mujeres, sino que sobre una gramática corporal en la que se juega la visibilidad, dando lugar a tipologías identitarias tales como *butch*, *camionera*, *sapatona*, entre otros, dependiendo del territorio geográfico desde donde se instalen estas nomenclaturas, siendo categorías relacionadas a una *masculinidad femenina*.

La noción de “masculinidad femenina” ha sido un constructo utilizado en investigaciones sobre identidades y que contiene diversas posibilidades de identificación, ya que proporcionaría un marco más amplio y flexible de entendimiento para dar cuenta de las complejidades en las prácticas sexuales y las identidades de género, incluso más que la categoría “lesbiana”, considerando cómo se ha construido la masculinidad, desestimando la incorporación de estos elementos identitarios como mera imitación de lo viril (Halberstam, 2008).

No obstante, la atribución de contenidos masculinos a la identidad no fue conceptualizada por nuestras entrevistadas bajo la noción de una masculinidad femenina, sino más bien, se enmarca en lo lesbiano como principal categoría, ya que no expresaron identificación con alguna tipología en particular, ni una problematización de su identidad de género. La atribución de ciertos aspectos masculinos a la identidad para algunas representaba una forma de elección de algo que les era cómodo, o simplemente de su gusto.

Para representarse como lesbiana salieron de lo femenino, pero de lo que tradicionalmente se concibe como “lo femenino”, permitiéndoles reconocer-se en términos identitarios como parte de una sexualidad distinta de la que viven la mayoría de las mujeres en su medio más cercano, como en la familia por ejemplo. De esta manera, la necesidad de relacionarse con otras lesbianas a partir de este lugar, podría interpretarse como una primera forma de desalojar el orden compulsivo del sexo/género/deseo para poder construir una sexualidad

lesbianismo, 2006), y Margarita Pizano junto con Andrea Franulic en Chile (*La potencialidad rebelde y política del lesbianismo*).

desde otro lugar al establecido por la heterosexualidad hegemónica, en los cuales se asumen ciertos signos que recaen en lo corporal para el autoreconocimiento.

Ya estando en relación con mujeres lesbianas, el proceso identitario de nuestras interlocutoras continúa en movimiento, dando cuenta de cómo la imagen corporal sigue jugando un papel vital en la caracterización de esta identidad sexual, en cuanto a la performatividad de ciertos elementos que permiten en reconocimiento como lesbianas.

Sin embargo, algunas entrevistadas plantearon críticas no sólo en cuanto a la masculinización de estereotipos contenidos en la categoría identitaria de lesbiana, sino también el que se sostenga y se reproduzca un ordenamiento binario entre las mismas mujeres que se asumen en esta identidad respecto a la significación otorgada a lo femenino, como parte del “pensamiento heterosexual”, en términos de Wittig, o una “matriz heterosexual”, en palabras de Butler (Burgos, 2014):

“De hecho yo tengo amigas lesbianas que son súper femeninas. Porque al final, las mismas lesbianas te presionan, es como nos debiéramos apoyar, pero entre ellas mismas apuntan dedos, porque tú no eres suficientemente lesbiana. Si entre ellas mismas discriminan. Y es una wea mental, como de convivencia general, es decir, si te gusta vestirse así, vístete así, si te gusta el pelo corto o largo, si te quieres poner falda, ponte falda, si ponerte falda no significa que no seas lesbiana. Todas estas cosas que están como súper sujetas a estas otras que están como súper establecidas, predeterminadas” (Valeria).

Se vislumbran elementos que suelen estereotipar la categoría lesbiana, en cuanto a que no sólo podría reproducir significados desde un ordenamiento binario, sino que “se vuelve un molde”, rígido, limitando las posibilidades de reconocimiento, repercutiendo no sólo a nivel identitario, sino en cuanto a las prácticas sexuales de este grupo:

“La cultura lésbica, a medida que se arma, mientras más se arma, bueno, ofrece un montón de beneficios, porque por fin, hay... lo que te decía yo, hay palabras, hay

imágenes, que... que apoyan esta vivencia, pero al mismo tiempo, van creando una pauta que se ha ido, yo siento, rigidizando; eso está en los estereotipos, está en los nombres que tienen las cosas, está en las definiciones de roles sexuales, cuando la gente usa las palabras “activa/pasiva” queda muy relacionado con lo “camiona/femme” (Sabina).

Estas críticas dan cuenta de uno de los principales puntos de tensión entre los movimientos lesbianos y feministas, la representación del sujeto. ¿Quiénes son lesbianas? ¿Quiénes pueden ser lesbianas? Para algunas de nuestras entrevistadas, las mismas significaciones contenidas en la categoría lesbiana, en las que se consideran los contenidos respecto de la gramática corporal anteriormente señalada, limitan y rigidizan las posibilidades de autoreconocimiento y por tanto, de construirse desde un lugar que no reproduzca desigualdades, ya que mantienen la categoría de mujeres en términos de la oposición binaria de los sexos, percibiéndose como una identidad poco aglutinadora respecto a otras dimensiones en las que se reproducen relaciones de poder, como es la categoría de género.

Los múltiples significados asociados a la identidad lesbiana, incluso los corporales como los mencionados por nuestras entrevistadas, fueron elementos claves para la construcción de sujeto al momento de asumir dicha identidad, por lo tanto el “no asumir” dichos signos a través del cuerpo podría estar asociado al desinterés sobre algunos de estos símbolos o al conjunto de estos, ya que no proveen de sentido a la experiencia vivida por algunas de estas mujeres, las cuales, en su mayoría además, no se refieren a sí mismas como activistas dentro del movimiento lesbiano en nuestro país.

Tal como nos señala Almeida y Heilborn (2008) en su investigación, la mayoría de las mujeres lesbianas militantes se muestran intolerantes al hecho de que ciertas mujeres que mantienen relaciones sexuales o afectivas con otras mujeres tengan aprehensiones para reconocerse a sí mismas como lesbianas, ya que esto debilitaría una identidad que se encuentra en situación de amenaza.

En este sentido, desde el análisis materialista de Monique Wittig, la existencia de lesbianas “femeninas” imprime tensiones y dilemas entre feministas y feministas lesbianas a causa de mantener una conciencia en que lo femenino continua siendo relegado a un cuerpo naturalizado, destinado a lo reproductivo. Tratar de convertirse en un hombre, o de ir haciéndose cada vez más femenina, ha sido una tarea política por parte de algunas lesbianas que no contribuye a la deconstrucción de la categoría “mujer” o “mujeres” como producto de la opresión. Para esta autora, *“para una lesbiana tiene que haber algo más, no es una mujer, no es un hombre, es un producto de la sociedad y no un producto de la naturaleza”* (2007: 49), ya que el cuerpo es un producto de la manipulación histórica de la heterosexualidad.

Precisamente, desde la experiencia de nuestras entrevistadas, se nos hizo posible dar cuenta de una problematización no sólo de la noción de género, sino que específicamente las dificultades de representación de sí mismas, como mujeres en la categoría de lesbiana. Tal como nos señalara De Lauretis (1989), la persistencia del entendimiento de la noción de género en base a la(s) diferencia(s) sexual(s), reduce la construcción de la mujer siempre en relación con el hombre, universalizando y por tanto esencializando a ambos. Una de las consecuencias de esto para la autora, es que borra cualquier diferencia entre las mismas mujeres, lo cual procedería a rigidizar y limitar las posibilidades de representación y reconocimiento de mujeres en el lesbianismo.

Estas limitaciones generadas en la rigidización de la categoría lesbiana, en concordancia con lo planteado por Butler (2007), instalan a nivel simbólico, prohibiciones y tensiones en los procesos de construcción identitaria. A partir de la performatividad de un cuerpo sexuado, adscribirse a una categoría de identidad sexual marca el paso de un cuerpo-imagen a un cuerpo-sexualidad, que complejiza el (auto)reconocimiento:

“No podía pronunciar ni siquiera la palabra lesbiana. Eso es importante porque para mí tenía una carga semiótica muy potente, como de mucho rechazo, muy discriminatorio, era una palabra que no me gustaba, que no me ehm... como que refería a un conjunto de

mujeres las cuales yo no me quería identificar, que era la lesbiana camionera básicamente, la lesbiana masculina, una lesbiana dominante, es como la lesbiana ehm... la idea de lesbiana antigua digamos, no sé si antigua es la palabra, que es la lesbiana que para poder visibilizarse va a masculinizarse.” (Iris)

“Pero ni siquiera sé si esa palabra me hace sentido. Y la palabra bisexual me carga, porque es como una obligación de estar dando cuenta de tus preferencias sexuales a cada rato, y además bi-sexual te da la idea de que siempre te va a gustar o un hombre o una mujer, como que solamente existen el hombre y la mujer. Si quiero ser estricta a la orientación sexual, pero como no me gusta la palabra orientación sexual, finalmente yo, si voy a usar una palabra digo lesbiana, pero es por un rollo más político ya. Es un politizar la identidad y la sexualidad, y ahí sí me gusta la palabra lesbiana.” (Sabina)

Para De Lauretis, tomando los planteamientos de Michel Foucault sobre la construcción de la sexualidad, *“el género no es una propiedad de los cuerpos o algo originalmente existente en los seres humanos, sino el conjunto de efectos producidos en los cuerpos, los comportamientos y las relaciones sociales, en palabras de Foucault, por el despliegue de una tecnología política compleja”*(1989:8).

De esta manera, tanto las experiencias de los procesos identitarios identificados en nuestras entrevistadas, como los debates al interior de los movimientos feministas y lesbianas, nos hablan de la fragilidad de categorías, como las de género, en las que las posibilidades de (auto) representación cobran sentido, ya sea a nivel individual como colectivo, a medida, tal como plantea Butler (2007) en que no se de por sentado ningún aspecto como constitutivo de tal o cual identidad, y en lo que se refiere a la identidad lesbiana, que tenga cabida a tantas lesbianas como sean necesario desde las diversas experiencias.

Proceso de asumirse lesbiana

En el proceso de autoidentificación de las mujeres lesbianas, el “hacer” no implica necesariamente el “ser”, en un nivel ontológico, ya que asumirse como lesbiana, implicaría la existencia de una categoría social “lesbiana” previa disponible para su resignificación en las experiencias individuales (Jenness, 1992, en Herrera, 2007). En este sentido, identificarse a sí mismas como lesbiana estaría circunscrito al conocimiento de dicha categoría, lo cual facilitaría o dificultaría asumirse como tales.

Considerando la *experiencia* como objeto de nuestra investigación respecto a la construcción de la sexualidad lesbiana, el asumir una identidad sexual a través de los relatos de vida de nuestras entrevistadas nos sitúan sobre diferentes hitos biográficos, los cuales independientes del contenido de éstos, y los sentidos otorgados en su propia experiencia, nos fueron mostrando los movimientos, las decisiones y las vivencias que desembocaron en asumirse lesbiana.

En este sentido, algunas de nuestras entrevistadas hablaron, a partir de la adolescencia y adultez, de diversas búsquedas a nivel personal, lo cual para algunas además requirió mayor vinculación con otras mujeres lesbianas, junto a un proceso identitario, difícil, doloroso, gradual, haciéndose cada vez menos ambiguo en cuanto al deseo sexual hacia otras mujeres:

“Yo pensaba que sí y que ya era lesbiana y que ya me había dado cuenta y que quería conocer más gente como yo, y sentía como que en Temuco, donde me fui a estudiar, no habían, deben haber habido, pero las ciudades chicas es más complicado que acá. Y además estaba muy deprimida, entonces no estudiaba, no hacía nada, no me levantaba, en la noche me metía al computador y era todo lo que hacía. En ese tiempo tenía diecinueve años, me vine para acá (Santiago) y cuando llegué acá, claro fui a jugar a la pelota con las lesbianas que me había comunidad en los chats.” (Melisa)

“Durante ese tiempo no tuve polola, tenía como 20 años, estuve soltera, porque no sabía lo que quería, no me sentía cómoda. No sabía si en verdad quería estar con minas, sabía que sí, pero no tenía la capacidad como para decir ¡sí, acéptalo! Me chorié con psicología y me fui a trabajar en un crucero. Estuve 6 meses conociendo lugares, y en el crucero tuve dos pololos, seguía pinchando con algunas chicas, así como que había buena onda, no sé porque terminé con hombres. Me sentía bien con ellos, pero yo sabía que no era lo que me gustaba. Me fui del crucero y me fui de viaje un mes a mochilear. Todas estas experiencias fueron de a poco sumando en mí un montón de cosas, como, en el crucero más allá de experiencia de vida de conocer, conocer otra gente, como de ir conociéndome a mí, y de verdad lo que yo quería.” (Valeria)

“Ya en la universidad, yo iba como con esta inquietud, yo le decía a mi terapeuta “sabes que no... nunca he tenido pareja”, y... “siento como que los hombres escapan de mí!”. Y claro, ella (terapeuta) tenía todas estas teorías de como “sí, tu personalidad es muy fuerte, tienes un carácter que probablemente los hombres no... los hombres siempre esperan que alguien sea, que las mujeres sean como más, como que tu personalidad es demasiado fuerte”, y me daba flores de Bach para que yo encontrara el amor y la wea. Y empecé a ir como a los 20 ponte tú. Que me gusta las mujeres hueón, esto, porque yo cuando me metí a teatro, la profesora de movimiento era muuuy guapa. Como que ya empezaba a fantasear con la tipa. Y dije ya “está bien que sea guapa, pero como que lo estoy llevando a otro lugar.” (Violeta)

“Me empiezan a pasar una serie de cosas súper fuertes, de hecho... como que tuve que crecer muy sola. En realidad de los 12 años, bueno, los 12 empecé a conocer mi cuerpo un poquito antes quizás, ehm... tenía amigas, pero no tuve novios ni pololos, hasta como los 13-14 y ahí fue como paf, insertada en este nuevo medio; habían chicos del colegio que me gustaban, pero también habían chicas que me gustaban. Y tuve una mejor amiga, que yo me enamoré profundamente de mi mejor amiga, la clásica historia.” (Iris)

“Pero cuando me vino la crisis vocacional, ahí empecé a ir al psicólogo por primera vez, y empecé a ver qué es lo que hago con mi vida, alomejor congeló, me cambió de carrera, y en ese proceso como de cambio en mi vida es que apareció de nuevo la idea de que quizás yo era lesbiana, aunque no con esas palabras, pero le decía a mi psicóloga “mira, a mí en el colegio me gustaba... me pasó que me gustó una niña, nunca supe qué pasó con eso...” y ahí se abrió ese tema también; y yo estaba en ese proceso de pensar cambiarme de carrera, volviendo hacia atrás en el tiempo, preguntándome si era lesbiana cuando conozco a mi primera pareja, que era hermana de un compañero de universidad, y ella fue mi primera pareja.” (Verónica)

La adolescencia es una etapa que se caracteriza por el despertar sexual que estuvo en estado latente, es decir, se retoman las prácticas sexuales que en la niñez se manifestaban de manera instintiva en la búsqueda del placer, pero que en este periodo de plena juventud, se reviven cada vez más conscientes y orientadas a constituir una sexualidad adulta. Tanto los procesos biológicos (activación de ciertas hormonas), cambios a nivel corporal, la masturbación, el fantasear, constituyen manifestaciones del deseo sexual que irrumpe en la vida de los sujetos.

Ya instaladas en los recuerdos adolescentes, nuestras interlocutoras nos fueron mostrando un proceso en el que su proyecto identitario debía incorporar de manera más consciente la gradual aparición del deseo sexual, pero no por un objeto de deseo designado por la heterosexualidad, sino que por otras mujeres.

Fue así que en esta apropiación identitaria aparecieron hitos, que como en cualquier proceso identitario, pueden ser significados en cuanto *crisis*. La noción de crisis, muchas veces banalizada a partir de diversas definiciones desde Ciencias Sociales en la búsqueda de su entendimiento, ha traído como consecuencia la obstaculización en la visualización y de diversos fenómenos más complejos. Considerada como parte de una experiencia subjetiva y social, la crisis constituye una conmoción, que se experimenta generalmente como *“una fatalidad de la que es difícil salir”* (Giust-Desprairies, 2006: 163).

Esta dimensión subjetiva en los relatos nos señalaron repercusiones emocionales que ponen en cuestión cierta continuidad de sí mismas (Barus-Michel, 2006). Se introdujeron incertidumbres, fracturas en las narrativas que interpelan, y que en algunos casos, impusieron la necesidad de encontrar límites y referencias para posibilitar una simbólica que definiera su identidad sexual.

Sin embargo, la existencia de rupturas en la trayectoria biográfica no sólo conlleva un estado de crisis. También representan, en la identidad sexual, cambios que fueron introduciendo una serie de movimientos, expresados en elegir otras carreras, trasladarse de ciudad, emprender un viaje. Tal como en un espacio fuera de lo establecido, llevándolas a lugares que están en un “entre”, es decir, que no son pertenecientes a ningún lugar determinado, como el mencionado “crucero en alta mar”.

Lo anterior, no sólo podría implicar un movimiento de salida, sino también de retorno, un ir y volver a experiencias que han entregado diversos sentidos para un proceso gradual (re) conocerse en el deseo lesbiano:

“Luego del quiebre en mi relación me voy a vivir a otra comuna, fue un gran paso, porque me fui sola, saliéndome de todo lo que me dañaba en ese momento, a una pieza con mi hijo y la señora que nos arrendaba se apiadó de mi por tener una historia similar y me ayudó mucho, cuando me establecí ahí empecé a abrirme a lo social, comencé a salir sola y a conocer nuevos mundos... ahí empecé a experimentar con relaciones gay.” (Margarita)

Tanto en la mitología griega del *Barco de Teseo* o como en el texto ovidiano de *Tristia* y *Epistulae ex Ponto*¹⁴, el barco es utilizado como recurso metafórico de la identidad y de sus procesos. Ya sea en la constitución de la nave, la cual hablaría que nuestra identidad está

¹⁴Para una mayor profundización acerca de la metáfora en el texto mencionado, revisar el trabajo titulado “La metáfora de la nave en *Tristia* y *Epistulae ex Ponto* o la identidad fluctuante en la escritura ovidiana del exilio”. Tola, Eleonora, 2001. En *Cuad. Filol. Clás. Estudios Latinos*, nº 21: 45-44.

conformada por fragmentos, más que como una unidad, descrito en el mito de Teseo; o como en el segundo texto, en que el barco le provee al narrador una suerte de red imaginaria en la cual representa tanto su cuerpo como su psiquis, en el viaje hacia el exilio, los movimientos de ir y volver, implican un retorno a sí mismas luego de un proceso de extrañamiento, de despersonalización en un lugar donde no requieren de los referentes utilizados hasta el momento para relacionarse con los/as otros/as.

Hacer referencia a cambios emprendidos a través de las crisis- rupturas en un momento de la vida, especialmente en la adolescencia, y que continuaron hasta su vida adulta, nos fueron mostraron a nuestras narradoras en diversas búsquedas, que aunque se realizaron en movimientos excéntricos, volvieron a sí mismas. Al retorno sobre su identidad sexual, fue posible identificar un proceso de asumir su identidad lesbiana, ya sea como algo más bien inevitable. Algunas mujeres refirieron, por tanto, mayor claridad al respecto:

“Porque si tú me preguntas a mí, así como “tu sabías que eras gay”, yo te voy a decir sí. De hecho yo tengo claro, porque yo a los 12 años lo tenía claro de decirme a mí misma “a mí me gusta esta otra mujer. Yo sabía que no era lo mío, lo que sentía, lo natural, quizás para el resto no es natural, pero para mí lo natural es estar con una mujer y no con un hombre.” (Valeria).

“Entonces, como que voy viendo, por eso te digo, no es como que yo me di cuenta ni yo lo elegí, sino que las cosas que yo fui eligiendo para construir mi identidad me fueron diciendo que claro, que yo era... que me iba súper bien esto de ser gay, no tenía ningún problema de hecho (risas), no me era algo difícil.” (Violeta).

Las discusiones respecto a la identidad lesbiana (así como la identidad homosexual) se han centrado tradicionalmente en los análisis respecto a las vivencias que apuntan a una concepción esencialista de la identidad y otras desde una perspectiva socio-constructivista en las experiencias de mujeres lesbianas (Herrera, 2007).

Las teorías esencialistas definen a las identidades como configuraciones del sí mismo que estarían determinadas desde las primeras etapas del desarrollo, donde sólo se conciben dos formas de sexualidad que orientarían los procesos identitarios, siendo la heterosexualidad y la homosexualidad las metas; en cambio los planteamientos socio-constructivistas insertan un aspecto dinámico en la construcción de las identidades, entendiendo y enfatizando el carácter relacional entre el universo simbólico que media entre los sujetos y su mundo social, permitiendo ir más allá del binarismo que instala la heterosexualidad y la homosexualidad en la construcción de sus identidades sexuales (Mosher, 2001; Brubaker y Cooper, 2000 en Herrera, 2007).

De acuerdo a lo relatado tanto por Valeria como por Violeta, el proceso de construcción de su sexualidad podría leerse desde una perspectiva esencialista en la configuración de su identidad sexual, argumentando la inevitabilidad como centro en su devenir sujetos. Sin embargo, también, y tal como nos refirió Valeria más adelante, el proceso identitario conlleva diversos movimientos, tensiones, matices provenientes del medio sociocultural el cual complejiza el despliegue de esta inevitable forma de estar y vivir su sexualidad lesbiana:

“Y entonces ahí empecé a decir... como que uno se empieza a olvidar, uno se empieza a tirar para atrás de la cabeza, y decir “ya se me va a pasar, filo”. Y empiezas a vivir un poco la vida como te lo exige la norma, a pololear con un chico como tus amigas que pololean con un chico y salir en parejas todos, y hacer esa vida. Y esa fue la vida que yo hice desde los 12 hasta los 20 por ahí.” (Valeria)

La variabilidad en los procesos de construcción de identidad sexual por parte de nuestras entrevistadas, también fue expresada por Sabina, la cual analizó su experiencia desde una mirada más socio-constructivista, o más bien, deconstructivista sobre su asumir lesbiano:

“Lo de ser lesbiana me cuesta explicarlo porque ni siquiera... el ser lesbiana ni siquiera es un descubrimiento tan identitario así como... no tengo esas historias infantiles de “es que

yo siempre me sentí diferente”, no, no tengo eso, no lo viví así; no quiero decir que no haya sentido atracción por mujeres desde chica, porque sí las sentí, pero qué nombre tiene eso o desde cuándo eso se empieza a llamar lésbico, no lo sé. No lo sé.” (Sabina)

Ya no desde una vivencia de inevitabilidad, lo que nos mostró Sabina nos sitúa precisamente en las limitaciones de los marcos simbólicos que definen, determinan las categorías que producen subjetividades. Apareció así, una imposibilidad de explicación, de poner en palabras su experiencia, dimensión fundamental del mismo proceso de sexuación femenino planteado desde perspectivas teóricas, como el psicoanálisis, que se han volcado al estudio de la(s) sexualidad(es) y de la(s) subjetividad(es). Los que nos plantea el discurso psicoanalítico, desde la obra de Lacan, y sobre lo que se han volcado las miradas feministas, son justamente sobre las presiones simbólicas ejercidas sobre el devenir sexuado (Butler, 2002).

Estas presiones pudieron ser identificadas en las experiencias de nuestras entrevistadas, en que más allá de una análisis esencialista o constructivista de la sexualidad, y de las identidades sexuales producidas, hacen referencias a demandas simbólicas, operantes en la estructura del lenguaje que se juegan en la vida cultural de los sujetos, y de nuestras interlocutoras.

En este sentido, Butler propone considerar en el asumir de una posición sexuada, las implicancias de esas demandas. Para esta autora, no basta con plantearse la sexualidad en términos de una construcción, sino que es necesario dar cuenta de las prohibiciones y restricciones puestas sobre ella:

“Puede ser provechoso cambiar los términos del debate y pasar de la oposición del constructivismo y esencialismo a la cuestión más compleja de cómo las restricciones “profundamente arraigadas” o constitutivas pueden plantearse en términos de límites simbólicos a su indocilidad y disconformidad (...) Porque la sexualidad no es algo que pueda hacerse o deshacerse sumariamente y sería un error asociar el “constructivismo”

con la libertad de un sujeto para formar su sexualidad según le plazca” (...) el constructivismo tiene que tomar en consideración el terreno de las restricciones, sin el cual cierto ser vivo y deseoso no puede abrirse camino.” (2002:144-145).

La apropiación de su identidad lesbiana no culmina con su propio autoreconocimiento. Asumir esta otra sexualidad implica junto a este proceso el dar a conocer(se) a sus cercanos, a los/as otros/as con quienes convive en comunidad, ya sea familia, amistades, compañeros/as de trabajo y de estudio, por sólo mencionar algunos/as.

Este proceso fue vivido de diversas maneras por nuestras interlocutoras, variando según las tradiciones familiares, el vínculo con las figuras significativas y la claridad y aceptación de asumirse lesbiana. Al indagar respecto al momento de revelación a su entorno más cercano, en su mayoría fueron expresadas vivencias con algún nivel de dificultad y tensión, incluso en aquellas experiencias valoradas como “más positivas”:

“No siento que tuve que vivir un proceso de revelación de mis relaciones con mujeres a nivel familiar, sabes. Claro, mi mamá tenía dos amigas lesbianas y ahí yo había preguntado qué era, no entendía muy bien. Nos llevábamos súper bien, éramos como amigas. Y yo veía que llevaban a las novias, ellas venían de un contexto muy cuico, eran extremadamente como no sé, como de la tele, muy muy rubias. Son las primeras lesbianas que yo conocí y claro, tenían sus dramas. Y también estaba todo esto del mundo gay, de las Spandex, entonces a mi me llamaba mucho la atención ese mundo, pero, yo era adolescente. Lo de ser lesbiana, se asumirme lesbiana fue con el tiempo, pero es un tema más bien conocido para mi madre, habían referentes.” (Iris)

“Cuando yo les conté a mis papás, que para mi fue medio complicado, yo estaba complicada, aunque yo sabía que ellos eran súper abiertos con el tema, pero uno igual se complica. Y tenían invitados a comer esa noche, entonces estaban cocinando cuando yo llegué a la casa y me senté con ellos y les dije que les quería hablar de algo, no me pescaron mucho, ya nos sentamos y les dije “ya, yo les quiero contar que soy gay”, y los

dos me dijeron “bueno, y...?” Mi mamá de hecho me dijo “llevo ocho años esperando que me lo digas para no tener que preguntarte yo”, y mi papá me preguntó si era feliz, si estaba bien, que si necesitaba algo y que si habíamos terminado la conversación porque iban a llegar los invitados y estaban muy apurados y si le podía ayudar a cortar las berenjenas (risa). Nunca ninguno me discriminó, nunca de hecho al contrario, o sea, mientras tú seas feliz lo que sea. Entonces nunca sufrí lo que yo supongo otra gente sí sufrió o sigue sufriendo.” (Valeria)

“Como a los veintitrés me puse a andar con la Lara, que era mi polola de esa época, onda nah, como que agarramos y como a la semana nos dimos cuenta que en verdad nos amamos y nos pusimos a pololear, y ahí yo le dije a mi mamá: - “vieja, estoy poleando” - “¡ah, qué bueno, por fin, tú que nunca habías encontrado nadie que te amara” y yo - “sí, igual, igual, igual es como distinto” - “no pero es la Lara”. Y mi mamá como que “ah, no importa, mientras haya amor y la wea”. Y como que fue súper acogedora, nomás, ni un color, jamás, jamás! Y yo le dije “igual, sabí que me da pudor decirle al viejo, cuéntale tú, filo”. Y un día llegué a la pieza de mis viejos y me dijo “oh, así que te cambiaste de equipo”, yo “ah, si jajaja”. Y listo, sería, ni un rollo. Y de ahí abiertamente. Después, bueno, lo conversé con mis dos hermanos. Entonces un día, los pesqué a los dos. Para ellos fue como más complicado “oh, pero cómo lo hacía, yo no entiendo, no comprendo, la wea!” Y como súper más... hombres, como... “Y cómo es la sexualidad entre mujeres”, y yo “ah, ¿qué te importa? ¡Filo! Pero no, así, familiarmente fue muuy relajado.” (Violeta).

A pesar de las respuesta positiva por parte de la familia nuclear, especialmente de las figuras paterna y materna, al indagar sobre las complicaciones referidas, o el tiempo que se tomaron para contarles, tanto Violeta como Valeria coincidieron en la influencia que ejerce el medio social y cultural:

“Porque uno puede decir teniendo la libertad que tenía, los papás que tenía, porqué te demoraste tanto en contarlo. Entonces uno igual te pesa. Porque yo me decía, bueno mis papás buena onda, pero quizás su amiga no, y eso crea un conflicto con mis papás con sus

amistades y qué pasa con el resto de mi familia que somos todos súper unidos, sólo por el lado de mi mamá, porque por el lado de mi papá no tengo familia.” (Valeria)

Desde lo social, estas mujeres tenían identificaban significados, valoraciones y concepciones que configuraban las restricciones sociales que aparecen en los procesos de asumir sexualidades que están en los bordes de la heteronorma, lo cual sin duda alguna, y coincidiendo con lo planteado por Butler (2002), hace del proceso de asumir lesbiano un camino difícil de abrir.

En otros relatos, como el de Verónica, la respuesta negativa por parte de la familia nuclear tuvo como principal consecuencia el distanciamiento y soledad en el recorrido de asumirse en esta otra sexualidad, viviendo un proceso violento al momento de apertura con sus cercanos:

“Fue atroz, porque yo creo que ese ha sido el episodio más atroz de toda mi vida. Vinieron, fue súper violento, vinieron mis papás, todos mis hermanos, sentados en el living me trataron pésimo; venían a llevarme devuelta a su casa, a rescatarme, eso tenía en su cabeza, porque yo estaba mal, ehm... me iban a llevar al psicólogo, al psiquiatra, querían... ehm... querían ayudarme, pero su manera era esa, sacarme de la universidad o pensaban que mi cambio de carrera tenía algo que ver con ser lesbiana. Mi papá me decía como que me quería pegar, pero no me pegaba, porque nunca me había pegado en la vida, pero ¿cachay? Mi mamá lloraba desconsolada, no me decía nada ehm... era un desastre, un desastre, fue atroz. Ahora, pasaron ocho años, esto fue el dos mil siete, pasaron ocho años que mi mamá no hablábamos nada del tema. Eso es una de las dificultades grandes, en el fondo que hay un abismo que te separa de la familia, ehm... a pesar de que hoy día hay... nosotros volvimos a tener una buena relación y todo, igual hay un mundo que ellos no saben de mí. Si tengo un problema, ahora recién lo estoy pudiendo hablar con mi mamá algo, pero no sabe nada de mí.” (Verónica).

“Como que todo mi círculo en un punto era de gente gay; entonces eso me hacía sentir bien, porque era gente que sabía cómo yo era, y era aceptado. Entonces, mi mamá siempre me decía “¿y cuándo vas a traer un pololo? ¿Cuándo vas a traer un pololo?” Ya me tenía chata y le dije “sí, yo estoy pololeando, pero no es con un hombre, es con una mujer”, y mi mamá “¡ah, yo sabía, pero no quería que fuera verdad! Fue a los veintitrés. Y mi papá, a él no le conté hasta hace muy poco, hace como... no le dije abiertamente, pero yo sabía que él sabía, porque mi mamá le tiene que haber contado. Al principio no me hablaban mucho de eso, los sentía como enojados. Y con el tiempo se les pasó. Creo que reaccionaron así porque pensaron que no iban a tener nietos.” (Melisa)

“Uno primero lo sufre con su familia, desde, no se’, con mi mamá hubo obviamente como llanto, se sintió culpable, ehm... yo no le conté a mi papá, le contó mi mamá, y mi papá se mantuvo lejano, muy indiferente ante esto, como fue siempre su rol, cachay. Y mis hermanos, como que el menor se dio cuenta, porque yo tampoco era como muy piola, cachay, o sea, cuando nosotros compartíamos, salía una reunión, yo llevaba mi pareja, entonces compartíamos y veían como muchas veces a mi amiga, y ya fue entendiendo por su propia cuenta, que yo creo que igual es para mejor; y a mi hermano grande como está fuera de Chile, yo le conté, pero le conté hace poco, tampoco le conté hace mucho, y él no cachaba nada, y era como súper así inesperado y no me creyó, y yo “¡oye, si es verdad!”, y le dije “ya todos saben, ¡cómo no sabes tú!” (risa), y ahí fue como ya, relajado.” (Margarita)

La experiencia de dar a conocer la identidad sexual asumida por algunas mujeres, como en el caso de Sabina, nos hablan no sólo de una aceptación en cuando a un objeto de deseo lésbico, sino a un *agenciamiento* a dicha identidad, entendido como un elemento inherente a los sujetos que forma parte del proceso en que éstos, en este caso en la construcción de la sexualidad lesbiana, intencionan acciones – tanto conscientes como inconscientes, y por ende emocionales y/o racionales- dirigidas a transformar relaciones de poder (Ortner, 2006). Podría identificarse en este relato un mayor nivel de apropiación de su sexualidad

lesbiana, en cuanto a una abertura a lo público al momento de situar su maternidad desde esta otra sexualidad, planteando un retorno a lo materno y a su relación con figura materna:

“A mi mamá yo nunca le pedí que aceptara, ehm... yo le dije “yo no necesito tu aprobación para llevar la vida que tengo y para manejar mi sexualidad como la manejo, porque es mi vida privada y no debería afectar ehm... no debería afectarte con quién hago yo qué cosas”. Obviamente, ella no lo veía así, para ella siempre fue un tema esto de... y era como “pucha” si me iba a arrepentir, si tendrá arreglo esta cuestión, qué sé yo; y a mí no me importaba, yo la dejaba ok con eso, o sea, si a ella le hacía bien, digamos, creer que yo en algún momento de la vida podía querer estar con un hombre, casarme, qué sé yo, ehm... que lo creyera po, ella era libre de hacerlo, así que no le insistía por ese lado, no andaba buscando su aceptación. Pero, cuando ya nos decidimos a tener bebé, yo dije tengo que hacer un esfuerzo un poquitito mayor, porque mi mamá entienda este proyecto como algo importante para mí, como algo definitivo y que le quede súper claro que está invitada a formar parte de esto po. Ehm... no la puedo obligar obviamente, pero sí tengo que hacer un esfuerzo por insistir de alguna manera en que ella sepa que es importante que esté si quiere estar, si quiere estar, al ritmo que ella quiera irse incorporando en el tema.”
(Sabina)

Los constantes cuestionamientos sobre sí mismas, sobre lo que sentían por otras mujeres, los olvidos, las dificultades para (auto) representarse como lesbianas, nos hablaron precisamente de restricciones impuestas sobre su sexo y sexualidad por parte de los discursos heteronormativos. Como una presencia amenazadora, apareció en dichas vivencias la amenaza de castración, principal mecanismo de regulación del proceso de sexuación, la cual, en términos lacanianos, dan cuenta del terror de ocupar la posición de la lesbiana falicizada, que dentro del posicionamiento heterosexual hacia donde deberían devenir los sujetos, esta posición lesbiana (en el caso de las mujeres, gay para los hombres) quedaría excluida y rechazada en lo abyecto (Butler, 2002), y por tanto en el lugar de lo irrepresentable simbólicamente.

Por otra parte, algunos relatos ponen en escena una búsqueda personal respecto a ciertos malestares atribuidos a relaciones afectivas anteriores, en su mayoría heterosexuales, lo cual no necesariamente implicó un proceso de resignificación identitaria que pasara por una identificación de la categoría lesbiana, sino más bien una problematización respecto de la sexualidad femenina en cuanto a la relación entre sexismo y heterosexismo:

“Bueno, en algún momento yo tuve relación, relaciones ehm... con hombres también, yo tuve parejas hombres y en mis parejas, con mis parejas hombres siempre me molestó, o sea ehm... Conversábamos con mi pareja y yo le decía “yo no sé, es difícil saber qué viene primero, el feminismo o el lesbianismo”, porque como que para mí que son... que yo soy lesbiana y feminista, o soy no sé, lesbofeminista, ehm... van muy de la mano, ehm... y una cosa nutre a la otra, no sé cuál a cuál. Pero es así, porque ehm... cosas que a mí me molestaban en mis relaciones con hombres, yo nunca voy a saber si me molestaban porque yo era lesbiana o si me molestaban porque son efectivamente injustas y era mi lado feminista el que respondía, y eso finalmente, contribuyó a que yo me quedara solamente con mujeres.” (Sabina)

Al detenernos en las experiencias señaladas, identificamos procesos en los cuales se tramitaban vínculos familiares, proyectos de vida, cuestionamientos frente a relaciones afectivas y eróticas con otros/as, que les demandaron una alta carga emocional, y que incluso fueron experiencias que siguieron en elaboración en la actualidad.

A pesar que estos hitos vividos en cuanto a crisis, constituyen situaciones compartidas por hombre y mujeres, lo común en nuestras entrevistadas fue que su malestar las situó o resituó en algunos casos, en el cuestionamiento de su identidad sexual, pero con una elaboración más consciente acerca de lo lesbiano.

El desplazarse hacia relaciones en el campo de lo sexual y afectivo con otras mujeres podrían mostrarnos una fisura a la institución heterosexual, motivados por intentos de dirigir la vida hacia espacios de mayor bienestar, e incluso de libertad. Como nos señaló

una entrevistada, incluso la apropiación de la categoría lesbiana permitió sacar de sus prácticas sexuales la vivencia de culpa, atributo esencial de la sexualidad femenina otorgada por la heteronorma:

“Al principio sentía mucha culpa de estar con una mujer, yo creo que muchos meses, pero igual hubo un minuto en que solté eso. Como que en el camino empecé igual a asumir que ehm... que sí, que en realidad era lesbiana y que ahí, hubo todo un proceso de aceptarlo y aceptar todo lo que eso acarreaba, y... que al principio tenía mucha culpa, pero después se me pasó también esa culpa. Pero como te digo, la culpa estaba asociada al hecho de estar con una mujer en una relación de pareja. Durante la sexualidad misma, mientras teníamos relaciones, no me acordaba de eso, no sentía esa culpa que sentía antes con mi pololo.”
(Verónica)

Tanto la construcción como la apropiación de la identidad lesbiana, ha tenido como principal consecuencia la apertura de estas mujeres a nuevos mundos, nuevas miradas, que traen costos a nivel subjetivo, pero que también las han enfrentado a los discursos que articulan la sexualidad femenina, y a las consideraciones de otras sexualidades cuando las mujeres prescinden del lugar de la heterosexualidad.

El Deseo lesbiano y sus horizontes

“Dos leyes son aquí las que actúan: el tabú del incesto y la prohibición más originaria de la homosexualidad. Sin esta condena primordial del lesbianismo y de la homosexualidad no se entendería por qué cuando se trae a escena en occidente la prohibición del incesto siempre se da por hecho que se trata del incesto heterosexual, del amor del hijo por la madre y de la hija por el padre. Ni siquiera se explicita de qué incesto se habla cuando se nombra al incesto, como si necesariamente tuviera que ser heterosexual, por definición, todo deseo.” (Elvira Burgos. Horizonte posible de referencia, 2014:)

“La mujer, por su parte, se toca por sí misma y en sí misma sin la necesidad de una mediación, y antes de toda discriminación posible entre actividad y pasividad. La mujer “se toca” todo el tiempo, sin que además se le pueda prohibir hacerlo, porque su sexo está formado por dos labios que se besan constantemente. De esta suerte, ella es en sí misma dos-pero no divisibles en un(o/a)s- que se afectan.” (Luce Irigaray. Ese sexo que no es uno, 2009: 18)

Así como la identidad, el campo del deseo también cruza la cuestión de la representación y del reconocimiento. Entendiendo *deseo* como un constructo que designa algo más allá de funciones biológicas ligadas a la necesidad y su satisfacción, como podría ser interpretado el deseo sexual, en la propuesta lacaniana desde los planteamientos del deseo freudiano (inconsciente) y filosófica hegeliana, siempre se pone en juego la sexualidad, pero más aún la conciencia de sí en cuanto al reconocimiento: *el deseo del deseo del otro* (Roudinesco, Plon, 2005).

En el presente capítulo nos centraremos en los recorridos emprendidos por el deseo lesbiano de nuestras participantes y su reconocimiento y representación como parte de la experiencia vivida en la construcción y de asumir su sexualidad lesbiana. El deseo sexual, y específicamente el deseo lesbiano, constituye un punto de inflexión para el entendimiento de la sexualidad femenina, porque propone varios deslindes y fugas. En este sentido, el deseo lésbico ha promovido nutridos debates dentro de los estudios feministas, por lo que, a la luz de la experiencia de nuestras entrevistadas, nos situaremos desde los planteamientos de la teoría de la diferencia sexual, principalmente junto a Luce Irigaray; así como también los desarrollos de teóricas lesbianas inscritas en la teoría de género, como Monique Wittig y Teresa de Lauretis.

Lo que no se puede nombrar: el deseo lesbiano y su imposibilidad en lo simbólico

Uno de los primeros elementos que emerge de algunas experiencias, fue la imposibilidad de representación del deseo lesbiano en las diferentes etapas de vida donde nuestras entrevistadas señalaron reconocer la expresión del deseo sexual por otras mujeres. Tal como nos refiere una de las mujeres, el deseo lésbico para ella contiene un aspecto de silencio, de no habla. Nos muestra una característica del deseo que no solo acontece en la sexualidad femenina en general, sino que cobra especial énfasis en la sexualidad lesbiana, el estar fuera del lenguaje:

“El deseo lésbico es algo muy así como silencioso, como oculto, como que da la impresión que estuviera fuera de la cultura, fuera del lenguaje, como que no se puede explicar.”
(Sabina)

El señalamiento acerca de la imposibilidad de simbolizar en el lenguaje el deseo lésbico constituye uno de los elementos centrales compartido por el deseo femenino. Tal como ya ha sido planteado por Irigaray (2009), desde la estructura de la indiferencia sexual instalada en la cultura sexual occidental, ese lenguaje que no nombra el deseo femenino es aquel que

sólo tiene referencia para un modelo, para un sexo: el masculino. El sexo femenino por tanto, estaría determinado por este modelo, teniendo como consecuencia la experiencia de un deseo irrepresentado e irrepresentable en nuestra sociedad, atribuyéndole a la mujer la función especular para el funcionamiento de la sexualidad masculina.

No existirían marcos simbólicos de referencia para el deseo femenino más que aquellos contruidos en base a esquemas falogocéntricos, donde el deseo entre mujeres se encontraría aún más relegado al lugar de lo in-nombrado, especialmente en etapas de la vida donde, en general, la sexualidad se desarrolla como un descubrimiento tras bambalinas.

Justamente, en los relatos de algunas de estas mujeres, al recordar e identificar las primeras vivencias respecto al deseo por otras mujeres, éstas fueron referidas como situaciones donde no se nombró como deseo lésbico desde una esfera sexual como “la atracción” por otras mujeres, relevando otros aspectos del vínculo, como el contacto desde la esfera emocional:

“(…) Te estoy hablando de etapas muy púberes, entonces, son etapas en que las cosas no tienen mucho nombre, y para lo único, lo que hay nombre en el mundo, en el lenguaje, es para lo heterosexual. Entonces, las cosas que yo hacía o las cosas que me pasaban con mujeres no tenían nombre.” (Sabina)

“Nosotras no podíamos, nos decíamos que nos amábamos, pero eso no lo reconocíamos como una posibilidad erótica, había como una diferencia como de un amor, porque estábamos enamoradas la una de la otra, o sea era claro, pero no lo veíamos como algo erótico. Nos escribíamos “te amo” en cartas. Había una cosa tremendamente ambigua ahí.” (Iris)

“Cuando ya estaba más grande, como en séptimo yo creo que ahí empezó de nuevo como esto de que me gustara alguna mujer, sin tener idea de que eso era que me gustara alguna

mujer, sin saber que eso era que me gustara, pero me emocionaba al verla, no sé bien, pero era como que me pasaba de todo, como una admiración.” (Verónica)

En otras experiencias, donde ya se comenzaba a elaborar un poco más la presencia de un deseo homoerótico, la ausencia de referentes respecto al deseo lésbico encontraban en el modelo masculino, determinados signos de una heterosexualidad institucionalizada en el cual se representa el papel especular del falo en la relación, desplegando una hom(m)sexualidad (Irigaray, 2009):

“Cuando yo era chica fantaseaba mucho con mujeres, pero pensaba que era normal, pensaba que a todas les pasaba, (...) si se imaginan una escena erótica, se imaginan tanto a la mujer con un hombre, yo imaginaba como que yo fuera el hombre de la fantasía, me entendí? Porque tampoco tenía, porque tampoco están los referentes po, tampoco tenía como la imagen de dos mujeres, porque igual uno fantasea como según lo que ha visto. Como que no te quedai con la imagen de... no sé si me faltaba creatividad, o simplemente no, no lo había explorado pero... pero claro, uno agarra las imágenes de lo que ve”.
(Violeta)

“Entonces, cuando tú tratas de poner en palabras lo que te pasa con una mujer, no lo encuentras; y lo más parecido que encuentras es cuando ya lo... lo estructuras denuevo, o sea, del caos tomas los elementos y armas una estructura y esa estructura es una suerte de imitación de la... de la novela hetero; tú te armas una novela gay amoldada en base a la hetero, y tienes fugas obviamente.” (Sabina).

Desde estas experiencias, por tanto, y siguiendo a Irigaray (2009), el marco entregado por el falogocentrismo se vuelve la única posibilidad de representación del deseo a través del mecanismo de especula(riza)ción, donde el deseo entre mujeres queda configurado como una hombre-sexualidad (ho(m)mosexualidad). Así como en la experiencia infantil en la construcción de la identidad lesbiana de ser “niña-niño”, el deseo aparece como parte de una vivencia desde el lugar de hombre, más que como una mujer que desea a otra mujer.

Considerando lo planteado por esta autora, para De Lauretis (1989) la importancia sobre el señalamiento de esta (*m*) relacionada con “el hombre”, recae en enfatizar la necesidad de no perder de foco de la heterosexualidad como institución y no sólo como un tipo de práctica sexual, ya que instalaría una indiferenciación del deseo lesbiano en la homosexualidad, invisibilizando por tanto la subjetividad particular de quienes se asumen como lesbianas.

Siguiendo esta misma línea teórica, para Monique Wittig (en Hernández Piñero, 2014), el deseo lésbico comprende una especificidad que otorgaría la potencialidad para la (auto) representación de mujeres lesbianas de ir más allá del género al plantear la sexualidad lesbiana como una identidad y subjetividad diferenciada. Esta comprensión del deseo entre mujeres entregaría mayores opciones de identificación, ya que lo que propone es desmontar la categoría de “mujer”, propiciando una ruptura epistemológica en la construcción de la sexualidad femenina.

En este sentido, “*las fugas contenidas en una escenificación de una novela heterosexual*”, como fue descrito en lo relatado por Sabina, más bien podrían hablarlos de una sexualidad que comenzaba su articulación en un lugar donde la heterosexualidad no tiene alcances para su representación.

El principal deslinde en el deseo lésbico, el prescindir del “hombre”, donde la escenificación de algún signo masculino también representa la utilización de éste como fetiche, más que con una identificación al lugar que ocupa la figura masculina dentro de una estructura binaria de la sexualidad. El concepto de fetiche, planteado por De Lauretis (1989), corresponde a la base del modelo de “deseo perverso”, que desafía la ley, y que hace que en el lesbianismo, se articule una forma de subjetividad diferenciada de la sexualidad femenina en general. En base a la teoría negativa de la sexualidad freudiana, es decir, la sexualidad como perversión, esta autora nos plantea que situar el deseo lésbico fuera de las determinaciones de una sexualidad definida como “normal”, la cual está

circunscrita a lo heterosexual y reproductivo, y que entregaría la posibilidad de articularla como una subjetividad independiente:

“En primer lugar, en la perspectiva de la teoría freudiana de la sexualidad como perversión, el lesbianismo deja de explicarse por el concepto freudiano del complejo de masculinidad. (...) Además, en relación con el lesbianismo, el complejo de masculinidad tiene poco o ningún poder explicativo porque no logra dar cuenta de la lesbiana no masculina. (...) En segundo lugar, si la perversión se entiende con Freud fuera de los marcos moralistas, religiosos o médicos de referencia, como una desviación de la pulsión sexual de la senda que conduce al objeto reproductivo, es decir, si la homosexualidad es meramente otra senda emprendida por la pulsión en su catexis o elección de objeto, más que una patología (aunque, como todos los demás aspectos de la sexualidad, puede implicar elementos patógenos), entonces la teoría de Freud contiene o implica, si bien por negación o ambigüedad, una noción de deseo perverso, donde perverso significa no patológico, si no más bien no heterosexual o no normativamente heterosexual.” (1994: 35-36).

Estas consideraciones, más que continuar reafirmando la no representación simbólica del deseo lésbico, apuestan por la defensa del estar fuera, en las fronteras de las determinaciones de la sexualidad heteronormativa, como una posibilidad de resignificar esta sexualidad, en cuanto a sus deseos y prácticas sexuales se refiere, así como a los sujetos que devienen lesbianas.

Considerando lo anterior, nos surgen también algunos cuestionamientos. Si hay una imposibilidad simbólica, un *deseo- no simbólico*, revertir esa relación como un *simbólico-deseo*, ¿podríamos decir que lo simbólico resulta impenetrable a este deseo? Como advertimos en las experiencias, a pesar de toda la simbolización que pueda recaer sobre el deseo lésbico, la sola existencia de prácticas que mantienen su reverso – como lo referido a estar con hombres por algunas de estas mujeres- no borra o cambia la existencia de este deseo entre mujeres.

Amigas y amantes: los vínculos de sororidad en el deseo lésbico

De acuerdo a las experiencias relatadas, otro elemento importante en el deseo lésbico señalado por nuestras participantes fueron las relaciones de amistad con otras mujeres. Algunas de estas amistades se originaron en etapas infantiles, sin embargo fue en la adolescencia, como una etapa fundamental en el retorno a una sexualidad que redescubre el placer, o que está orientada a ello, y posterior a esta etapa donde se les presentó de forma más consciente en su sexualidad.

Principalmente, este deseo identificado en estos vínculos, fue caracterizado desde experiencias ligadas a lo afectivo y a una relación horizontal entre mujeres, donde se entretejieron confianzas y complicidades:

“Y entonces estaba en esto, con la Ana, que era mi amiga, que es una amistad súper intensa igual, súper, súper intensa, porque hablábamos mucho, nos veíamos mucho, estábamos siempre juntas. Porque esto de que haya pasado con mujeres, para mi no era ser lesbiana, no tenía que ver con mi sexualidad, con nada, era amistad” (Verónica).

“Y tuve una mejor amiga, que yo me enamoré profundamente de mi mejor amiga, la clásica historia. Enganchamos por un taller de literatura, desde luego, y porque escribía increíble, y nosotras teníamos un enganche de ideas, y era como... la película “criaturas celestes”, retrataba muy bien un tipo de amistad preadolescente o adolescente, donde nosotras creamos mundos imaginarios a partir de las descripciones... no sé, nos sentábamos en una plaza a ver las hojas caer, era un acto poético, entonces estábamos alucinadas en ese acto poético.” (Iris)

“Tenía una amiga yo, ehm... que justo se estaba yendo de viaje fuera de Chile por mucho tiempo, y... un tiempo antes de que se fuera yo soñé con ella y soñé que me daba un beso y

toda la onda, y desperté y dije como “¡Oh!” como que fue más intenso de lo normal, como queriendo un poco que fuera real, y dije que bueno que se va porque es súper amiga mía”.
(Violeta)

Fueron en estas primeras experiencias donde apareció el deseo por otra mujer, pero en el cual primaba lo emocional, lo afectivo, más que el contacto físico. Aparecen metáforas en declaraciones de amor, sueños, utilizando otros recursos lingüísticos, otras lenguas para hablar de la erotización de este vínculo. Como cartas que esperan llegar a destino, revelando el deseo de una mujer por otra mujer.

Desde el análisis histórico presentado por Beatriz Gimeno (2005) acerca del movimiento lésbico, se muestra justamente una genealogía del lesbianismo en diferentes épocas, donde surgen testimonios de la existencia de “amistades románticas” entre mujeres, las cuales alcanzan en el siglo XX su punto culminante a través de escritos “sobre amor, amistad, pasión o celos”, donde lo “romántico” no necesariamente respondió al constructo más adecuado para dar cuenta de la pasión involucrada en estas relaciones.

En este sentido, visualizarlo desde una perspectiva histórica para esta autora reside en la importancia de visibilizar estas relaciones desde un punto de vista político, dada la transgresión implicada en la institución de la sexualidad, ya que considerando la existencia de estas relaciones con un alto nivel de intimidad, los vínculos emocionales y solidarios entre mujeres entregarían la posibilidad de resistencia a la opresión sufrida por éstas en sus distintos contextos históricos, producto de los pactos entre los hombres: contratos que por cierto, son la base del patriarcado (Rich, 1997, en Gimeno, 2005).

Para nuestras interlocutoras, estas amistades estuvieron cargadas de importantes vivencias que acompañan el asumir su identidad sexual, y aún más en el despliegue del deseo lésbico. En el caso de Melisa, estas amistades inclusive se tradujeron en mayor bienestar respecto a sí misma y el contacto con el medio social:

“Llegó una niña al colegio en octavo básico, que me vio que yo no hablaba, y ella dijo “yo voy a hacer que ella hable”, y ella se me acercó, me empezó a hablar, hablar y hablar, y al final terminamos siendo amigas y como que ahí yo me solté un poco con otras personas que eran amigas de ella. Después, ella fue mi primera pareja cuando ella tenía como quince años, de hecho estuvimos como un año juntas y quizás eso fue lo que más me ayudó a sentirme un poco mejor conmigo misma quizás, y ahí sociabilizar más” (Melisa).

En este contexto, las experiencias de amistades entre mujeres, no sólo habrían consistido en un marco de referencia respecto al “ser lesbianas”, nos situaron en vínculos generadores de confianzas, un lugar donde poder hablar y ser escuchadas, poniendo sus propios cuestionamientos respecto a sí mismas y las diversas experiencias sorteadas hasta ese momento.

Como una primera experiencia de sororidad, entendida como *“la amistad entre mujeres diferentes y pares, cómplices que se proponen trabajar, crear, convencer, que se encuentran y reconocen en el feminismo, para vivir la vida con un sentido profundamente libertario”* (Lagarde, 1988: 4), podría ser interpretado este como un primer lazo, que para algunas se transformó en parte de su vida, como el considerarse feministas al señalar identificar diversos malestares respecto al lugar asignado en la estructura sexual en nuestra sociedad, o como para otras, pudo ser significado como un espacio de elaboración en la integración de vivencias emocionales y corporales:

“Y con la Xime, nos empezamos a parecer mucho. Andábamos de la manos en el colegio, nos escribíamos cartas, sufríamos porque su mamá no la dejaba juntarse conmigo. Esa como típica escena de novias, pero no éramos novias, porque ella tenía una relación y yo era su confidente, y yo tenía otras historias. Yo era súper guapa, tenía admiradores, pero no me interesaba mucho nadie. Yo estaba descubriendo mi cuerpo y estaba viviendo cosas con hombres, pero que eran mayores, yo me sentía culpable en eso, lo callé, nunca hablé de eso, pero mi amistad con ella, con esa profundidad emocional me permitía otras cosas para conectarme con lo que estaba viviendo.” (Iris)

A pesar que en muchas de estas amistades, la erotización del vínculo no pasaba por prácticas corporales sexuales, ya que el cuerpo no era expuesto en la relación como un medio de vinculación, sino que se privilegiaba lo afectivo, estas relaciones construyen un espacio de resguardo, de seguridad, tal como nos plantea Marcela Lagarde, donde la alianza entre mujeres gesta un lazo de compromiso para hacer frente a diversos fenómenos de opresión, fortaleciendo a las mujeres para desplegar otras posibilidades de vida, como por ejemplo el poder resignificar su propio cuerpo, no como un objeto de intercambio, sino como un territorio que les provea su propio placer.

De esta manera, si bien las experiencias relatadas enfatizaron los vínculos emocionales que se tranzaron en el deseo lésbico, no podríamos asumir que este deseo sólo contenga un carácter romántico descorporeizado. Si consideramos diversas variables posibles de atribuir al contexto y características en el cual se realizaron las entrevistas que pudiera limitar la expresión de relatos sobre prácticas sexuales, o vivencias entorno al placer en los vínculos de amistad entre mujeres, la manifestación de dicho contenido podría necesitar de otras condiciones para ser abordado.

No olvidemos que la sexualidad, en su trato histórico, social y cultural ha mantenido desde la época moderna el determinante de la represión, como nos señalara Foucault:

“Se nos explica que si a partir de la edad clásica la represión ha sido, por cierto, el modo fundamental de relación entre poder, saber y sexualidad, no es posible liberarse sino a un precio considerable: haría falta nada menos que una transgresión de las leyes, una anulación de las prohibiciones, una irrupción de la palabra, una restitución del placer a lo real y toda una nueva economía en los mecanismos del poder; pues el menor fragmento de verdad está sujeto a condición política.” (1998:7).

El cuerpo del deseo lesbiano

El deseo lesbiano, en los relatos, no sólo nos mostró la existencia e importancia de los vínculos afectivos entre mujeres, sino que, como veremos a continuación, también nos habló de algunas prácticas sexuales que componen una gramática corporal diferenciada en la construcción de su sexualidad. Además, como lo anteriormente señalado en el subacápite anterior, existe una complejidad de rastrear el deseo lésbico en lo público, tornándose un deseo de lo privado a través no sólo del discurso, sino que también por el cuerpo.

Para algunas, las prácticas sexuales vividas en estas “amistades románticas”, contenían la característica fundamental de lo in-nombrado, y que en algunas experiencias incluso se identificó como un aspecto de esta sexualidad que no se puede mostrar, que se reprime:

“Siento que describiría como vivía yo estas relaciones, estas amistades con... eran como amistades con algo más, eran... usos del cuerpo privados que eran como... que desde alguna zona intuitiva tú sabías que no se podía compartir eso, que no se podía mostrar. Pero era todo bien intuitivo y bien sin palabras. Era una forma de manejar las amistades con mujeres que tenían un componente erótico súper fuerte. Era algo más bien así.”
(Sabina).

“Pero era súper enredado, porque yo estaba muerta de nervios de que era una mujer, nos veíamos a escondidas, todo era muy en secreto, muy escondidas, en el colegio cuando nos veíamos, era súper ridículo, a mí me daba nervio darle besos, entonces ella, para que yo no me freakeara, como que ponía, no me acuerdo qué, se ponía como una bufanda, ¿cachay? Por mucho tiempo nos dábamos besos así, con bufanda (risa). Entonces me decía como que entonces no era beso; y yo tenía tanto miedo, estaba tan asustada como con ser lesbiana.”
(Verónica)

Reprimirel deseo por otra mujer, aunque no se conciba conscientemente así, como primer mecanismo de regulación necesario en las etapas iniciáticas, la adolescencia -plena etapa de despertar sexual- donde, por lo demás nada tiene tanto nombre, especialmente para la sexualidad femenina. Sin embargo, el acto de no hablar, de evitar mostrar su deseo en lo público resulta de la imposición de los discursos sociales moduladores de la sexualidad en términos heterosexuales, manteniendo las restricciones y prohibiciones sobre las mujeres y sus placeres.

A medida que el cuerpo se va erotizando, los paseos de la mano por el colegio entre amigas comienzan a adquirir otros matices. Se va encarnando el deseo sexual entre mujeres, el que, sin embargo, debe ser constantemente cercado. Traspasar los “límites impuestos por la bufanda” por ejemplo, para hacer real el beso entre mujeres – sin pretender valorarlo a priori como una imposibilidad- nos hablaría de una transgresión de aquello que representa esta tela: un velo que, por un momento, impide que los discursos sancionadores de las sexualidades que se salen de la norma heterosexual se expresen. Representaría un espacio “entre”, como la metáfora del barco en la identidad, de las posibilidades de ir y venir. El deseo como un tránsito, pero que no se ve.

¿Cuáles serían las posibilidades de expresión de este deseo en lo público? Quitar la bufanda no sería un acto tan fácil de realizar, ya que permite un espacio fantasmático de seguridad, en comparación con los costos de exponerlo públicamente. Para Valeria, el costo de estar en lo público, refiere que, si bien se trasgrede lo privado en algún momento de la vida, nuestra sociedad establece sanciones y costos muchas veces dolorosos de asumir:

“Yo quiero poder estar tranquila con mi pareja, caminar en la calle de la mano, tampoco me quiero tirar al pasto con mi pareja, no me gustaría, ni en una pareja heterosexual ni nada. Pero esa es la lata, yo no puedo salir de la mano con mi pareja, darle besos en la calle, puedo, lo hago, pero me expongo. Entonces uno está expuesto siempre a mil cosas, a que te ataquen de mil maneras. Como que una tiene que vivirlo más en privado.” (Valeria)

Así como para la construcción de la identidad se necesita estar con relación con los que se comparte para darle sentido, el deseo, que toma como vector el cuerpo, también requiere de un entorno en el cual sea simbolizado. En palabras de Le Breton: *“La expresión corporal se puede modular socialmente, aunque siempre se la viva según el estilo propio del individuo. (...) Dentro de una misma comunidad social, todas las manifestaciones corporales de un actor son virtualmente significantes para sus miembros. Únicamente tienen sentido en relación con e conjunto de datos de la simbólica propia del grupo social. No existe nada natural en un gesto o una sensación”* (2002:9).

Para Cheryl Clarke *“la mujer que toma a otra mujer como amante vive peligrosamente en el patriarcado”* (1981, en Mérida, 2009:159). La experiencia de vivir prácticas sexuales con otras mujeres, para algunas fueron vividas como algo que no se puede mostrar, que no se puede hablar, que sólo pueden realizarse en lo privado. Sacarlas a la luz implicaría una transgresión a la ley patriarcal. Para esta autora, es justamente la cultura y sociedad patriarcal la que ha instalado en la sexualidad femenina y lesbiana, sentimientos de culpa e inferioridad, los que se han traducido en diversos malestares psíquicos y sociales para muchas mujeres haciendo aún más doloroso el camino de asumir su sexualidad, impidiendo la libertad de gestionar su propio placer. Especialmente en las experiencias iniciales de contacto sexual con otras mujeres, las entrevistadas expresaron estos sentimientos negativos.

Las contradicciones originadas a partir de lo privado y lo público aparecen como elementos característicos de este deseo en las experiencias relatadas. Estas esferas nos remiten a los planteamiento de Hanna Arendt, los cuales nos permiten reflexionar entorno a cómo operan ambos espacios con el deseo lésbico aquí relatado. Esta autora planteó que *“el significado más elemental de las dos esferas indica que hay cosas que requieren ocultarse y otras que necesitan exhibirse públicamente para que puedan existir”* (1993:41). Aparecer por tanto en lo público, forma parte de la tramitación de la existencia, a nivel simbólico, de su deseo sexual.

La esfera de lo público/privado, también fue rescatada en algunas vivencias como puntos de comparación entre la sexualidad masculina y femenina, incluso en correspondencia al deseo homosexual y lesbiano. De esta manera, respecto a las vivencias relacionadas con el despliegue de la sexualidad entre hombres, donde Melisa nos refirió comparaciones en cuánto a que la homosexualidad masculina tiene la posibilidad de expresarse en lo público:

“En el aspecto sexual los gay son distintos, mis amigos a veces me contaban que se habían juntado ellos dos no más y se habían ido a dar una vuelta no sé dónde, y los gay se dan vuelta en auto ahí, como que de un auto para otro se miran y después se estacionan y tienen sexo y después se van. Esas cosas, no digo que no pasen en el mundo de las lesbianas, pero no es igual.” (Melisa)

La imposibilidad impuesta hacia la expresión del deseo lesbiano en lo público, percibida en la experiencia de nuestras entrevistadas, nos mostró a su vez el despliegue que se ejerce en lo privado, desafiante a la ley reguladora de las sexualidades. Como un reverso, si consideramos que la ley no sólo reprime a la sexualidad, sino que es esta misma prohibición es la que genera la sexualidad (Butler, 2002; Zizek, 2003), el despliegue del deseo lesbiano se daría allí donde la ley no alcanza, y precisamente en nuestra sociedad, ni en la ley del lenguaje, de la representación, de la heteronorma.

En base a estas experiencias, la dicotomía de lo público/privado pareciera hacer referencia a un criterio de visibilidad v/s ocultamiento (Rabotnikof, 1998) los usos de los cuerpos en el deseo sexual, relacionado así con las distintas formas de sociabilidad, en cuanto a que la sexualidad lesbiana desde un elemento prohibitivo por parte de la estructura social patriarcal, encuentra su expresión como parte de “la vida en privado”.

Una lectura a partir de perspectivas feministas, en su lucha por politizar lo privado, nos hablaría de ciertos matices respecto a esta división, ya que tanto las mujeres en vinculadas a relaciones heterosexuales cuanto a mujeres lesbianas encuentran, en este espacio el despliegue de lo íntimo, pero no como un lugar en términos de lo “doméstico”, a partir de

una conceptualización de la división sexual del trabajo. Sino, como un espacio posible de articulación y de apropiación, un lugar de poder, donde la simbólica que ordena el mundo público, específicamente de los mandatos patriarcales, no alcanza. Sin embargo, hay que quitarle los cercos a lo privado para ejercer con total libertad la sexualidad a la cual se adscriben los sujetos, citando a Michell Zimbalist Rosaldo, Célia Amorós nos señala un elemento fundamental a tener en cuenta en nuestras lecturas:

“Lo privado y lo público constituyen lo que podríamos llamar una invariante estructural que articula las sociedades jerarquizando los espacios: el espacio que se adjudica al hombre y el que se adjudica a la mujer. A pesar de sus evidentes diferencias históricas esta distribución tiene unas características recurrentes: las actividades socialmente más valoradas, las que tienen un mayor prestigio, las realizan prácticamente en todas las sociedades conocidas los varones. Puede haber alguna rara excepción, pero son las actividades más valoradas las que configuran o constituyen el espacio de lo público: es el espacio más valorado por ser el del reconocimiento, de lo que se ve, de aquello que está expuesto a la mirada pública, por definición. Es decir, cuando una tarea tiende a hacerse valorar tiende a hacerse pública, tiende a masculinizarse ya hacerse reconocer.” (1994:24).

Mientras no se rompan los pactos por donde circule el mayor poder, el prestigio, la visibilidad del deseo que se encuentre fuera de la heteronorma no dejará de ser leída desde su ley, desde su simbólica. Tanto las mujeres heterosexuales como lesbianas deben sortear estos obstáculos para lograr representarse en sus propios deseos y placeres.

Lo materno y lo femenino en la sexualidad lesbiana: (des) articulación de la maternidad en el horizonte lesbiano

“Aprendemos a hablar de la madre o de quién esté en vez de ella, y lo aprendemos no como algo adicional ni separado, sino como parte esencial de la comunicación que tenemos con ella.” (Luisa Muraro, 1994: 42. El orden simbólico de la madre)

“En esta lengua, aún hoy, yo, aunque sea madre, no tengo nombre. Por lo tanto permitan que (yo) me dé nombre a través de la mediación simbólica de otras mujeres, muchas de las cuales no son, no han sido, no serán nunca madres. (Teresa de Lauretis, 1992: 294. Imaginario materno y sexualidad)

“Sólo la madre está actualmente en condiciones de preocuparse de dar a su hija, a sus hijas, una identidad como tales. Las hijas que somos nosotras, más conscientes de aquellas cuestiones que conciernen a las necesidades de nuestra liberación, podemos también educar a nuestras madres y educarnos entre nosotras. Todo ello me parece indispensable para los cambios sociales y culturales que estamos necesitando.” (Luce Irigaray, 1987; 1992. Yo, tú, nosotras)

Desde los planteamientos de Luce Irigaray y Adrienne Rich, un elemento clave para leer el deseo lesbiano supone volcarnos a la relación madre-hija, rescatando así una genealogía femenina como horizonte político para la construcción de una sexualidad femenina fuera de los marcos del falogocentrismo. Es decir, sobre las imágenes y significaciones propias y no apartir del modelo masculino.

La maternidad, como lugar y función simbólica en lo femenino, ha sido uno de los principales puntos criticados por el(los) feminismo(s), identificándola como un espacio de

cautiverio a partir del cual se han establecido los mandatos de dominación al cuerpo de las mujeres. Mujer como sinónimo de madre, históricamente ha convertido el cuerpo femenino en su destino, trazando la equivalencia mujer=naturaleza, mujer=reproducción.

En la sexualidad lesbiana este destino ha sido puesto en cuestión, ya que en una sociedad patriarcal que enarbola la maternidad para sus propios fines de dominación, se las consideran mujeres que a primera vista, resisten dicho mandato al rehusar definirse a sí mismas a partir de una relación heterosexual, único medio válido para concretar la maternidad impuesta por la ley patriarcal (Bunch 1975; Clarke, 1981, en Mérida, 2009).

Sin embargo, como bien sabemos a partir de las luchas feministas, no todas las mujeres, aún vinculadas en relaciones heterosexuales quieren ser madres; y no todas las lesbianas rehúsan la maternidad. Tanto en el contexto nacional como en otros países, se viven nuevas configuraciones en el parentesco, en las paternidades y maternidades, a partir de las técnicas de reproducción asistida por ejemplo, las cuales son tecnologías utilizadas por mujeres lesbianas para concretar los deseos de filiación, emergiendo nuevas matrices de cómo ser madre (Grossi, 2003; Horstmann, 2013).

Debido a que la figura materna cumple un rol fundante¹⁵ en la sexualidad de los sujetos, en especial como aquella que resguarda el devenir de la sexualidad de sus hijas en cuanto a fuente de identificación/desidentificación y construcción de lo femenino, la consideración acerca de la experiencia vivida por parte de estas mujeres con el vínculo materno fue un aspecto que buscamos abordar en los relatos de vida, identificando los significados atribuidos a este vínculo en su vida adulta y, en general, en su proyecto de vida.

La información obtenida configuró dos ejes principales de análisis: el primero, nos mostró las vivencias respecto a la *relación madre-hija en la construcción de lo femenino*; y el

¹⁵Desde una perspectiva psicoanalítica, Geneviève Morel señala que la ley de la madre “está hecha de palabras anudadas al placer y al sufrimiento, es decir, al goce materno, que se transmiten al niño desde su edad más temprana y que se imprimen para siempre en su inconsciente, modelando fantasías y síntomas”; en *La Ley de la madre. Ensayo sobre el synthome sexual*. 2012: 9. Fondo de Cultura Económica.

segundo nos situó en las experiencias respecto a la consideración o no de nuestras interlocutoras sobre la *maternidad en la sexualidad lesbiana*.

Transmisión materna en la construcción de lo femenino

En general, los procesos vividos por los sujetos respecto al vínculo materno pueden estar cargados de experiencias negativas, las cuales no implican necesariamente una vivencia de cuestionamiento sexual en su devenir. No obstante, detenernos en las experiencias de algunas entrevistadas respecto a la relación madre-hija vivida en sus historias, reside en el propio señalamiento de éstas como un aspecto importante en la construcción de su sexualidad, experiencias que en algunos casos han sido resignificadas en su identidad lesbiana.

Si bien para la mayoría de nuestras participantes este vínculo no fue mayormente profundizado en sus relatos, para algunas, la relación con su madre desde la infancia fue vivida de forma conflictiva, identificando la transmisión de significados respecto a lo femenino que mantienen la heterosexualidad como obligatoria. En algunos casos, lo que nos refirió Iris, tuvo alcances incluso en las relaciones con otras mujeres:

“Mi madre, una mujer extremadamente machista, y que a mí me formó para ser la perfecta esposa. Después eso yo me di cuenta cuando tuve pareja, mujeres incluso. En una estructura fija donde se les sirve a los hombres, donde se les consciente a los hombres.”
(Iris)

“Pero, siempre pienso qué heavy, porque mi mamá tenía como una prohibición de la sexualidad, como que si yo lo pienso, la heterosexualidad estaba prohibida para mí, y entonces, de ahí era como súper obvio que fuera lesbiana, porque la sexualidad me estaba prohibida. Mi mamá me decía, no sólo me hablaba así como “hija...” ¡No! Era como una prohibición “tú no puedes estar con ningún hombre, por lo menos, hasta que cumplas

dieciocho años”, esto estando fuera de la casa, ehmmm, “y ahí verás lo que haces”. Lo que pensaba mi mamá de las mujeres que no sé, ponte tú, tenía una mentalidad súper conservadora, las mujeres que se casan más de una vez, que se separan, que tienen relaciones prematrimoniales, todo eso era el infierno, y la sexualidad obviamente era algo malo, era como de prostitutas, era como todas esas ideas, ella las tenía asociada a la sexualidad y me las transmitía, entonces yo le tenía pánico en verdad, a todo lo que tenía que ver con la sexualidad.” (Verónica)

Como uno de los principales mecanismos de instalación de sentidos, la transmisión materna conlleva la figuración de una sexualidad femenina llena de atributos asociados a la mujer como un objeto a disposición de los requerimientos del sexo masculino, poniendo en el lugar de masoquismo al deseo femenino (Irigaray, 2009).

Por tanto, la culpa, el miedo, el dolor se instalan como características de dicha sexualidad, invisibilizando y negando las posibilidades al placer, así como a otros tipos de placeres y alternativas de usos de los cuerpos. Por otra parte, lo relatado también nos muestra, como parte del conservadurismo de clase, la sexualidad como ámbito de la vida de las mujeres prohibida, velada, y donde por lo demás, no hay posibilidad de reconocimiento de deseos o emociones entre mujeres.

La importancia del reconocimiento de la relación subjetiva entre madres e hijas, representa para Irigaray el vehículo para develar a la mujer-sujeto, más allá de su función reproductiva asignado al cuerpo femenino desde el falocentrismo planteando una tarea fundamental en este encuentro rescatar imágenes y objetos femeninos que contribuyan a la construcción de su identidad y que sean intercambiables, compartidos, y que estén en relación con la pluralidad y respeto entre las mismas mujeres:

“Crear frases en las que el yo-mujer hable al tú-mujer, especialmente de ella misma o de una tercera mujer. (...) Madres e hijas pueden practicarlo bajo la forma de juegos afectivos y didácticos. Esto significa concretamente que la madre-mujer se dirige a la hija-

mujer, que utiliza las formas gramaticales del femenino, que habla de cosas que les concierne, que habla de ella misma e invita a su hija a hacerlo, que evoca su genealogía, en especial la relación con su madre, que habla a su hija de las mujeres que tienen una dimensión pública en la actualidad y de aquellas que la tuvieron en la Historia o en la mitología, que pide a su hija que le hable a sus amigas, etc.” (1992: 47)

Lo que identificamos en estas experiencias, son imágenes de lo femenino que reproducen el lugar sumiso que deben ocupar las mujeres en su sexualidad, incluso con una violenta carga semántica respecto a lugares desprestigiados en el uso de los cuerpos, como la prostitución, teniendo a nivel subjetivo, el impacto de desapropiación y valoración de su corporalidad, lo cual arma un cautiverio en esos significantes.

No obstante, la transmisión materna en otros relatos aparece como la instalación de una ley que regula la sexualidad femenina, donde opera la figura materna no sólo a nivel imaginario en la relación madre-hija¹⁶, sino también simbólico, la que, de acuerdo a lo expresado por Iris, le entrega un modelo de potencia femenina desde aquellos lugares donde se releva la femineidad como campo de *seducción y belleza*, aspectos que le proveen cierto poder a las mujeres en las dinámicas de la sexualidad heteronormativa:

“Cuando tú eras niña, de alguna manera si tú eres de cierta forma consigues ciertas cosas. No es lo mismo si eres ruda, si eres dulce, o si eres de una manera. Y eso tenía que ver con una enseñanza de mi madre finalmente, igual sabía que ahí había una estrategia, que era una estrategia que era la femineidad, son estrategias que de la construcción de lo femenino, que es seducir al otro para obtener cosas. Si esto es más viejo que el hilo negro. Y eso lo empecé a aprender muy tempranamente, porque te lo enseñan.” (Iris)

¹⁶De acuerdo al esquema lacaniano, la función imaginaria atribuida a la figura materna, tiene su expresión en la conformación del yo, en cuanto a procesos de *“identificación, captación o valoración narcisista, pero también de resistencia, agresividad o desidentificación.”* (De Lauretis, Imaginario materno y sexualidad. 1992: 280).

Asumir la construcción de la sexualidad desde la mediación simbólica de la figura materna, de acuerdo con lo expresado, no aseguraría una plena libertad de los sentidos que determinan la performatividad de las mujeres en su sexualidad. Las estrategias de poder transmitidas, si bien podrían resultar en ciertas sensaciones de ganancia, podrían dar cuenta de un mecanismo que sostiene la ley patriarcal.

Considerando el carácter incompleto de la ley pública, que no abarca todo lo que pretende controlar, las normas por las cuales nos regimos necesitan de su inverso para continuar operando (Zizek, 2003). Tal como nos señalara Iris, en estas mismas transmisiones, desde un punto de vista psicoanalítico, a la vez que permite el fantasma del poder femenino, es justamente la circulación de estas prácticas (de seducción) las que sostienen el lugar de las mujeres frente a los hombres, no como sujetos de sus propios deseos, sino del deseo de otros.

En los anteriores relatos acerca de la transmisión materna respecto a lo femenino, fue posible identificar contenidos tanto imaginarios como simbólicos. La *mujer prostituta*, la *mujer seductora* son construcciones que remiten a lugares instituidos en las relaciones heterosexuales, como dos posiciones en la estructura del deseo, definidas sin embargo en relación al *falo paterno*¹⁷ y sus designios: la mujer seductora como posición masculina que busca tener el poder; y la mujer prostituta en la posición femenina para sostener el deseo del padre (Lacan, 1989). En ambas posiciones los contenidos que se reproducen de lo femenino, marcan la imposibilidad de subjetividades femeninas deseantes fuera de un esquema heteronormativo.

Tal como se ha discutido en cuanto a la esencialización de la categoría “mujer”, el intercambio debiera ir hacia dinámicas entre mujeres que permitan la deconstrucción no sólo de esta categoría, la que representa el producto de la opresión histórica (Wittig, 2007),

¹⁷Metáfora utilizada en la teoría lacaniana de la estructuración psíquica, el falo como representación del poder simbólico del padre, cuya función es la instauración de la ley del incesto, que introduce un reordenamiento y el ingreso de los sujetos en la cultura. Lacan, Jacques (1995) *Seminario: La Relación de Objeto*. Barcelona: Paidós .

sino también de todo el universo simbólico que entrama la subjetividad femenina: madre, hija, maternidad, femineidad, cuerpos, entre muchos otros.

Para De Lauretis, tanto las teorías que contemplan una relación *preedípica* con la madre, como lo planteara Irigaray, desde la cual instala una dimensión homosexual en el desarrollo psicosexual de las mujeres proponiendo la necesidad de retornar a dichas imágenes para salirse del lenguaje falogocéntrico que determina la sexualidad femenina; así como aquellas propuestas de madres edípicas de las cuales aprendemos la lengua y nos instalamos en lo simbólico, podrían conllevar a limitaciones en cuanto a reflexionar sobre el deseo lésbico. En palabras de esta autora:

“La seducción de esta imagen de homosexualidad femenina-materna deriva de la carga erótica de un deseo por las mujeres que no es masculino, o sea, que deriva del deseo lesbiano que, a diferencia del masculino, afirma y potencia el sujeto sexuado mujer. Para las mujeres no lesbianas, por lo tanto, la homologación de homosexual y materno puede representar, a menos a nivel fantasmático, la posibilidad de acceso a una sexualidad femenina autónoma y a una subjetividad deseante. Pero el acceso a una subjetividad deseante femenina así obtenido es posible a condición de cancelar o renegar de la diferencia sexual entre mujeres; y el efecto político –simbólico- de este discurso feminista es negar o desautorizar la realidad y la diversidad del sujeto lesbiano” (1992: 293).

Si se considera como parte del desarrollo de la sexualidad femenina un elemento homosexual inherente, en que la madre representa el primer objeto de amor de los sujetos, volver a este vínculo por parte de las mujeres, no necesariamente garantizaría la salida del esquema simbólico instaurado por el falogocentrismo. La propuesta sería desmontar la lengua materna, tanto en lo simbólico como imaginario, instalando otros lenguajes. Se necesitan nuevas lenguas y lenguajes que o limiten la diversidad de lo femenino y las sexualidades que de allí se desprenden.

Lo que constatamos aquí es la dificultad de instalar rupturas en el modelo tradicional de lo femenino, por lo que la maternidad en su función transmisora, opera como un aparato ideológico necesario de intervenir para transformar sus significados atribuidos, así como a la sexualidad femenina. De esta manera cabe cuestionarse ¿cómo hacer maternidades no falogocéntricas? ¿Existe la posibilidad de nuevas lenguas maternas? Algunas de mujeres, en su retorno a lo materno desde el ejercicio de maternidades otras, se han propuesto reflexionar y actuar frente a estas interrogantes.

La otra maternidad: re-significando la maternidad en la sexualidad lesbiana

La consideración sobre la maternidad en el propio proyecto de vida fue diverso, y nos mostró la existencia de implicancias políticas para algunas de ellas, en cuanto al develamiento de la ideología de la crianza imperante en las conformaciones familiares de nuestra sociedad, la cual sigue desvalorizando aquellas propuestas que están en el borde de la familia heterosexual (Donoso, 2003).

Para la mayoría de nuestras interlocutoras, la maternidad representa un lugar de tensión. La consideración de ésta en sus proyectos de vida constituyó un choque entre el universo cultural que sostiene las relaciones de parentesco y sus expectativas en cuanto a sus proyecciones en sus vidas.

En el caso de las mujeres que no tienen hijos/as, nos refirieron que vivir en una sexualidad que se encuentra fuera de la heteronorma impediría la concreción de la maternidad. Esta visión negativa tuvo como argumento su percepción acerca del lugar que ocupan en nuestra sociedad, la que visualiza la homoparentalidad como relaciones no-procreativas, teniendo como principal consecuencia la discriminación sobre aquellos sujetos que buscan la filiación, y junto a esto la repercusión hacia los/as niños/as que se involucrarían:

“Probablemente no voy a tener hijos, alomejor sí, es algo que no he pensado tanto, o sea, lo he pensado mucho, pero yo creo que no va a ser, ehm... muy probablemente, porque es difícil tener hijos en este país, que igual siento que tener hijos me queda grande” (Verónica).

“Para mí es... mucho tiempo, yo pensé en que no era... no estaba bien tener hijos porque, no porque dos mujeres no los puedan criar bien, sino que porque el entorno yo creo que puede discriminar mucho al hijo o hija que tengan dos mujeres. Ahora, no creo que haya cambiado tanto mi forma de pensar, pero no me gustaría ponerme en la situación de que haya que ir, no sé, al hospital con el hijo o hija y resulta que la mamá es mi pareja, entonces a mí me digan “no, usted no es familiar, no tiene nada que ver, váyase de aquí, no se meta”. Esas cosas me... creo que me harían sentir muy mal, así que prefiero no hacer... no, por eso. Pero, no me siento maternal yo, así como que no sé, me cuesta incluso estar conmigo, entonces es complicado que vaya a criar otra persona.” (Melisa)

Tanto para Verónica como para Melisa, no sólo la valoración social respecto a la maternidad lesbiana fue percibida como una dificultad, sino que además, se consideraron elementos personales que estarían desalojando la maternidad de sus proyectos. Frases como *“siento que tener hijos me queda grande”* o *“no me siento maternal yo, así como que no sé, me cuesta incluso estar conmigo, entonces es complicado que vaya a criar otra persona”*, dieron cuenta, más bien, de temores para concretar un proyecto de filiación en un medio sociocultural que no acepta la consecución de dichas maternidades fuera de la heteronorma.

Aunque estos relatos expresan dificultades en incluir la maternidad en el proyecto vital, no niegan, de manera radical, la posibilidad de ser madres. Este señalamiento resulta destacable en nuestro contexto latinoamericano, ya que precisamente, posibilita situar aún las lecturas feministas de nuestro continente frente a los feminismos del primer mundo, los cuales han trazado una férrea crítica a este lugar de lo materno y sus funciones.

En los análisis acerca de la identidad latinoamericana, la figura de la madre como un elemento profusamente inscrito en esta identidad, tal como nos ha retratado Sonia Montecino en sus escritos sobre el mestizaje, la figura de madre-diosa instalada por el sincretismo de una serie de divinidades femeninas que configurandouna matriz identitaria:

“El proceso de mestizaje y sincretismo que sitúa a la Madre como figura fundante de un orden pareciera ser propio de nuestro continente. Luce Irigaray, psicoanalista feminista, elabora desde Europa una teoría que busca la recuperación de la madre, para la sociedad patriarcal occidental, diciendo que “El orden social, nuestra cultura, el mismo psicoanálisis, así lo quieren: lamadredebepermanecer prohibida” (...).Nuestra cultura, en cambio, no inmoló a la madre sino que la divinizó en la figura de la Virgen mestiza y colocó a la mujer-madre en una posición apical dentro de la familia.” (2015:287).

Constatar estano negación total a la maternidad en sus proyectos de vida, sino más bien un cuestionamiento, consistente por lo demás frente a las sanciones socioculturales que recaen en las sexualidades que están en los bordes de lo hegemónico, respondería a esta matriz identitaria de la que no nos podemos desprender como parte de una sociedad que no niega a la madre.

En coherencia con esta no negación de la madre, y articulando con lecturas feministas situadas a nuestras sociedades, a partir de los planteamientos del feminismo comunitario, enfoque propiamente latinoamericano, existe la necesidad de problematizar este aspecto fundante de nuestra identidad mestiza, para así emprender transformaciones sustanciales en los lugares de la mujer, principal territorio colonizado.

Para Julieta Paredes, feminista lesbiana boliviana, el feminismo comunitario nace en respuesta al feminismo occidental – feminismos de la igualdad y de la diferencia - y tiene *“como principio incluyente que cuida la vida. Para construir el feminismo comunitario es necesario desmitificar el chacha-warmi (hombre-mujer) que nos impide analizar la*

realidad de la vida de las mujeres en nuestro país (Bolivia). No queremos pensarnos frente a los hombres, sino pensamos mujeres y hombres en relación a la comunidad” (2008: 8).

De esta manera, la propuesta política de este feminismo reside en la consideración multidimensional de los aspectos relevantes que comportan los sujetos como parte de una comunidad, considerando los cuerpos, espacio, tiempo, movimiento (organizaciones políticas), la memoria (Paredes y Guzmán, 2014).

Que las mujeres ejerzan sus derechos en estas dimensiones, tiene como principal objetivo estar en una verdadera complementariedad con los hombres, y finalmente asegurar el *buen vivir* de la comunidad en general, y tal como señala esta autora, el buen vivir pasa por los cuerpos de las mujeres en el ejercicio de una libre maternidad, de no temer a ser lesbianas; en el espacio de poder de la posibilidad de estar en lo político, lo público; en el tiempo para la salud, para el trabajo, para la maternidad; en los movimientos a la posibilidad de libre representación y autorepresentación, garantizando sus derechos; en la memoria en rescatar conocimientos y generar nuevos y situados (Ibid.).

Estas propuestas feministas situadas a nuestros contextos nos parecen de enorme potencial liberador, cuanto no comportan moldes rígidos frente a los lugares ocupados por las mujeres, ya que buscan definir dichos espacios desde múltiples posibilidades sin negar la diversidad de quienes los ocupen, ya sean en relaciones lesbianas, heterosexuales, pero que garanticen el cuidado de todos quienes integran la comunidad.

A pesar del contexto social, cultural y económico de nuestra sociedad y sus implicancias en la concepción de maternidad las mujeres lesbianas respecto a su no idoneidad como sujetos para dichos fines desde los discursos heteronormativos, nos pareció relevante y necesario mostrar la experiencia de dos mujeres participantes de nuestra investigación que refirieron ocupar el lugar de la maternidad como una de las principales tareas políticas, no sólo desde el movimiento lésbico, sino también feminista.

Estas experiencias, además de señalarnos la voluntad de parejas del mismo sexo hacia la concreción del deseo de procreación, también nos mostraron las posibilidades de transformación que buscan instalar en las relaciones familiares y los roles de género desde la maternidad lesbiana, más allá de la identidad sexual.

Nos encontramos de esta manera, con relatos que dieron cuenta de una profunda convicción de politizar lo materno, profundizando aún más el debate acerca de la maternidad y del tema de los cuidados, tanto en los discursos lesbianos como feministas:

“Yo estoy por la volada de politizar la maternidad, o sea, hacerlo... sacarle su potencial político, transformador; la transformación social es un norte al que nosotras podemos aspirar desde nuestras maternidades. Y ahí es cuando yo me peleo con estas otras feministas que son como súper, súper radicales y que rechazan por completo la opción de la maternidad, porque siento que ellas no ven el potencial que tiene la maternidad como experiencia transformadora cuando se hace desde la maternidad lésbica.” (Sabina)

En esta investigación, las madres entrevistadas fueron mujeres que llegaron a la maternidad y al asumir una sexualidad lesbiana desde diferentes caminos. Por una parte, Margarita comienza su incursión en relaciones lesbianas siendo madre de un niño, el cual fue producto de una relación heterosexual anterior, y como nos refirió *“fue mi relación más importante”*, donde se conformaba su proyecto de familia. Actualmente no se encuentra involucrada en una relación de pareja. En cambio Sabina, ya inmersa en una relación con otra mujer, decide concretar el proyecto de filiación mediante inseminación artificial, el cual dio resultado. Al momento de la entrevista su pareja estaba con cuatro meses de gestación.

Ambas experiencias plantean diferentes propuestas de cómo iniciar una maternidad lesbiana. Sin embargo, Margarita, desde lo vivido en una maternidad dentro de una relación heterosexual, y Sabina como futura madre ya instalada en una intimidad lesbiana, señalaron como un punto coincidente que una de las principales transformaciones posibilitadas por su

sexualidad hacia la maternidad tuvo que ver con el deconstruir los roles de género, los cuales tradicionalmente son regulados desde las relaciones de parentesco basados en la heteronorma.

Para ellas, dicha transformación instaló la capacidad de decisión como mujeres que ejercen un rol político de la maternidad, tanto para quienes llevan el embarazo o no, aspecto fundamental para poder enfrentar el contexto sociocultural:

“Tú te das cuenta de que todo puede decidirse, todo puede negociarse, entonces, yo creo que la maternidad lesbiana juega un rol súper importante como en la democratización de... del rol de las mujeres en la sociedad, de las mujeres en general, lesbianas y no lesbianas, cachay, partiendo, como dices tú, por la decisión de cuál va a ser el cuerpo que lleve un embarazo.” (Sabina)

De acuerdo a lo señalado, la posibilidad de tomar de decisiones en el ejercicio de la maternidad fue expresada en cuanto a una concepción de roles de género que dejan de ser rígidos, decidiendo a nivel de cuerpo, quién llevará el embarazo, y consecuentemente por tanto la lactancia, visualizando una mayor democratización y negociación de los cuidados, apostando por una relación de cooperación y corresponsabilidad de la pareja sobre la cría.

Estos señalamientos nos hablaron de una búsqueda de nuevos arreglos familiares, que desde las familias lesbo-parentales, relevarían una nueva normativa en las relaciones de parentesco basadas en la *“elección, negociación y libre compromiso que se establece entre individuos”* (Donoso, 2003: 181).

En los relatos, acentuaron aún más el análisis crítico respecto del rol asignado a las mujeres en la maternidad ejercida desde la heteronorma, como nos señalara Margarita, le ha servido para poder integrar y enfrentar otras dimensiones del ser madre, además de su sexualidad lesbiana:

“La maternidad ponte tú, ehm... en heterosexual como que estuvo ya configurada por muchos años que la mujer era mayoritariamente la que tenía la carga y también eso se destruye, o sea, yo no tan sólo me vi, no sé viviendo mi maternidad desde mi lesbianismo, sino también como madre soltera, entonces se sumaron dos situaciones que son situaciones como no frecuentes, pero en realidad actualmente en Chile son súper frecuentes, el tema de la maternidad soltera, pero se conjugó. Eso igual te configura de una manera distinta, yo creo que por ahí va.” (Margarita)

Tal como nos señalara Donoso, muchas mujeres inmersas en proyectos de familias lesboparentales al reformular las relaciones que allí se determinan, así como los roles de género, intervienen políticamente en las conformaciones familiares ya establecidas, ya que para ellas, *“las familias de origen constituyen, a menudo, más un modelo contra el que luchar que una fuente de significación y validez, por ser en la familia de origen en la que los individuos son socializados en la heterosexualidad y la desigualdad de los roles de género”*(2003:181). Los alcances de esta mirada crítica hacia la maternidad, en el caso de estas mujeres también las situaron en una resignificación incluso de su propio vínculo materno:

“Ella (madre) tenía esta idea de mí que yo iba a estar muy sola, y qué sé yo y chuta, mi mamá es bien conservadora, entonces, la idea de familia y de estas como etapas de la vida y estos ritos de paso como que si tú no los tienes, estás como perdido, como incompleto; entonces, ella creía que yo tenía vetada todas estas instituciones y se da cuenta que a mi manera igual tengo acceso; es un acceso diferente y también con un enfoque menos conformista. Por ese lado bien, eso sí nos ha unido, nos ha unido el que yo vea ese gesto, que es un gesto súper bonito que ella esté dispuesta a hacer eso, ehm... y por su lado, el que ella pueda compartir conmigo ehm... su volada de la maternidad que este es como el momento que la mamá empieza como “no, yo me acuerdo cuando estaba embarazada de ti”, ese tipo de... de recuerdos, se activan, y claro para ella es raro, porque hay una especie de dislocación, porque yo... no estoy yo embarazada.” (Sabina)

“Mi mamá adora a mi hijo. Como que claro, las relaciones familiares se modificaron un poco con él. Siento que hubo un acercamiento y la relación ya no es como la de antes. Creo que aún hay muchas cosas, muchos dolores, pero todo está en calma ahora. Y eso es algo que ambas lo hacemos por mi hijo.” (Margarita)

Visualizar en términos políticos el rol materno les ha servido como espejo en la reelaboración de sus vínculos, su propio lugar de hijas, así como también compartiendo el lugar de cuidado de una cría, como parte de un rol ancestral, pero que su sexualidad lesbiana le entrega nuevos matices. Si consideramos la propuesta de Irigaray entorno del rescate de las genealogías femeninas, la potencialidad creadora y transformadora propuesta por las experiencias de nuestras entrevistadas desde su maternidad lesbiana, podría ser el inicio de un proceso de re-significación de sus propias figuras maternas y así, proponer un nuevo lenguaje de transmisión generacional respecto a lo femenino.

Como sujetos en movimiento, que transitan por diversos lugares en cuanto a su sexualidad, no sólo en cuanto al uso de los cuerpos en las prácticas sexuales, sino a ocupar lugares simbólicos, como el ser madres, la experiencia de estas mujeres nos ha mostrado una resignificación subjetiva con alcances en sus identidades al introducir la maternidad como un elemento potencialmente transformador de la sexualidad femenina. Lo que propusieron desde sus vivencias y análisis respecto a la maternidad, plantea una serie de cuestionamientos a la ideología de la crianza y el lugar asignado a las mujeres como un cuerpo destinado a la reproducción.

En este sentido, si acuñamos el nomadismo descrito por Rosi Braidotti (2000), estas mujeres nos hablaron de figuraciones de maternidades nómades, las cuales, para ellas, sus desplazamientos podrían entregarles posibilidades de desalojo de la carga esencializadora de sus identidades, relevando el ser madres lesbianas como una estrategia de resistencia y subversión.

No podemos dar por sentado que la experiencia retratada en cuanto al deseo de la maternidad logre salirse de los mandatos de familia patriarcal, una vez que se tiene consciencia que para lograr la fecundación, estas parejas deben incluir un tercero, el saber médico en vez de la relación sexual mecanismo por el cual se logra la reproducción en la heterosexualidad. Sin embargo, la propuesta manifestada apuntaría hacia, más que hacia un ingreso del ordenamiento familiar imperante, incluir el deseo por la maternidad como parte de una sexualidad otra, la cual contiene una enorme potencia de transformar los lugares ya designados por la ideología del parentesco.

Conclusiones

La sistematización de las diversas experiencias expresadas de los relatos de vida de nuestras interlocutoras revela un elemento fundamental a nuestras pretensiones de ahondar en los estudios de la sexualidad lesbiana. Tanto a nivel de identidad, de deseo, así como de las implicancias en los proyectos de vida en cuanto mujeres que se asumen lesbianas, estas experimentany re-significan una serie de movimientos, que muchos de los cuales podríamos considerarlo como transgresiones.

Considerar la sexualidad lesbiana destacando como elemento característico la *transgresión*, implica justamente relevar la importancia de los fenómenos asociados a esta otra sexualidad que van develando los mecanismos, a nivel social y cultural, que operan desde una lógica de control, especialmente sobre los cuerpos femeninos. Se instalan mediante estos cuerpos una serie de dominaciones, perpetuando ideologías que controlan otras dimensiones de la vida, como la familia y con ella la reproducción, la transmisión de roles tanto a hombres como a mujeres en la estructura social, los formatos de relaciones, entre otros.

El campo de la sexualidad por ende, representa un territorio complejo de desentrañar, y tal como nos mostraron de estas mujeres que se salen dela heteronorma, puede suscitar vivencias de profundo dolor, culpas e incluso olvidarse a momentos de sí mismas como sujetos. Como nos planteara Beatriz Gimeno “*el lesbianismo como opción vital y de resistencia a la institución de la heterosexualidad tiene cientos de años de historia, pero sólo en el siglo XX esta idea pudo articularse ideológicamente y convertirse en una posición política*”(2005: 26). Si bien la mayoría de nuestras interlocutoras refirieron no participar en algún movimiento político referido con su sexualidad, pusieron en escena, de manera consciente e inconsciente, diversas experiencias transformadoras, a partir de su intimidad, problematizando la expresión y reconocimiento de su deseo en el espacio público, tanto por parte de ellas mismas, como de aquellos con los que comparte en comunidad.

Al referirnos al término de transgresión, en su concepción política, precisamente nos situamos en aquellos elementos que se configuraron como resistencias a los mandatos hegemónicos respecto de la sexualidad femenina, y que configuraron con sus matices los distintos recorridos en la construcción de la sexualidad lesbiana.

Tanto a nivel de identidad sexual como del deseo, las mujeres asumidas como lesbianas nos hablaron de la fragilidad de categorías desde las cuales se han sostenido los discursos asociados a los roles sociales. Así, tanto el género como los significantes que van trazando el “ser mujer” se relativizan en cada experiencia, las cuales nos hablan de diversos malestares provenientes de los sentidos configurados en los atributos que determinan “lo femenino”.

Estas críticas y re-elaboraciones de lo femenino a partir de las experiencias, van haciendo un recorrido por distintas etapas de la vida, contribuyendo a los mismos debates que se trazan a nivel de activistas y en lo académico ¿Quiénes son las lesbianas? ¿Quiénes pueden ser lesbianas? Son cuestionamientos que constantemente resuenan, y hacen referencia a los alcances y limitaciones de la representación, sobre los sujetos que se sujetan a determinadas categorías, que no necesariamente se encuentran en coherencia con las experiencias vividas. Así como la crítica butleriana al sujeto del feminismo, aquí nos encontramos con vivencias que también interrogan a la propia categoría de lesbiana y sus posibilidades para sostener sus necesidades, deseos, proyectos bajo esa posición.

De esta manera, los análisis realizados si bien van seccionando los elementos fundamentales expresados por nuestras interlocutoras frente a la construcción de su sexualidad lesbiana, tenemos plena consciencia que, tanto la identidad, el deseo como lo relacionado a lo materno, dan cuenta de aspectos entreverados en los recorridos, por lo que la lectura e interpretación implicó un complejo ejercicio de codificación y exposición.

Específicamente, el proceso de construcción de la identidad lesbiana mostró un recorrido que como primer gesto, nos señaló la performatividad del corte de pelo, siendo este el principal marcador asociado a esta identidad, incluso en sus experiencias más iniciáticas. Este hecho, en algunas mujeres, como el siguiente elemento a destacar, les abrió un horizonte crítico del lugar asignado a lo femenino, la cual ha sido resignificada en la actualidad como una incomodidad respecto a esos designios. Finalmente, en este proceso de construcción identitaria, algunas experiencias nos hablaron de la necesidad de asociatividad con sus “iguales” para otorgar sentido a lo que fueron incorporando tanto a nivel social como personal en su identidad.

Por otra parte, el proceso de apropiación de la identidad construida, o en vías de construcción, se caracteriza por una serie de vivencias dolorosas, ambiguas, las que sin embargo, nos permitió identificar esta otra sexualidad junto a un correlato de ruptura y crisis, que les permitió aunar una serie de decisiones vitales para así, articular de forma más clara y consciente la crítica al sexismo-heterosexismo operante. La apertura a las relaciones lesbianas, logran visualizar mejor su incomodidad con ciertos lugares de la heterosexualidad, los cuales tradicionalmente operan de forma violencia hacia la sexualidad femenina. Se pasa de forma gradual a una desarticulación de la institución heterosexual desde la culpa para luego asumirlo como un proceso identitario positivo, a pesar de los costos.

El deseo lésbico, así como la identidad sexual, nos situó en un proceso gradual en el que sus principales características fueron, una imposibilidad de ser simbolizado, por una parte por la falta de referentes junto a una prohibición. Es un deseo que debe mantenerse oculto. Posteriormente, este deseo trata de encontrar referentes en las imágenes que se tienen disponibles, pero que están dentro de los marcos heterosexuales. Finalmente, la experiencia de simbolizar el deseo a partir del texto heterosexual, no posibilita una representación del deseo de una mujer por otra mujer, ya que para estas mujeres no forma parte de ninguna designación estricta, ya sea homosexual o bisexual. Se representa como un tránsito.

Aparecen en este proceso de representación y autoreconocimiento en este deseo lésbico, relaciones significativas de amistad entre mujeres, desde las cuales nos hablan de la complejidad de escenificar las prácticas sexuales y el placer de este deseo en lo público. Las amistades significan un espacio de expresión de lo íntimo que les otorga seguridad y confianza en el proceso de asumir la posterior erotización de la relación con otras mujeres, donde el cuerpo de este deseo, es una materialidad que no logra ser alcanzada por la ley heteronorma, discurso que no logra representarlo, y que al mismo tiempo le entrega a estas mujeres la libertad de salirse de lo considerado normal, para asumirlo como una perversión, y por ende el placer y el goce, que ha sido prohibido o regulado por la ley patriarcal.

De esta manera, las reflexiones entorno a lo materno traen una serie de elementos tanto de la identidad como del deseo, que se conjugan para visibilizar la maternidad como un espejo de otros proyectos que cuestionan las subordinaciones. Si bien no todas incluyen la maternidad en sus proyectos de vida, este lugar constituye una de las principales fuentes desde donde se critica lo femenino instituido por la heteronorma.

Lo que constatamos mediante la experiencia de estas mujeres es que no se niega la maternidad, ni se conceptualiza como un espacio de encierro a los cuerpos femeninos. Más bien, desde la acción de algunas interlocutoras que la ejercen, se retorna a lo materno desde la propia sexualidad, no como una validación de este aspecto en base al instinto, sino a una reivindicación política, tanto de lo femenino en términos de identidad sexual, como de las posibilidades de transformación que implica la problemática de los cuidados en nuestras sociedades latinoamericanas. Se muestran propuestas de nuevas madres, que buscan problematizar todos los ámbitos en los cuales cumplen un papel fundamental en la vida cotidiana: la constitución psíquica de los sujetos, los arreglos familiares, los roles de género, entre otros.

Fue posible dar cuenta que tanto dentro como fuera de la categoría de lesbiana se mantienen y reproducen un ordenamiento binario, en lo que la misma experiencia de vida de estas mujeres visualizaron estas divisiones en las vivencias de ser “niño-niña”, las

diversas topologías lesbianas “butch/femme”. Desprenderse de esta lógica de construcción de subjetividades resulta con el desafío propuesto por varias teóricas, las cuales acuden a la salida del lenguaje como medio de liberación, o más bien, en la propuesta materialista de Monique Wittig como una herramienta la cual debe ser despojada de los usos misóginos por parte de la estructura patriarcal.

Salirse del orden simbólico establecido es un camino incierto, sin límites. Tanto en su identidad como en el deseo, lo lésbico se sale de lo simbólico, para poder realizarse. Lo simbólico remite a los marcos, que como nos diría Irigaray, de un sólo sexo y sexualidad, la masculina. Sin embargo, a pesar de lo irrepresentable, en las experiencias de vida fueron tomando formas y sentidos, lo cual a su vez fue dando cuenta que así como otras sexualidades, la sexualidad lesbiana conlleva una noción de pluralidad. No es unívoca ni monolítica. Está conformada por retornos, por contradicciones y múltiples sentidos. De esta manera, la experiencia de nuestras interlocutoras también nos sitúan en una intertextualidad, donde convergen múltiples discursos desde donde obtienen referencias en la construcción de sí mismas.

Estar fuera del lenguaje representa justamente el acto más significativo de la transgresión, ya que en lo simbólico, es el lugar desde donde opera la ley patriarcal, la ley del Padre. Tal como nos ha mostrado el discurso psicoanalítico, nuestro devenir sujetos está determinado por una serie de prohibiciones (tabú del incesto, por ejemplo) que trazan los límites de la sexualidad en general. En este sentido, como toda ley, tiene su reverso y es en la otra faz de la ley, donde no tiene alcances que el lesbianismo encuentran su lugar. Como nos plantea Butler en sus análisis al discurso psicoanalítico de la sexualidad *“la ley que prohíbe es la misma que la provoca”* (2007: 170).

Con esto no queremos situarnos en una especie de validación del control de la sexualidad lesbiana a través de las prohibiciones que establecen el orden social y cultural. Señalamos lo anterior como una posibilidad de entender el estatus de lo abyecto y perverso que le es

atribuido al deseo femenino, y aún más al deseo lesbiano, al constituirse en el reverso de la ley patriarcal, prescindiendo, en la gestión de su goce, de lo masculino.

A partir de lo anterior, las discusiones acerca de las posibilidades de representación, de la simbolización de la sexualidad lesbiana en nuestra sociedad y cultura, nos remite a que el entendimiento de la sexualidad va más allá de lo material, en cuanto a la corporalidad y sus funciones, sino que a diversos textos circulantes en las relaciones que establecemos a través de la vida. En general, la transformación de los textos referido a lo femenino, como nos hablaron en estas experiencias debiera ser reelaborado, así como también otros lugares asignados tradicionalmente a las mujeres.

Como un elemento a analizar en futuras investigaciones, conocimosexperiencias de mujeres que incorporaron en sus vidas una tarea política que complejiza aún más los debates acerca de la representación en la sexualidad lesbiana. En estas experiencias encontramos a interlocutoras que participaron en esta tesis y que al momento de la entrevista, se encontraban vinculadas al activismo. Su lucha política se estableció en el cruce de la maternidad y el lesbianismo.

La militancia, si bien no fue una dimensión abordada en nuestra investigación, en la experiencia de estas mujeres adquiere visibilidad en sus análisis, ya que trasciende vivencias de lo privado. Como parte de una interseccionalidad, estas mujeres, madre y futura madre, asumen su sexualidad en un proceso de agenciamiento no sólo a nivel individual, sino que colectivo.

La implicancia en estas experiencias, más bien, atinge a desmontar lo materno y la maternidad como mandato desde la heteronorma, relevando la necesidad de establecer signos y prácticas nuevas que den otro sentido a mujeres que quieran ser madres, independiente de sexualidad a la que se adscriban.

La repercusión reviste de mucha potencia, en el sentido de concretar una propuesta donde mujeres puedan habitar la maternidad con mayor libertad. Se instalan nuevos arreglos en las relaciones de parentesco, en los roles atribuidos a los géneros basado en la tradición de un contrato sexual, se negocian necesidades y deseos, los cuales además van generando transformaciones a nivel del cuerpo y de los discursos que en él recaen.

Nos es posible señalar, finalmente, que los procesos de construcción de la sexualidad lesbiana en estas mujeres, a pesar de la potencialidad transgresora de sus recorridos y propuestas, nos mostraron a su vez diversas prohibiciones y restricciones a las cuales estamos sujetas, y que van dificultando, y haciendo cada vez más utópico el proyecto de construirnos a nosotras mismas con total libertad.

Tanto a modo de construcción de sí mismas, como en los lazos sociales establecidos, la sexualidad lesbiana para estas mujeres instaló diversas consideraciones sobre cómo su deseo resulta transversal y vector en su lugar en el mundo, estableciendo, en parte, ellas mismas sus posibilidades e imposibilidades, reconociendo al mismo tiempo, sentidos sociales y culturales que operan estableciendo límites.

Esta tesis, sin duda alguna significó un trabajo en los que se entramaron tanto con intereses personales como profesionales, y aquellos provenientes del medio por donde transito. Constituyó una oportunidad generadora, no sólo de conocimiento, sino de relaciones basadas en confianzas y complicidades entre mujeres, que con su experiencia de vida fueron desentramando, de manera inicial, los desafíos que aún quedan por enfrentar por parte de los feminismos y de todas aquellas luchas que se quieran sumar.

Referencias Bibliográficas

Allegue, Rosario; Carril, Elina (2000). El género en la construcción de la subjetividad. Un enfoque psicoanalítico. En Souza, L., Guerrero, L., Muñiz, A. (comp.) *Femenino-Masculino. Perspectivas Teórico Clínicas*. Montevideo: Edit. Psicolibros. Facultad de Psicología, UDELAR.

Almeida, Gláucia; Heilborn, María Luiza (2008). Não somos mulheres gays: identidade lésbica na visão de ativistas brasileiras. Revista *GÉNERO*. Niterói, vol. 9, N° 1, pp. 225-249, 2.

Alvarez, M., Andaur, C., Arévalo, S., Fierro, P., Fierro, C., Suárez, V. (2000). *Psicología de la Homosexualidad femenina*. Tesis para optar al título de psicólogo. Universidad de Concepción. Concepción.

Amorós, Celia (1994). Espacio público, espacio privado y definiciones ideológicas de 'lo masculino' y 'lo femenino'. En Amorós, Celia (1994). *Feminismo, igualdad y diferencia*. México, UNAM, PUEG. 23-52.

Araújo, Kathya; Prieto, Mercedes (edit.) (2008). Introducción. En Estudios sobre sexualidades en América Latina. Quito: FLACSO.

Arendt, Hannah (2001). *La Condición Humana*. Barcelona: Paidós.

Barrientos, Panchiba (2015). Múltiples quiebres sobre un signo. Repensar a “la mujer” desde las fronteras. Revista *NOMADIAS*. Santiago. N° 19. 147-163.

Braidotti, Rosi. (2000). *Sujetos Nómades*. Buenos Aires: Paidós.

Butler, Judith(2002). *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del "sexo"*. Buenos Aires: Paidós.

_____ (2007). *El Género en disputa. El feminismo y la subversión de la identidad*. Barcelona. Paidós.

Castells, Manuel (2001). O poder da identidade. En *A era da informação: economia, sociedade e cultura*, Vol. 2. N° 2. São Paulo: Paz e Terra.

Correa, Rosario(1999). La aproximación biográfica como una opción epistemológica, ética y metodológica. *Proposiciones*. Santiago Ediciones SUR. N°29. 35-51.

Culler, Jonathan (1987). La crítica posestructuralista. *Cráteros*. pp. 21-24. La Habana.

De Beauvoir, Simone (1990). *El Segundo Sexo*. Buenos Aires: Editorial Sudamericana.

De Lauretis, Teresa (1989). *Technologies of Gender. Essays on Theory, Film and Fiction*. London: Macmillan Press: 1-30.

_____ (1992). *Alicia ya no. Feminismo, semiótica, cine*. FEMINISMOS. Madrid: Ediciones Cátedra.

_____ (1992). Imaginario materno y sexualidad. En Sexualidad, teoría y práctica. *Debate Feminista* (1995). Año 6. Vol. 11: 279-296.

_____ (1994). La práctica del amor: deseo perverso y sexualidad lesbiana. En Sexualidad, teoría y práctica. *Debate Feminista*. Año 6. Vol. 11: 33-43.

Derrida, (1989). *La escritura y la diferencia*. Barcelona: Anthropos.

Donoso, Silvia(2003). Lesbo-parentalidad y transformación familiar. En *Sociology of families and Intimate Lives*. 6th ESA Conference. Murcia. Pp. 179-187.

Foucault, Michel (1998). *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*. Madrid: Siglo XXI Editores.

Freud, Sigmund (1920). Tres ensayos para una teoría sexual. En *Obras Completas*, 2003, Tomo 2, pp. 1169-1237. Buenos Aires: Editorial El Ateneo.

Giddens, Antony (1995). *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid. Cátedra.

Gimeno, Beatriz (2005). *Historia y Análisis político del lesbianismo*. La liberación de una generación. Barcelona: Gedisa Editorial.

Giust Desprairies, Florence (2006) Crisis. En Barus-Michel, Jaqueline et al. (2006) *Psicosociología: nociones y autores fundamentales*. 163-178. Santiago: UCSH.

Goffman, Erwing (1988). *Estigma. Notas sobre a manipulação da identidades deteriorada*. Rio de Janeiro: Editora Guanabara Koogan S.A.

Halberstam, Judith (2008). *Masculinidad femenina*. Barcelona-Madrid: Egales Editorial.

Harding, S. (1998) “¿Existe un método feminista?” En *Debates en Torno a la Metodología Feminista*. México: UNAM: 9-35.

Hernández, R., Fernández, C., Baptista, P. (2010). *Metodología de la investigación*. México: McGraw-Hill.

Irigaray, Luce(1982). El cuerpo a cuerpo con la madre. En *Cuerpo y Política. Debate Feminista* (1995). Año 5. Vol. 10: 32-44.

_____ (1992). *Yo, tú, nosotras*. Madrid: Universitat de Valencia. Instituto de la Mujer. Ediciones Catedra

_____ (2009). *Ese sexo que no es uno*. Madrid: Ediciones Akal S.A.

Jeffreys, Sheyla (1996). *La Herejía Lesbiana: una perspectiva feminista de la revolución sexual lesbiana*. Universidad de Valencia, España: FEMINISMOS.

Laclau, Ernest; Mouffe, Chantal (1987). *Hegemonia y Estrategia Socialista*. México: Siglo XXI.

Lamas, Marta. (1996). Usos, dificultades y posibilidades de la categoría de género. En _____(2003). (compiladora) *El género: la construcción cultural de la diferencia sexual*. México: Ed. Miguel Angel Porrúa.

Le Breton, David (2002). *La Sociología del Cuerpo*. Buenos Aires: Ediciones Nueva.

Le Gall, Didier (2001). Recompositions homoparentales féminines. En: Le Gall, Didier; Bettahar, Yamina (Dir.). (2001). *La Pluriparentalidad*. Paris: Puf: 203-242.

Lévi-Strauss, Claude (1987). “La Noción de Estructura en Etnología”. En *Antropología Estructural*. Barcelona: Paidós.

Mérida, Rafael (2009). *Manifiestos gays, lesbianos y queer. Testimonios de una lucha (1969-1994)*. Barcelona, Icaria Editorial.

Mora, P., Paredes, M., Péres, M. (1995). *Identidad de género en mujeres homosexuales: un estudio exploratorio*. Universidad de la Frontera. Temuco.

Morel, Geneviève(2012).*La Ley de la madre. Ensayo sobre el Sinthome Sexual*. Santiago: Fondo de Cultura Económica.

Mogrovejo, Norma. (2000). *Un amor que se atrevió a decir su nombre. La lucha de las lesbianas y su relación con los movimientos homosexual y feminista en América Latina*. México: Plaza y Valdés, CDAHL.

Muraro, Luisa (1994). *El orden simbólico de la madre*. Madrid: horas y HORAS.

Núñez, M., Ramírez, C., Urrutía, M. (1993). *Homosexualidad femenina: un estudio de caso desde la perspectiva psicoanalítica*. Tesis para optar al título de psicólogo. Universidad Católica de Chile. Santiago.

Ortner, S. (1979) ¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura? En *Antropología y Feminismo*. España: Editorial Anagrama.

Paredes, Julieta., Guzmán, Adriana (2014). *El tejido de la rebeldía ¿Qué es el feminismo comunitario?* Comunidad Mujeres Creando Comunidad. La Paz: Moreno Artes Gráficas.

Peña, O. (1998). Apuntes para una metodología en el estudio binomio género y espacio urbano. México D.F.: Instituto Juan Herrera. Madrid. ISSN1578-097X.

Pina-Cabral, João (2002).A Identidade Social: uma Aproximação à Relevância da Categoria. *Working Papers*. Instituto de Ciências Sociais da Universidade de Lisboa.

Pinheiro, Camila. (2006). Uma família de mulheres: ensaio etnográfico sobre homoparentalidades na periferia de São Paulo. *Estudos Feministas*. Florianópolis. 14(2): 535-547.

- Rabotnikof, Nora (1998). Público-Privado. En *Debate Feminista*. Año 9, Vol. 18: 3-13.
- Rich, Adrienne. (1997). Compulsory heterosexuality and lesbian existence. En Kemp, S., Squires, J. (eds). *Feminisms*. New York: Oxford University Press.
- Rodríguez, M. (2007). *Los significados de ser mujer, lesbiana y envejecer. Vidas, discursos y realidades*. Tesis para optar al título de magíster en Estudios de Género y Cultura, Mención Ciencias Sociales. Centro de Estudios Interdisciplinarios de Género. Universidad de Chile. Santiago de Chile.
- Roudinesco, Elisabeth., Plon, Michel. (2005). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Rubin, Gayle. El tráfico de mujeres: notas sobre la economía política del sexo. En Lamas, Marta. (1996). (comp). *El género: una construcción cultural de la diferencia sexual*. México: PUEG.
- Silva, Paula. (2002). *Lo femenino y lo masculino en los lesbianismos intrapenitenciarios*. Tesis para optar al título de Socióloga. Universidad de Chile. Santiago.
- Strauss, Anselm, Corbin, Juliet (1990). *Basics of Qualitative Research: Grounded Theory, procedures and techniques*. California: Sage Publications.
- Vasilachis, Irene (coord.) (2009). *Estrategias de Investigación Cualitativa*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- Wittig, Monique. (2006). *El pensamiento Heterosexual*. Paris, Editions Amsterdam.
- Zigelli, Olga Regina (2003). Prática sexual entre mulheres: identidade o pluralidade sexual? En Lago, Mara., Grossi, Miriam., Rocha, Cristina., Zigelli, Olga., Sena, Tito (2004).

Interdisciplinaridade en diálogos de gênero. Ilha de Santa Catarina: Editora Mulheres. 48-74.

Zizek, Slavoj. (2003). *Las metástasis del goce: seis ensayos sobre la mujer y la causalidad*. Buenos Aires: Paidós.

Textos en línea:

Barus-Michel, Jacqueline (2006). *Clínica y sentido*. En Barus-Michel, Enriquez y Lévy, Vocabulario de psicología. Referencias y posiciones. Extraído el 18 de Mayo de 2014, desde:<http://psicologiaysociologia.files.wordpress.com/2011/02/vocabulario-de-psicosociolog3ada.pdf>

Burgos, Elvira (2014). Horizonte posible de referencia. *El deseo lesbiano como potencia feminista*. Disponible en: www.felgtb.org/rs/932/d112d6ad-54ec-438b-9358-4483f9e98868/1f5/fd/1/filename/13-el-deseo-lesbiano-como-potencia-feminista-elvira-burgos.pdf.

Grossi, Miriam (2003). Género e parentesco: familias gays e lésbicas no Brasil. *Cadernos Pagu*. 21. Pp: 261-280. São Paulo. Disponible en: <http://www.scielo.br/pdf/cpa/n21/n21a11>

Güezmes, Ana (s/f). *Las tecnologías de reproducción asistida. Una aproximación desde la ética y las fugas feministas*. Extraído el 10 de Diciembre, 2015. Disponible en: <http://www.corteidh.or.cr/tablas/r24192.pdf>

Hernández Piñero, Arantxa (2014). Cartografía. En el texto *El deseo lesbiano como potencia feminista*. Disponible en:www.felgtb.org/rs/932/d112d6ad-54ec-438b-9358-4483f9e98868/1f5/fd/1/filename/13-el-deseo-lesbiano-como-potencia-feminista-elvira-burgos.pdf.

Herrera, Florencia (2007). Construcción de identidad lésbica en Santiago de Chile. *Revista Universum*, N°22 Vol.2: 151-163. Disponible en: http://www.scielo.cl/scielo.php?pid=S0718-23762007000200010&script=sci_arttext

Horstmann, Ana (2013). “*Nós já somos uma família, só faltam os filhos*”: *Maternidade lésbica e novas tecnologias reprodutivas no Brasil*. Programa de Pós-Graduação em Antropologia Social. Universidade de Santa Catarina. Florianópolis. Disponible en <https://repositorio.ufsc.br/bitstream/handle/123456789/106913/317908.pdf?sequence=1>

Lagarde, Marcela (1988). *Enemistad y sororidad: Hacia una nueva cultura feminista*. Extraído el 8 de Marzo, 2015. Disponible en: <http://e-mujeres.net/sites/default/files/Enemistad%20y%20sororidad.pdf>

Memoria Chilena (2014). *La clase media ilustrada y las mujeres*. Consultado el 20 de Mayo, 2014. Disponible en: <http://www.memoriachilena.cl/602/w3-article-92595.html>

Montecino, Sonia (1990). Símbolo mariano y la constitución de la identidad femenina en Chile. *Centro de Estudios Públicos*, N° 39: 283-290. Extraído el 10 de Mayo, 2014. Disponible en: http://www.cepchile.cl/dms/archivo_1894_1220/rev39_montecino.pdf

_____ (1996). De la mujer al género: implicancias Académicas y Teóricas. Excerpta, N° 2. *Centro de Estudios Miguel Enríquez*. Extraído el 10 de Mayo, 2014. Disponible en: www.archivochile.com/Mov_sociales/mov_mujeres/doc_gen_cl/MSdocgenc10013.pdf

Montero, C. (2006). *Contrapunto: mujeres de la clase media en las revistas. Chile y Argentina, 1920- 1939*. Tesis para optar al grado de magíster en Estudios Latinoamericanos. Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile. Santiago. Extraído el 20 de Mayo, 2014. Disponible en: http://www.tesis.uchile.cl/tesis/uchile/2006/montero_c/html/index-frames.html

Pisano, Margarita., Franulic, Andrea (s/f). La potencialidad rebelde y política del

lesbianismo. En Textos de Margarita Pisano. Extraído el 3 de Enero, 2015. Disponible en <http://www.mpisano.cl/category/textos-margarita-pisano>.

Sitios Web visitados:

www.gaychile.cl.

<http://observatorio.ministeriodesarrollosocial.gob.cl>

www.memoriachilena.cl